

NUEVA SOCIEDAD 285



Clases medias, más allá de los mitos

285



# «Clase media»: mitos, usos y realidades

Ezequiel Adamovsky

La categoría «clase media» siempre fue esquiva para las ciencias sociales. ¿Es realmente una noción científica o es, más bien, un término ideológico, un mero eslogan político? No se trata tanto de desechar el concepto como de dejar de asumir *a priori* la existencia de una clase media y de tratar de comprender los procesos socio-políticos y/o discursivos por los que, en contextos específicos, se recorta una «clase media».

Hace algunos años reflexioné en NUEVA SOCIEDAD sobre los malos usos académicos de la categoría «clase media»<sup>1</sup>. ¿Es realmente una noción científica o se trata, más bien, de un término ideológico, un mero eslogan político? La expresión «clase media» tiene una carga ideológica que se activa cada vez que se la emplea. Forma parte de una *formación metafórica* muy antigua que se ha vuelto sentido común, por la cual la sociedad aparece comprendida según los términos del mundo físico, como si tuviera un volumen del que pudieran distinguirse un arriba, un medio y un abajo. A su vez, esa imagen mental se asocia a los presupuestos de la doctrina moral del *justo medio*, por la que el lugar intermedio aparece

---

**Ezequiel Adamovsky:** es doctor en Historia por el University College London (UCL); se desempeña como profesor en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) y como investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet). Es autor, entre otros libros, de *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003* (Planeta, Buenos Aires, 2009).

**Palabras claves:** clase media, etnicidad, ideología, modernidad.

**Nota:** este texto retoma ideas ya presentadas en E. Adamovsky, Sergio Visacovsky y Patricia Vargas (eds.): *Clases medias. Nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología*, Ariel, Buenos Aires, 2014.

1. E. Adamovsky: «Clase media»: reflexiones sobre los (malos) usos académicos de una categoría» en *Nueva Sociedad* N° 247, 9-10/2013.

como *locus* de la moderación y la virtud (por oposición a los extremos de la pobreza y la riqueza exagerada, que serían sitio del vicio y del exceso que amenazan el equilibrio social). La tradición liberal sacó provecho de esa operación metafórica de diversas maneras, tanto para plantear visiones de lo social como un todo armónico como para reclamar prioridad para la burguesía y desacreditar las visiones políticas clasistas. También asoció esas nociones a la narrativa de la excepcionalidad europea, según la cual Europa es la «cuna de la civilización» precisamente por haber dado nacimiento, también, a una clase media independiente y racional, motor del progreso capitalista y, a la vez, garante de la estabilidad democrática.

Junto a ese sesgo ideológico, que lleva a dudar de su utilización científica, están también las dificultades metodológicas. La falta de rigor en el uso de la categoría «clase media» es bastante habitual. En un sinnúmero de investigaciones académicas funciona como una mera categoría residual. Su contenido queda delimitado menos por la propia unidad y consistencia del conjunto de personas que agrupa que por los bordes de otras clases sociales de las que sí existen criterios objetivos de definición más o menos acordados. ¿Quiénes serían de «clase media»? Todas aquellas categorías ocupacionales que no se consideran típicamente de clase baja (restando el puñado de las que son propias de la clase alta) o los niveles de ingreso que no son ni muy altos ni extremadamente bajos. Y cabe entonces la pregunta: ¿qué elementos permiten afirmar que toda esa numerosa zona de la sociedad conforma una clase? ¿No podría ser el caso que sus miembros se agruparan como dos o tres clases diferentes, o que no se agruparan como clase en absoluto? Pocos investigadores suelen detenerse a analizar esa cuestión. La clase media parece tener una existencia tan obvia que no requiere demostración.

### Las definiciones «objetivas» y sus problemas

No han faltado, sin embargo, los intentos de establecer definiciones objetivas de la clase media apoyadas en rasgos sustantivos que, supuestamente, le darían consistencia. El principal desafío que enfrentan es el de la extrema heterogeneidad de las categorías ocupacionales a las que, de este modo, se busca conceptualizar como una clase. ¿Qué rasgos sustantivos podrían compartir grupos tan disímiles como los de los comerciantes al menudeo, los pequeños productores (urbanos y rurales), los empleados de cuello blanco, los técnicos y cuadros directivos, los profesionales independientes? Sin duda, deberían ser rasgos lo suficientemente generales como para agruparlos a todos, pero a la vez lo suficientemente específicos como para que los distinguieran tanto de la clase inferior como

de la superior. La tradición sociológica ha reconocido de diversas formas el escollo y, en consecuencia, ha ensayado distintas maneras de salvarlo, proponiendo sofisticadas argumentaciones teóricas, ofreciendo diferentes variantes de desagregación (clase media «vieja»/«nueva» o «alta»/«baja») o, incluso, rótulos alternativos para agrupar como clase a algunas partes pero no a otras («clase profesional-gerencial», «clase de servicios»). Otros, finalmente, se rindieron ante la dificultad, constatando que los sectores que por lo general se agrupan dentro de la categoría de «clase media» en verdad están «disgregados» o «astillados», por lo que debe considerárselos estamentos diferentes. Todas estas discusiones son bien conocidas y no tendremos ocasión de exponerlas aquí en detalle<sup>2</sup>.

Conviene sin embargo detenerse un momento en uno de los intentos más logrados de otorgar consistencia sociológica al conglomerado de los sectores de referencia. En su monumental obra *Las fuentes del poder social II* (1993), el sociólogo británico Michael Mann sostiene que la «clase media» no solo existe como tal, sino que desempeña un papel central en la vida social desde el siglo XIX como baluarte del capitalismo y del Estado liberal. Su carácter «segmental» está reconocido desde el comienzo. Para Mann, su posición de clase está definida por tres factores socioeconómicos diferentes: la propiedad (que recorta el segmento de la pequeña burguesía al frente de pequeños y medianos negocios), las posiciones jerárquicas que requieren las corporaciones privadas y la burocracia estatal (que delinea el mundo de los empleados de carrera) y las profesiones que el Estado licencia como tales (dominio de los profesionales universitarios). Ahora, si está claro por qué cada segmento tiene una lógica propia, menos evidente resulta por qué considerarlas parte de una y la misma clase. La demostración de Mann se apoya aquí en tres argumentos. En primer lugar, cada segmento ofrece canales de promoción que conectan a las categorías más bajas con las más altas e imbuyen así a todas de un *ethos* en común (precisamente, la aspiración al ascenso). En segundo lugar, los tres segmentos compartirían *pautas* de consumo específicas. Por último, los tres también tendrían la capacidad económica suficiente

**La tradición sociológica ha reconocido de diversas formas el escollo y ha ensayado distintas maneras de salvarlo**

---

2. Ver Arthur Vidich (ed.): *The New Middle Classes: Life-Styles, Status Claims and Political Orientations*, New York UP, Nueva York, 1995; Tim Butler y Mike Savage (eds.): *Social Change and the Middle Classes*, UCL Press, Londres, 1995; Nicholas Abercrombie y John Urry: *Capital, Labour and the Middle Classes*, George Allen & Unwin, Londres, 1983; Catherine Bidou-Zachariasen: «Les classes moyennes: définitions, travaux et controversies» en *Education et Sociétés* vol. 2 N° 14, 2004; Erik Olin Wright: «¿Qué hay de 'medio' en la clase media?» en *Zona Abierta* N° 84/85, 1985.

como para convertir parte de su renta en capital, mediante la realización de pequeñas inversiones. Tal «participación intermedia segmental en las jerarquías del capitalismo y del Estado-nación» configuraría el lugar específico de la clase media<sup>3</sup>.

Mirado el argumento más de cerca, sin embargo, no queda claro que las dinámicas invocadas aseguren la unidad de los tres segmentos. Tomemos el argumento del *ethos* del ascenso. Entre los empleados de carrera, efectivamente tiene un lugar central que da cohesión a todo el segmento, configurando prácticas y expectativas que son claramente diferentes de las que operan en el mundo popular o en el de la clase alta. En alguna medida esto podría hacerse extensivo a los profesionales, pero resulta mucho menos evidente para el mundo de la pequeña burguesía: sus aspiraciones de ascenso a través de la acumulación de capital y ampliación de sus negocios, en todo caso, no serían diferentes de las de la gran burguesía (el *ethos* compartido sería en ese caso el de la clase alta más que el de los empleados de carrera). Tampoco hay evidencia clara de que los canales de movilidad ascendente dentro de cada segmento tengan su correlato en la posibilidad intensa de desplazamientos horizontales (entre segmentos). Además, las posibilidades (y aspiraciones) de ascenso desde ocupaciones de trabajo manual hacia los escalones más bajos del empleo de cuello blanco e incluso del pequeño negocio independiente no son empíricamente desdeñables, de modo que el argumento de la especificidad del *ethos* se desdibuja. Por su parte, el segundo argumento —el de las pautas de consumo— es de alcances limitados, toda vez que el propio Mann reconoce que la clase obrera ha emulado las que alguna vez pudieron ser privativas de la clase media. Quedaría en pie solo la tercera apoyatura, la de la capacidad de inversión. Para esta, sin embargo, se aplica la prevención de nuestro apartado anterior: más que recortar nítidamente fronteras de clase, la posibilidad de reinvertir alguna parte de la renta está desigualmente distribuida según un «gradiente de clase» que no marca fronteras por sí solo. En fin, a pesar de la sofisticación conceptual, «clase media» sigue funcionando en la obra de Mann como una categoría residual sobre la que luego se proyecta una serie de atributos políticos o actitudinales (como los de ser baluarte de la democracia liberal y leal sostén del capitalismo).

A estas dificultades, además, deberían agregarse las que añaden las dimensiones de género y de raza. El argumento sobre los canales de movilidad ascendente y el *ethos* que de ellos se derivaría suele ser central en los intentos de definición de la clase media como categoría objetiva. La evidencia empírica, sin embargo, ha mostrado que los sentidos asociados a la pertenencia a una categoría ocupacional considerada «de clase media»

---

3. M. Mann: *Las fuentes del poder social II. El desarrollo de las clases y los Estados nacionales, 1760-1914*, Alianza, Madrid, 1997, p. 742 y ss.





### Las complicaciones reaparecen con más fuerza cuando se introduce la dimensión étnica

y las oportunidades de ascenso que se abren con ella no son iguales para todos. La posibilidad de escalar posiciones a partir de un empleo de cuello blanco suele ser bastante menor para las mujeres; incluso cuando estas ascienden a altos puestos de carrera o gerenciales, lo hacen en nichos de especialización que no suponen gran poder de decisión y mando sobre otras personas (a diferencia de los que ocupan los varones)<sup>4</sup>. Frente a esta evidencia, la consistencia de las definiciones «objetivas» (e implícitamente masculinas) de clase media siempre podía salvarse apelando a la noción de «clase conyugal», aunque todavía estuviéramos dejando fuera a las mujeres que no están en pareja con varones. Pero las complicaciones reaparecen con más fuerza cuando se introdu-

ce la dimensión étnica. Desde la década de 1980 los sociólogos notaron, en los países desarrollados, la presencia estadísticamente visible de no blancos en posiciones tradicionalmente consideradas de clase media. Al igual que las mujeres, cuando se trataba de empleos de carrera las perspectivas de ascenso de los de origen africano o asiático eran bastante menores que las de los blancos; además, allí donde llegaban a posiciones gerenciales –por lo general, en nichos de especialización sin mando sobre personas– su situación era más vulnerable. Por otra parte, por ejemplo, en el caso de Reino Unido, se ha documentado que los asiáticos acceden a la propiedad de un negocio o al autoempleo en proporciones incluso mayores que los blancos. Se trata de estrategias de autoafirmación social que sin duda suponen un ascenso; sin embargo, el tamaño de sus negocios solía ser menor, menores sus perspectivas de crecimiento, y el autoempleo con frecuencia ocultaba intensas formas de autoexplotación. ¿Pertenece realmente a la «clase media» esa porción de no blancos en ascenso? Su elevación no parece haber sido a una clase media unificada, sino más bien a ciertos nichos en los que continúan operando dinámicas racializadoras que limitan las posibilidades futuras. Por otra parte, los estudios demostraron la persistencia de patrones de identificación cultural que los dividían de sus supuestos «pares» blancos. En fin, así es como la definición de «clase media» la presupone implícitamente masculina y también la considera blanca por omisión<sup>5</sup>.

4. Rosemary Crompton: *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*, Tecnos, Madrid, 1994, p. 114.

5. Deborah Phillips y Philip Sarre: «Black Middle-Class Formation in Contemporary Britain» en T. Butler y M. Savage: ob. cit.; Keshia S. Moore: «Class Formations: Competing Forms of Black Middle-Class Identity» en *Ethnicities* Nº 8, 2008; Benjamin Browser: *The Black Middle Class: Social Mobility and Vulnerability*, Lynne Rienner, Boulder, 2007.

En vista de las limitaciones reseñadas, ¿es posible utilizar con provecho la categoría de «clase media», desde este tipo de abordajes «objetivos», para los estudios históricos? ¿Es verdaderamente útil partir de un conjunto de categorías ocupacionales definido *a priori* como criterio suficiente para la delimitación de una clase a la que luego se supondrá un sujeto histórico con rasgos propios?

### Definiciones «objetivas» en la transposición historiográfica

La utilización historiográfica del concepto de clase media ha compartido, en buena medida, los rasgos que acabamos de describir. Antes de la profunda renovación que comenzó hace un par de décadas —de ella me ocuparé más adelante en este artículo—, los historiadores solían construir su objeto de estudio a partir de la agrupación *a priori* de una serie de categorías ocupacionales, que se suponía que encarnaban determinados procesos históricos, tales como la modernización y la democratización (aunque también hubo trabajos que la relacionaban con otros menos auspiciosos, como el ascenso del fascismo u otras formas de autoritarismo).

Un buen ejemplo es el trabajo del historiador alemán Jürgen Kocka, quien fuera considerado el máximo especialista en la cuestión. Como fruto de una larga carrera de investigaciones empíricas, en 1995 ofreció una síntesis general sobre la formación de la clase media, un proceso que localizaba en la Europa de los siglos XVIII y XIX. En la definición de Kocka, esa clase quedaba compuesta inicialmente por todos los habitantes del mundo urbano que no pertenecían ni a la nobleza ni al pueblo: mercaderes, fabricantes, banqueros, capitalistas, empresarios, gerentes y rentistas; también los intelectuales, profesionales, sacerdotes, científicos, profesores, académicos y gente de letras, incluyendo todos aquellos que se desempeñaran como cuadros administrativos de las burocracias estatales y privadas. Ese sería el núcleo básico de la clase media «propia-mente dicha», bajo el cual el historiador reconocía la existencia de una «clase media-baja» formada por empleados de cuello blanco de poca monta y por la pequeña burguesía, ya en los márgenes difusos con el mundo del bajo pueblo. La consistencia de este grupo tan heterogéneo quedaba demostrada, según Kocka, de dos maneras. Para empezar, por un análisis relacional: esta clase se recortó como tal en el enfrentamiento que habría mantenido con otras dos clases, primeramente, contra los privilegios de la nobleza y más tarde contra la posición antagónica que representaba la clase trabajadora. En segundo lugar, la cohesión vino dada por el desarrollo de una verdadera cultura de clase distintiva, que compartían todas las familias de la clase media independientemente de su ocupación y rango. Esta cultura quedaba definida por rasgos tales



como el «respeto por los logros individuales» como fuente de las recompensas a las que uno se creyera con derecho; una «actitud positiva hacia el trabajo regular»; la «propensión a la racionalidad y el control de las emociones»; un «poderoso deseo de independencia»; la fuerte valoración de la educación; un «ideal de vida familiar» basado en lazos emocionales, la división estricta de los roles de género y la autoridad del paterfamilias, entre otros elementos.

Tanto por sus enfrentamientos políticos como por esa cultura específica, la clase media estuvo llamada a desempeñar un papel fundamental en la historia: fue ella la que forjó la visión de esa «sociedad civil» ilustrada, poscorporativa, autorregulada, secularizada, en fin, «moderna», que reemplazó a las sociedades del Antiguo Régimen. Para Kocka, hay una «afinidad básica» entre esta cultura generada por la clase media y el liberalismo como proyecto político. Ambos son a la vez producto y motor de la excepcionalidad europea: solo en el Viejo Continente se dio la especialísima «constelación histórica» que permitió el florecimiento de un grupo social que, a su vez, garantizó el progreso único de esa región. El siglo xx, de hecho, significó la victoria final de la clase media: la cultura que ella había forjado cuando representaba apenas 5% de la población se terminó difundiendo más allá de sus fronteras geográficas y de clase iniciales, imbuyendo de sus valores y estilos la sociedad toda. En el mundo posclasista en el que, según Kocka, hoy vivimos, de hecho la clase media ha perdido su sentido de identidad específico porque sus adversarios ya no existen; la sociedad entera pasó a ser de clase media (culturalmente hablando)<sup>6</sup>. En esta conclusión, la visión de Kocka coincide con la de Mann.

Vista de cerca, la argumentación de Kocka no carece de problemas. El primero es el de la periodización. ¿Por qué la formación de la «clase media» recién comenzaría avanzado el siglo xviii? Después de todo, desde mucho tiempo antes existían en las ciudades europeas cantidades apreciables de mercaderes, rentistas, profesionales, sacerdotes, etc., junto con una tradición de luchas por la autonomía urbana contra los poderes de la nobleza. La elección del punto de partida en verdad deriva de una premisa implícita: que existe una relación intrínseca entre «clase media» y «modernidad», por lo que la primera es impensable sin la segunda. Sin embargo, la evidencia empírica no apoya esa premisa. Del estudio de las pautas culturales de los empresarios, rentistas, banqueros o fabricantes en la Francia del siglo xix, por caso, no se desprende que la «secularización» u otros talantes «voltairianos» estuvieran entre ellas. Por el contrario, como demostró Carol Harrison, la educación religiosa de los hijos y la religiosidad activa de las mujeres continuaron siendo

---

6. J. Kocka: «The Middle Classes in Europe» en *Journal of Modern History* vol. 67 N<sup>o</sup> 4, 1995.

fuertes mandatos familiares en esos círculos<sup>7</sup>. Igualmente mitológica resulta la oposición social y política de esos grupos respecto de la nobleza. Por el contrario, como reconoce el propio Kocka, la evidencia empírica muestra fuertes tendencias a la «feudalización» (por adquisición de títulos y tierras y por emulación de pautas de conducta y criterios de prestigio). En el escenario europeo, antes que el conflicto de intereses, más bien tendió a ser la regla la imbricación entre la clase nobiliaria y la elite de los negocios<sup>8</sup>. Por último, otros rasgos culturales atribuidos por Kocka a la clase media en verdad no son específicos de ese medio social, sino parte de procesos más generales que también involucraron a las demás clases. Por caso, Norbert Elias ha mostrado en su clásico estudio que el «control de las emociones» formó parte de un proceso de «civilización» que se originó en la sociedad cortesana y desde allí fue penetrando hacia abajo, extendiendo sus dominios incluso entre los trabajadores<sup>9</sup>. Finalmente otros rasgos, como el «deseo de independencia», difícilmente puedan probarse ausentes en las clases altas o las bajas.

En fin, como en el estudio de Mann, la comprobación de la existencia histórica de una «clase media» descansa en el agrupamiento apriorístico de una serie de categorías ocupacionales de las que no se demuestran elementos compartidos que, a la vez, marquen una frontera de distinción respecto de otros sectores sociales. La aparente consistencia de la clase procede de la atribución de rasgos culturales o misiones históricas que o bien no posee en absoluto, o bien están solo presentes en alguna de las categorías ocupacionales agrupadas pero no en las demás, o bien, por último, son compartidos por grupos de las clases alta o baja.

La asunción de la existencia de una «clase media» con suficiente homogeneidad como para actuar como un verdadero sujeto político de manera similar en diversas naciones también ha formado parte de enunciados referidos a la historia del siglo xx. Inicialmente desde el campo de la política y luego desde el de la sociología, a partir de la década de 1930 ganó terreno la noción de que la «clase media» habría sido la base de apoyo fundamental de los movimientos fascistas europeos o de la derecha radical en otras regiones. El argumento apareció primeramente entre los socialdemócratas

**A partir de 1930  
ganó terreno la  
noción de que la  
«clase media» habría  
sido la base de apoyo  
de los movimientos  
fascistas europeos**

7. C. E. Harrison: «Putting Faith in the Middle Class: The Bourgeoisie, Catholicism and Postrevolutionary France» en A. Ricardo López y Barbara Weinstein (eds.): *The Making of the Middle Class: Towards a Transnational History*, Duke UP, Durham, 2012, pp. 315-334. V. tb. en el mismo volumen el ensayo de Simon Gunn sobre la clase media británica.

8. V. Pamela Pilbeam: *The Middle Classes in Europe 1789-1914, France, Germany, Italy and Russia*, Macmillan, Londres.

9. N. Elias: *El proceso de la civilización*, FCE, Buenos Aires, 1993.

alemanes y entre algunos republicanos en Italia: el fascismo sería una reacción defensiva de los sectores medios, que abrazan el autoritarismo por temor al avance político del proletariado, en un contexto en el que también su bienestar se halla en peligro por la presión del gran capital. La Internacional Comunista, en cambio, consideró a ese movimiento una expresión del gran capital, pero de cualquier manera varios de sus principales teóricos argumentaron que la pequeña burguesía fungía como su base social. La sociología —en especial la norteamericana— retomó y refinó el argumento a partir de los años 30 y con más visibilidad en la segunda posguerra. Seymour Martin Lipset, por ejemplo, desarrolló la idea del fascismo y otras formas de extremismo reaccionario como efecto de un «pánico de estatus» que experimentarían los sectores medios (en especial los más bajos), al ver que sus ingresos se van acercando a los de los trabajadores y que el movimiento obrero crece a expensas de su ascendente político. En ese tipo de situaciones, los sectores medios abrazarían ideologías antiliberales de derecha, con la ilusión de restaurar así una jerarquía social que se percibe amenazada. Algunos historiadores, como David Sapos, desarrollaron argumentaciones similares<sup>10</sup>.

Sin embargo, tampoco para esta tesis existe apoyatura empírica. Como mostró Val Burris, no hay evidencia de que los sentimientos de inseguridad emocional, la confusión ideológica o la personalidad autoritaria —factores asociados al apoyo al fascismo— se concentren en los sectores medios más que en otras clases. Por otra parte, el acercamiento

**No hay evidencia de que los sentimientos de inseguridad emocional se concentren en los sectores medios**

entre los niveles de ingreso de los trabajadores manuales y no manuales suele ser un rasgo que acompaña los periodos de *expansión* económica; los de *recesión* y crisis —como los que enmarcaron el ascenso del fascismo—, por el contrario, están caracterizados por la tendencia opuesta, hacia el distanciamiento de los niveles salariales. De hecho, en Alemania el peor deterioro relativo de los ingresos de los empleados sucedió durante la Primera Guerra Mundial y la inmediata posguerra, momento en que los trabajadores de cuello blanco

mostraban mayoritariamente simpatías hacia la socialdemocracia. En contra de lo que indicaría la tesis del «pánico de estatus», en el momento de mayor poderío y radicalidad del movimiento obrero alemán no se produjo ninguna estampida de los trabajadores de cuello blanco al territorio de la derecha (al revés, se trató del momento de mayor influjo del socialismo entre ellos). El abandono de la socialdemocracia

---

10. V. una buena síntesis de estos debates en V. Burris: «The Discovery of the New Middle Class» en A. Vidich (ed.): ob. cit.

se produce luego de 1923, cuando fracasa la revolución alemana y esa fuerza se vuelve más moderada. Pero aún entonces, no existe evidencia de ningún apoyo en bloque de los sectores medios al nazismo. Los datos sobre la composición del partido nazi tanto como la de su base votante no indican que esos sectores estén sobrerrepresentados. Los únicos grupos que sí parecieron estarlo —además de las clases altas— fueron algunas categorías de pequeños propietarios (especialmente los de origen rural y protestante) y el alto funcionariado estatal. Del resto de los sectores medios, no puede decirse que hayan tenido más simpatía por el nazismo que el resto de los sectores sociales<sup>11</sup>. Nuevamente en este caso, tras los esquemas abstractos de comportamiento social y los agrupamientos *a priori*, está la realidad de la heterogeneidad de los sectores medios.

### Nuevos enfoques

Para salir de estos atolladeros, desde hace algunos años los estudios históricos sobre la clase media vienen experimentando una profunda renovación (que se acompaña también en la antropología y, en menor medida, en la sociología)<sup>12</sup>. En lugar de asumir *a priori* la existencia de una clase media, importa ahora comprender los procesos sociopolíticos y/o discursivos por los que, en contextos específicos, se recorta una «clase media». En otras palabras, se busca entender las condiciones en las cuales (y los procedimientos por los que) determinados grupos de personas se agrupan con otras como una «clase media», en lugar de aglomerarse con otros sectores, o de conceptualizar su nucleamiento de otra manera. Fijar el momento de inicio de un cambio de paradigma es siempre una tarea azarosa, pero aún con prevenciones podríamos proponer como punto de partida mediados de la década de 1990, años de la aparición de dos textos pioneros, de autoría de Dror Wahrman y de Geoffrey Crossick, sobre el espacio europeo<sup>13</sup>. En el ámbito latinoamericano, el giro comienza poco después, con la investigación de David Parker de 1998 sobre los trabajadores de comercio peruanos<sup>14</sup>.

---

11. *Ibíd.*

12. Sobre esta renovación, v. S. Visacovsky y Enrique Garguin (eds.): *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*, Antropofagia, Buenos Aires, 2009 y A. R. López y B. Weinstein (eds.): *ob. cit.*

13. D. Wahrman: *Imagining the Middle Class: The Political Representation of Class in Britain, c. 1780-1840*, Cambridge UP, Cambridge, 1995; G. Crossick: «Formation ou invention des 'classes moyennes'? Une analyse comparée: Belgique-France-Grande-Bretagne (1880-1914)» en *Belgisch Tijdschrift voor Nieuwste Geschiedenis* vol. xxvi N<sup>o</sup> 3-4, 1996.

14. D. Parker: *The Idea of the Middle Class: White-Collar Workers and Peruvian Society, 1900-1950*, Pennsylvania State UP, University Park, 1998.

Desde el comienzo de esta renovación, las líneas de investigación han tomado dos caminos, con puntos de contacto y zonas grises. Atentos a los argumentos más textualistas del giro lingüístico, algunos investigadores han sostenido que la «clase media» no es otra cosa que una invención discursiva (un argumento que con frecuencia se hace extensivo a todas las «clases»). Desde este punto de vista, el foco de interés pasó a estar puesto casi exclusivamente en los discursos políticos de los que esta realidad discursiva habría emanado, con poco o ningún espacio para la exploración de la historia social de los sectores luego englobados en esa categoría. En líneas generales, se trata de la aproximación elegida por Wahrman. Otro grupo de investigadores, en cambio, ha buscado un punto intermedio entre el objetivismo de la tradición sociológica y las posturas textualistas extremas. Para este grupo –en el que podríamos situar a Crossick y Parker–, se trata de analizar precisamente el punto de encuentro entre, por un lado, los determinantes estructurales y la experiencia de grupos sociales concretos en situaciones históricas delimitadas y, por el otro, las construcciones discursivas que los convocan a la unidad como una «clase media». Después de todo, no cualquier apelación se hace carne en la sociedad de manera duradera: los procesos de construcción de identidades son incomprensibles sin tener en cuenta la dimensión discursiva, pero también lo son sin el análisis de las condiciones de receptividad de los discursos.

Desde este punto de vista, no va de suyo que exista en cualquier contexto y lugar una clase media por la mera presencia de las categorías ocupacionales que supuestamente la conforman. Quien se interese por investigarla, deberá demostrar empíricamente que, en un lugar y un momento determinados, una porción de la población imagina que habita una posición *intermedia* entre un arriba y un abajo. La pregunta relevante no será tanto cuál es la consistencia material de esa creencia –aunque ese sea un elemento indispensable de la indagación–, sino cuáles fueron las causas de su emergencia, cuáles son sus contenidos específicos y qué efectos políticos, sociales y culturales produce. □

# El porvenir de una ilusión: clases medias en América Latina

Cecilia Güemes / Ludolfo Paramio

Los gobiernos se alegran cuando los indicadores reflejan el aumento de las clases medias, y los ciudadanos no dudan en autocalificarse de clase media cuando existe alguna posibilidad de hacerlo. ¿Cuánto hay de realidad y cuánto de ilusión en la clase media? ¿Qué diferencia a las nuevas clases medias de las tradicionales? ¿Qué dicen los datos sobre las clases medias latinoamericanas?

Hubo un tiempo que fue hermoso... América Latina soñaba con convertirse en una región de clases medias. Ya no sería vista como una zona del mundo pobre, atrasada, subdesarrollada y tercermundista (adjetivos todos políticamente incorrectos, pero que perviven en el imaginario colectivo). El crecimiento económico y las políticas sociales sembraban esperanzas de tipo económico (aumento del consumo, oportunidades de negocio y emprendimiento), social (superación de la pobreza y reducción de la desigualdad), político (profundización y consolidación de las democracias y reconocimiento de nuevos derechos) y cultural (visibilización de nuevas identidades).

La idea de clase media operaba como premio y conquista, se superaba un reto político y social histórico de la región como era la pobreza y se compararía en el imaginario colectivo la aspiración a una mejora generalizada. Todos

---

**Cecilia Güemes:** es profesora de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Es presidenta del Grupo de Investigación en Gobierno, Administración y Políticas Públicas (GIGAPP). Sus líneas de investigación se centran en confianza social e institucional, clases medias, políticas públicas y temáticas iberoamericanas. Twitter: <@CeciliaGüemes>.

**Ludolfo Paramio:** ha sido profesor de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de España. Trabaja desde una perspectiva comparada sobre las modificaciones en el comportamiento político que se derivan de cambios en el modelo económico, como las reformas estructurales en América Latina o la transición a la competencia global en Estados Unidos y la Unión Europea.

**Palabras claves:** clases medias, democracia, desigualdad, América Latina.

eran conscientes de que la idea de clase media era compleja e indeterminada, pero aun así era atractiva y necesaria para creer y construir un futuro.

Tradicionalmente, la clase media se dibuja como un grupo social heterogéneo que incluye a personas con posiciones muy distintas en la estructura productiva<sup>1</sup> pero que, de alguna manera, se suponen unificadas por una identidad social, características culturales y/o cierto nivel de ingresos medios. La categoría «nuevas clases medias» agrega más complejidad a la materia, en tanto se refiere a quienes han dejado de ser pobres y han experimentado movilidad social ascendente gracias a programas de transferencia condicionada, pero cuya situación es inconsistente, precaria o vulnerable. Se trata de hogares donde el ingreso total familiar es superior al de los pobres (sus integrantes pueden comprarse una moto o nuevos electrodomésticos, o irse de vacaciones) pero que, en general, dependen del autoempleo o de un trabajo que no está regido por contrato ni goza de cobertura de seguridad social, y cuya capacidad de ahorro es muy limitada, cuando no nula<sup>2</sup>.

Los gobiernos sabían que la mejora en el poder adquisitivo no transforma automáticamente la estructura social, pero de todas maneras se sentían orgullosos de sus logros y auguraban bienestar futuro con datos en la mano: tres de cada diez personas podían considerarse de clase media en 2009 (Banco Mundial)<sup>3</sup>; los hogares de clase media habían pasado de 26% en 1996 a 32,5% en 2006 (Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Cepal)<sup>4</sup> y 70% de los ciudadanos se reconocía como de clase media o media baja en 2011 (Latinobarómetro). El cuadro de la página siguiente ilustra la evolución actual de las clases medias en la región. En términos objetivos, parece confirmarse la tendencia al alza de las clases medias. En

---

1. A la clase media se la asimila por una parte a los obreros (por estar excluida de los medios de producción), pero también a los capitalistas (por ejercer autoridad supervisora y, por tanto, participar en la función global del capital) y se destacan sus «posiciones contradictorias» en las relaciones de clase. Val Burris: «La síntesis neomarxista de Marx y Weber sobre las clases» en *Zona Abierta* N<sup>o</sup> 59-60, 1992; Eric Olin Wright: «Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clases» en *Zona Abierta* N<sup>o</sup> 59-60, 1992.

2. L. Paramio: presentación del seminario internacional «Clases medias y agenda política en América Latina», Centro de Ciencias Sociales y Humanas-Consejo Superior de Investigación Científica, Madrid, 14/2/2013; y L. Paramio: *Clases medias y gobernabilidad en América Latina*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2010.

3. Se consideraba de clase media a todos aquellos que tenían un consumo de entre 10 y 50 dólares por día. Francisco H. G. Ferreira, Julian Messina, Luis-Felipe López-Calva, María Ana Lugo y Renos Vakis: *La movilidad económica y el crecimiento de la clase media en América Latina*, Banco Mundial, Washington, DC, 2013.

4. La Cepal considera de clase media los hogares en los que el ingreso supera cuatro veces la línea de pobreza per cápita urbana y es inferior al valor del percentil 95. Los datos reflejan la media de los diez países incluidos en el informe: Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Honduras, México, Panamá, Perú y República Dominicana. Rolando Franco y Martín Hopenhayn: «Las clases medias en América Latina: historias cruzadas y miradas diversas» en R. Franco, M. Hopenhayn y Arturo León (coords.): *Las clases medias en América Latina: retrospectiva y nuevas tendencias*, Cepal - SEGIB / Siglo Veintiuno, Ciudad de México, 2010.



Cuadro

Clases medias en América Latina: indicadores objetivos  
(2007-2017) y subjetivos (2011-2018)

| Año                 | Indicadores objetivos |                           | Año                 | Indicadores subjetivos |                     |
|---------------------|-----------------------|---------------------------|---------------------|------------------------|---------------------|
|                     | Clases medias         | Clases medias vulnerables |                     | Clases medias          | Clases medias bajas |
| 2007                | 27,44                 | 35,69                     | 2011                | 37,2                   | 30,4                |
| 2017                | 38,43                 | 36,3                      | 2018                | 36,8                   | 29,6                |
| Variación 2017/2007 | <b>10,99</b>          | <b>0,61</b>               | Variación 2018/2011 | <b>-0,40</b>           | <b>-0,80</b>        |

**Nota:** los datos objetivos provienen del Banco Mundial y toman como referencia para medir la clase media entre 13 y 70 dólares paridad poder adquisitivo (PPA) (2011) y clase media vulnerable entre 5,5 y 13 dólares PPA (2011). Se presenta una media de América Latina con exclusión de Venezuela. Los datos subjetivos provienen de Latinobarómetro, donde se le pide al encuestado que se defina como de una clase social en la siguiente escala: alta, media alta, media, media baja y baja. Los datos que se reflejan en el cuadro representan la media de 18 países de la región.

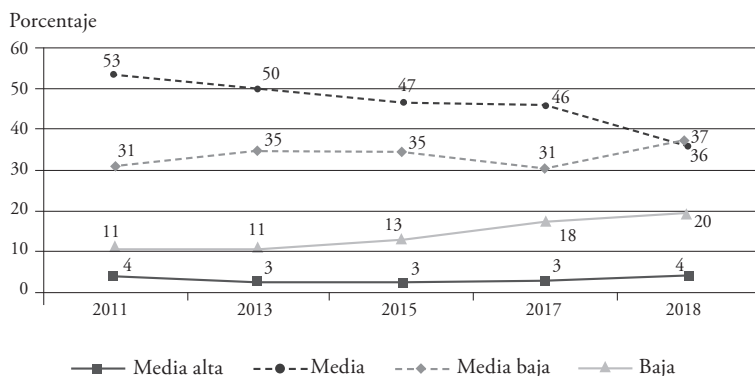
**Fuente:** elaboración de los autores sobre la base de datos de LAC Equity Lab (WB) y Latinobarómetro.

términos subjetivos, no. Sabemos que la compulsión a calificarse de clase media obedece a la necesidad de no sentirse pobre pero tampoco rico y a un criterio de distinción que se utiliza para diferenciarse culturalmente, pero poco se conoce sobre los mecanismos que conducen a un sujeto a sentirse de clase media. ¿Qué representación social, razones o motivos conducen a un individuo a autodefinirse en esa categoría? Especialmente interesante es el caso de Argentina, donde la percepción de pertenecer a la clase media desciende de modo más abrupto que en el resto de la región, mientras que la percepción de ser de clase media-baja se incrementa (v. gráfico). Los datos sugieren una especie de trasvase de la clase media a la media-baja.

A fines del siglo pasado, en Argentina se hablaba de una caída escalonada, astillamiento y pauperización de las clases medias y de la conversión de buena parte de ellas en «nuevos pobres». Esta dualización o quiebre dentro de la clase media se asociaba a los ganadores y perdedores de la globalización y al desarrollo de políticas neoliberales<sup>5</sup>.

5. Alberto Minujin y Gabriel Kessler: *La nueva pobreza en la Argentina*, Planeta, Buenos Aires, 1995; Maristella Svampa: «Clases medias, cuestión social y nuevos marcos de sociabilidad» en *Punto de Vista* N° 67, 2000; Manuel Mora y Araujo: «La estructura social de la Argentina: evidencias y conjeturas acerca de la estratificación actual», Serie Políticas Sociales N° 59, Cepal / Naciones Unidas, Santiago de Chile, 2002.

Gráfico

Evolución de la autoafiliación de clase en Argentina (2011-2018)<sup>6</sup>

**Fuente:** elaboración de los autores sobre la base de datos de Latinobarómetro.

Más allá de la pérdida de atractivo de los relatos globales en torno de la idea de clase media, una clave explicativa para la caída en la autopercepción puede tener que ver con la frustración de expectativas sociales (tengo mucha educación pero no encuentro trabajo) y la desilusión política (la democracia prometió mucho más de lo que luego cumplió)<sup>7</sup>. Desde otra perspectiva, también puede que exista entre quienes saben que son parte de la clase media un deseo de activar una nueva referencia identitaria y liberarse de las etiquetas negativas asociadas a la «psicología» o el «arquetipo» histórico de las clases medias tradicionales («mediopelo», conformistas, individualistas y superficiales)<sup>8</sup>.

En los párrafos que siguen caracterizamos a las «nuevas» clases medias latinoamericanas centrandó la atención en perfiles, actitudes, comportamientos y demandas. El objetivo es múltiple. Primeramente, interesa destacar las peculiaridades de las nuevas clases medias en términos culturales e identitarios, diferenciándolas de las clases medias tradicionales. En

6. La consigna que se formula en la encuesta de Latinobarómetro es: «La gente algunas veces se describe a sí misma como perteneciendo a una clase social. Ud. se describiría como perteneciendo a la clase:». Las opciones de respuesta son: alta, media alta, media, media baja y baja. En el gráfico se excluye la clase alta porque los valores son inferiores a 0.

7. Liliana de Riz: «El apetito de progreso de las clases medias: un tiempo de reformas para Argentina» en L. Paramio y C. Güemes: *Las nuevas clases medias: ascenso e incertidumbre*, CEP, Madrid, 2017.

8. Sergio Visacovsky y Enrique Garguin (eds.): *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*, Antropofagia, Buenos Aires, 2009.

segundo lugar, se describen las razones estructurales que motivan a que las nuevas clases medias se sientan «clases a medias». En tercer término, se presentan las percepciones y actitudes de las clases medias, centrándose en el enojo de estas frente a la ineficiencia institucional, la baja calidad en los servicios públicos, la corrupción y la inseguridad. Por último, se describe su pragmático y errático comportamiento político<sup>9</sup>.

### Las nuevas clases medias: el juego de las diferencias

Los trabajos recientes sobre clases medias contraponen las clases medias nuevas o «emergentes» a las clases medias tradicionales. La bibliografía económica se refiere a las primeras como «vulnerables», mientras que la de corte sociológico introduce conceptos como los de «clase media divergente». Esto conduce a preguntarnos si existen entre estos estratos sociales solo diferencias cuantitativas o de grado (de consumo, ingresos, ahorro) o también diferencias cualitativas (de identidad, preferencias o comportamiento político). A continuación ofrecemos datos que permiten suponer que las nuevas clases medias son parecidas y, a la vez, diferentes de las clases medias tradicionales cuantitativa y cualitativamente. Opinan y ven los problemas sociales de modos parecidos, pero son más frágiles en términos estructurales, viven en el día a día más preocupadas y su comportamiento político es más impredecible.

### Diferencias culturales y estructurales

Empecemos por las diferencias: las nuevas clases medias tienen una construcción cultural/identitaria disímil de la de las clases medias tradicionales. Si bien son igualmente aspiracionistas, no buscan homologarse al canon cultural de las clases altas ni tienen en su horizonte el consumo característico de la modernidad ilustrada, como sí lo tenían las clases medias tradicionales. Su consumo se concentra en tecnología, educación privada, ropa o productos de ciertas marcas y se verifica una combinación de capitales simbólicos que fusiona lo ancestral y la modernidad. Su exhibición de riqueza dista de la propia de la clase media tradicional, que gasta en viajes o compra artículos finos. Su momento de ostentación de poder económico está en las fiestas infantiles y la ropa de marca, en estar informado de los nuevos avances tecnológicos (computadoras, celulares,

---

9. C. Güemes: «*Aurea mediocritas*: crecimiento, características y papel de las nuevas clases medias en Latinoamérica» en L. Paramio y C. Güemes: *Las nuevas clases medias latinoamericanas: ascenso e incertidumbre*, cit.

televisores, sistemas de audio, juegos). Lo cultural es reemplazado por el saber como destreza y habilidad para desarrollar un emprendimiento profesional<sup>10</sup>.

Si las «viejas» clases medias están integradas por empleados en trabajos no manuales (especialmente funcionarios públicos), ciudadanos, occidentalizados, que viven en barrios tradicionales cerca de clases altas, las «nuevas» clases medias incorporan a trabajadores manuales, que viven en las afueras de la ciudad o en nuevos barrios y tienen gustos occidentales matizados por un toque cultural y racial reivindicativo. El componente racial indígena está mucho más presente que en las clases medias tradicionales.

**Buena parte de la nueva clase media creció a espaldas de los gobiernos y se conforma con que se la deje funcionar a su manera**

Buena parte de la nueva clase media creció a espaldas de los gobiernos y, por tanto, se conforma con que se la deje funcionar a su manera. No existe para quienes la integran diferenciación entre obrero y empleado, son multitareas y se ven como «dueños» más que como empresarios, a la vez que utilizan aporte de trabajo vía trueque entre amigos y vecinos.

En Bolivia, las investigaciones sostienen que la nueva clase media tiene la aspiración de tener un negocio propio (66,3%) y poco deseo de un empleo formal (17,2%) o con alta remuneración (16,5%). La gran mayoría de quienes se definen como de clase media se consideran mestizos (78,3%) y 13,2% se autoidentifican como indígenas; el rasgo colectivista los distingue de la clase media tradicional, más individualista<sup>11</sup>.

Tanto los ponchos, las polleras y las *wiphalas* que inundaron las instituciones y espacios públicos como la arquitectura «con identidad propia» que combina iconografía, colores y diseños ancestrales en El Alto (los llamados *cholets*) reflejan visualmente la hibridación de estilos y códigos que caracteriza a las nuevas clases medias andinas o pequeña burguesía chola<sup>12</sup>. Ello deriva en criterios musicales, modas y formas de convivencia específicas. Hay un acceso a la cultura global que les permite seguir patrones de moda y comportamiento internacional, a la vez que tradiciones y modos de ser más colectivistas heredados de padres que se combinan. Integran esta clase media «divergente» tanto los migrantes rechazados, esto es, personas que al llegar a la ciudad se sienten despreciadas por las

10. Ana Wortman: «Las clases medias argentinas, 1960-2008» en R. Franco, M. Hoppenhayn y A. León (coords.): ob. cit.

11. Roberto Laserna: «Clases medias en la Bolivia urbana» en Daniel Moreno et al.: *Chicha y limonada. Las clases medias en Bolivia*, CERES / Plural, La Paz, 2018.

12. María Teresa Zegada: «Clases medias emergentes» en D. Moreno et al.: ob. cit.

clases medias tradicionales y los gobiernos y se instalan en las periferias, como sus hijos, a los que cabe llamar mestizos ciudadanos, en tanto se educan bajo dos influencias: la tradicional de sus padres y la moderna de la ciudad<sup>13</sup>.

Como prueban estudios en Brasil, la «clase C» (capas medias emergentes) puede ser más conservadora respecto a muchos de los puntos de la agenda posmaterialista, como el aborto, el divorcio o la homosexualidad<sup>14</sup>. Ahora bien, en términos de percepciones sociales, existe un notable parecido con las clases medias tradicionales, como veremos más adelante.

El segundo rasgo característico y diferencial de quienes integran la nueva clase media en relación con la clase media tradicional es la sensación de vulnerabilidad. Sus integrantes han expandido su capacidad de compra y mejorado su bienestar, pero su capacidad de ahorro es baja (en el mejor de los casos) y su acceso a servicios básicos, muy relativo. Esta sensación de que su regocijo pende de un hilo y en cualquier momento todo puede esfumarse resulta de la interrelación de factores estructurales y coyunturales.

El contexto de emergencia de las nuevas clases medias es el crecimiento económico vivido en la región en la primera década del siglo XXI y está asociado al valor internacional de los *commodities*. Los modelos productivos siguen siendo poco competitivos y su ganancia deriva de estrategias primario-exportadoras. Las nuevas clases medias dependen más que las otras de que los recursos naturales sean demandados y bien pagados internacionalmente<sup>15</sup>. El modelo primario-extractivista como clave del crecimiento económico y de las nuevas clases medias de ciudades como Quito generará nuevas tensiones en el seno de sociedades multiculturales que aspiran a integrar el «buen vivir» en sus modelos productivos<sup>16</sup>.

El crecimiento económico recorta las tasas de desempleo, pero la informalidad laboral sigue predominando en el mercado de trabajo<sup>17</sup>. Los integrantes de las nuevas clases medias desarrollan en la mayoría de los casos una ocupación manual que depende del autoempleo (autónomos o emprendedores precarios), o bien tienen un empleo que no está regido por contrato ni goza de cobertura de seguridad social (puede que solo coticen

---

13. Rolando Arellano Cueva: «Valores e ideología: el comportamiento político y económico de las nuevas clases medias en América Latina» en Alicia Bárcena y Narcís Serra (eds.): *Clases medias y desarrollo en América Latina*, Naciones Unidas, Santiago de Chile, 2010.

14. María Hermínia Tavares de Almeida y Emmanoel Nuñez de Oliveira: «Nuevas capas medias y política en Brasil» en L. Paramio: *Clases medias y gobernabilidad en América Latina*, cit.

15. OCDE-CEPAL: *Perspectivas económicas de América Latina 2013. Políticas de PYMES para el cambio estructural*, LC/G.2545, OCDE / Cepal, 2012.

16. Jorge Resina: «Clases medias en Ecuador: Entre la ilusión del Buen Vivir y el mito del desarrollismo» en L. Paramio y C. Güemes: *Las nuevas clases medias: ascenso e incertidumbre*, cit.

17. OCDE: *Latin American Economic Outlook 2011: How Middle-Class Is Latin America?*, OECD Publishing, París, 2010.

por una parte de su jornada laboral y el resto se les pague «en negro», o que no coticen en absoluto). Sus ingresos per cápita están por encima de la línea de pobreza, pero por debajo del umbral de 10 dólares diarios<sup>18</sup>.

Aunque los nuevos clasemedios atribuyen su bienestar a su esfuerzo y dedicación, y no a las políticas sociales de los Estados, las transferencias sociales condicionadas implementadas por los gobiernos progresistas de la región han sido claves a la hora de explicar la salida de la pobreza de millones de latinoamericanos<sup>19</sup>. Estas políticas sociales redistributivas y el mayor crecimiento económico experimentado elevaron el piso de la expectativa social y son responsables de la salida de la pobreza de muchas familias. Ahora bien, lo urgente es el paso de las políticas sociales focalizadas a políticas universales. Quienes han escapado de la pobreza no pueden ya recibir las transferencias destinadas a los hogares pobres, pero sin algún tipo de apoyo pueden ser incapaces de mantener y consolidar su nuevo estatus. No obstante, solo con el apoyo de las clases medias puede pensarse en la creación de una coalición social a favor de políticas públicas redistributivas<sup>20</sup>.

Sostener políticas focalizadas o implementar políticas universales supone varios dilemas en términos de sostenibilidad si el crecimiento se ralentiza. Las fuentes fiscales de los programas dependen de la bonanza de los precios internacionales y de que siga entrando dinero vía exportaciones. Los sistemas impositivos siguen siendo regresivos y capturando buena parte de los ingresos de las mismas clases bajas y medias mediante impuestos indirectos al consumo. Se necesitan más impuestos directos a las rentas y al patrimonio para redistribuir mejor y no cargar en aquellos que están saliendo de la pobreza<sup>21</sup>.

### Parecidos en percepciones sociales: desconfianza, desesperanza y enojo generalizado

Como es evidente, son necesarios cambios que alteren la estructura productiva y los sistemas fiscales, transformaciones profundas y lentas que no se ajustan a los ciclos electorales y reclaman políticas de Estado. Experimentar vulnerabilidad se traduce en fragilidad y debilidad, y la capacidad

---

18. R. Franco y M. Hopenhayn: ob. cit.; Glenita Amoranto, Natalie Chun y Anil Deolalikar: «Who are the Middle Class and What Values do they Hold? Evidence from the World Values Survey», Working Paper N° 229, Asian Development Bank, Manila, 2010.

19. Miguel Székely Pardo: «Transferencias condicionadas y cohesión social en América Latina» en Guillermo Fernández del Soto y Pedro Pérez Herreros (coords.): *América Latina: sociedad, economía y seguridad en un mundo global*, IELAT / CAF / Marcial Pons, Madrid, 2013.

20. L. Paramio: «Conclusiones» en L. Paramio y C. Güemes: *Las nuevas clases medias latinoamericanas: ascenso e incertidumbre*, cit.

21. Cepal: *Panorama social de América Latina 2014*, Naciones Unidas, Santiago de Chile, 2014.

de resiliencia es muy limitada. Sentirse «clase a medias» se traduce en una serie de demandas por servicios públicos de calidad que no alcanzan a verse satisfechos en la familia o por el mercado. En esto las nuevas clases medias se parecen a las clases medias tradicionales: ambas manifiestan una profunda insatisfacción con los servicios públicos.

En promedio, y salvo para el caso de la educación, la satisfacción con cualquiera de los servicios públicos es siempre inferior a 50%. La media para la región indica que solo 52% de los latinoamericanos que se identifican como clase media-baja estaba satisfecho con la educación, 44% con el funcionamiento de los hospitales, 45% con el servicio de transporte público, 32% con el funcionamiento de la policía y solo 29% con el funcionamiento de los tribunales de justicia en 2011<sup>22</sup>. La desconfianza hacia las instituciones es también llamativamente similar entre las clases medias tradicionales y las emergentes, aunque un poco mayor entre quienes se autoidentifican como clase media-baja. Si tomamos en cuenta los datos de Latinobarómetro de 2011, 65% de quienes se autoidentifican como de clase media tiene poca o ninguna confianza en el Congreso, y en el caso de quienes se autoidentifican como de clase media baja el porcentaje alcanza el 68%; y lo mismo sucede con el Poder Judicial (67% y 71%), los partidos políticos (76% y 78%) o la administración pública (43% y 68%).

La preocupación por la inseguridad tiene un comportamiento semejante: 64% de quienes se identifican como clase media considera que la inseguridad ha aumentado, mientras que es 85% entre quienes se identifican como clase media baja. Con la corrupción, las brechas tampoco son tan amplias y existe una mayoría muy enojada: 54% de quienes se consideran de clase media considera que las instituciones del Estado en los últimos dos años han progresado poco o nada en reducir la corrupción, mientras que entre quienes son de clase media-baja el total es de 39%.

Estos tres conjuntos de datos permiten intuir un descontento social generalizado con el funcionamiento de las instituciones públicas y una evaluación negativa de la eficacia y capacidad de los gobiernos para proveer servicios públicos esenciales y responder a las demandas y los problemas concretos de la gente, a su vida de todos los días. Las ineficiencias del sistema de salud, la baja calidad de la educación pública, el caos del transporte y el miedo a salir de la casa (e incluso la sensación de inseguridad dentro del hogar) enfadan a la ciudadanía. Las condiciones de vida son mejores, pero no se cree que la sociedad funcione mejor.

**La satisfacción con cualquiera de los servicios públicos es siempre inferior a 50%**

---

22. María Esther del Campo, C. Güemes y L. Paramio: «I Can't Get No Satisfaction'. Servicios públicos, democracia y clases medias en América Latina» en *América Latina Hoy* vol. 77, 2017.



**Los autores coinciden en que las preferencias políticas de las nuevas clases medias no son predecibles**

Lo observado ha conducido a pensar que la participación en las protestas sociales de los últimos años podría estar asociada a una demanda de las nuevas clases medias por servicios públicos que permitan estabilizar su estatus. En otras palabras, las protestas reflejarían una reivindicación de derechos que garanticen los logros económicos alcanzados (lucha por la significación y el sentido de la clase media emergente, que quiere consolidarse), así como una demanda de apertura del sistema de gobierno (un reclamo en pos de la transparencia y un juicio sobre el desempeño, la eficiencia y la capacidad de respuesta de los gobiernos bajo el esquema de

democracia representativa). Si esto fuera así, podríamos pensar en las nuevas clases medias como ciudadanos críticos que interpelan a las instituciones en busca de su mejora.

Ahora bien, lo que se observa es que sentirse de clase media no es un factor que anticipe la participación en protestas, aunque sí lo es el mayor nivel educativo. En otras palabras, quienes se sienten de clase media no tienen mayor participación en las protestas que quienes se sienten de clases altas o bajas, pero tener más educación aumenta la probabilidad de que eso ocurra. Es de notar además que quienes participan en protestas no disputan la democracia y el sistema sino que, por el contrario, buscan perfeccionarlos, ya que también participan en canales políticos formales como el voto y son quienes confían en los gobiernos y en instituciones como los sindicatos<sup>23</sup>.

En cuarto lugar, toca referir al comportamiento político: ¿en qué medida las clases medias emergentes se alinean con los partidos o gobiernos cuya gestión ha contribuido a, o simplemente ha presidido, su proceso de emergencia? Los autores coinciden en que las preferencias políticas de las nuevas clases medias no son predecibles: pueden apoyar a la izquierda como a la derecha, estar de acuerdo en que la democracia es el mejor sistema de gobierno, pero estar en contra de extender derechos civiles como el matrimonio igualitario o el aborto. El apoyo con que contaron los gobiernos asociados a la izquierda en la región disminuye, a la par que el apoyo al sistema democrático, si las clases medias se sienten insatisfechas y los que están abajo ven limitadas o reducidas sus oportunidades de ascender.

---

23. John A. Booth y Mitchell A. Seligson: *The Legitimacy Puzzle in Latin America: Political Support and Democracy in Eight Nations*, Cambridge UP, Nueva York, 2009; C. Güemes y L. Paramio: «'Knockin' on Heaven's Door?' Desempeño de las democracias, protesta social y clase medias en América Latina» en *El impacto electoral de las clases medias emergentes en América Latina*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2015; Jaime Fierro: «Clase media y democracia en América Latina» en *Perfiles Latinoamericanos* vol. 23 N<sup>o</sup> 46, 2015.

Ambas cuestiones estarían relacionadas con el efecto túnel de Albert Hirschman y Michael Rothschild<sup>24</sup> y con la frustración de expectativas de los estratos medios. En etapas de crecimiento económico, la tolerancia a la desigualdad puede ser alta. La frustración de aquellos que se quedaron atrás durante una primera fase de crecimiento no se hace presente inmediatamente, pues avizoran un futuro ascenso y ello los mantiene contentos. Sin embargo, en una segunda fase, quienes no lograron ascender pierden sus esperanzas y se convierten en enemigos del orden. El paso del tiempo es el factor clave en este asunto y aumenta la sensación de privación relativa.

La mayor disponibilidad de crédito o el consumo subsidiado de las nuevas clases medias podrían ser insuficientes si la presión inflacionaria o las intervenciones del gobierno en la vida económica y social se perciben como amenazas a un estilo de vida, si los perjudican como consumidores, ahorradores y pensionistas, o si no se concretan políticas públicas que mejoren la calidad de vida del día a día ofertando servicios públicos elementales como seguridad y transporte. Liliana de Riz sostiene que en Argentina, aunque no se afilian a partidos, las nuevas clases medias son pragmáticas y tienden a «tomar partido» por liderazgos desideologizados, en un contexto en el que la proporción de personas que dicen estar afiliadas o tienen simpatía por los partidos disminuye<sup>25</sup>. Entre sus integrantes se diferencian aquellos que aspiran a un futuro mejor peleando para ascender en la escala social de aquellos que reivindican conservar lo adquirido. Los primeros, para la autora, votan por Mauricio Macri, los segundos apoyan al kirchnerismo. El énfasis en la gestión, una agenda flexible de gobierno sin respuestas ideológicas predefinidas y un uso innovador de las redes sociales dieron la victoria a Propuesta Republicana (PRO) en 2015. A la luz de los resultados de las elecciones de 2019, podría suponerse que la hipótesis mantiene vigencia, y a la vista de que la inflación y el desempleo aumentan, las clases medias cambiaron sus perspectivas y preferencias políticas y buscan resistir apoyando la alternancia y confiando en el peronismo.

---

24. A. Hirschmann y M. Rothschild: «The Changing Tolerance for Income Inequality in the Course of Economic Development» en *The Quarterly Journal of Economics* vol. 87 N<sup>o</sup> 4, 1973. El efecto túnel refiere a la sensación que experimenta un individuo en contextos de crecimiento económico respecto a su posibilidad de movilidad social. El individuo que tiene poca información sobre su futuro mientras sus familiares, conocidos y amigos mejoran su posición económica y social se siente como si estuviera atascado en un túnel y viera los coches de la fila de al lado avanzar. Frente a esto, el sujeto tiene expectativas de que en algún momento le tocará el turno, por tanto se alegra del crecimiento de los otros y esta gratificación de momento suspende la envidia. Si al cabo de un tiempo la persona no logra avanzar, mientras que las otras ya lo hicieron, esto la coloca en peor posición, ya que durante un periodo se sintió alegre pero ahora se siente mucho peor. Su posición relativa ha empeorado, perderá esperanzas y se convertirá en un enemigo del orden.

25. L. de Riz: ob. cit.

En Brasil, las capas medias jamás se manifestaron como una fuerza social y política unificada. Estuvieron en las manifestaciones que clamaron por el impeachment y también en las que defendieron la permanencia de Dilma Rousseff en la Presidencia. Sin embargo, y más allá de las diferencias políticas e ideológicas, compartieron con los manifestantes y los grupos organizados la misma desconfianza y ambigüedades respecto a la política institucional, sus reglas y formas de proceder<sup>26</sup>. En Bolivia se afirma que las clases medias pueden no tener una ideología política preconstituida, pero tienen una posición de centro, actitudes políticas moderadas y son medianamente conservadoras, lo cual es consistente con su estatus relativamente privilegiado en la sociedad boliviana<sup>27</sup>.

### Resumiendo...

Todo aquel que ha vivido largo tiempo dentro de una determinada cultura y se ha planteado repetidamente el problema de cuáles fueron los orígenes y la trayectoria evolutiva de la misma, acaba por ceder también alguna vez a la tentación de orientar su mirada en sentido opuesto y preguntarse cuáles serán los destinos futuros de tal cultura y por qué avatares habrá aún de pasar.<sup>28</sup>

Con este párrafo inicia Sigmund Freud su trabajo intentando entender el origen y el papel que cumplen las ilusiones religiosas en las sociedades actuales. La ilusión, sostiene el autor, no es un error ni tiene que ser falsa o irrealizable. La ilusión parte del impulso a la satisfacción de un deseo que prescinde de su relación con la realidad y que tiene reminiscencias históricas, resultando una acción conjunta del pasado y el porvenir.

Hay quienes sostienen que la clase media es una ilusión estadística que esconde una profunda heterogeneidad en su seno. Una ilusión que parte de un deseo de bienestar y que aspira a dejar atrás la lacra de la pobreza, aunque esa operación pueda derivar en una construcción discursiva que invisibiliza diferencias estructurales como las de género, las étnicas o las territoriales, desalienta la toma de conciencia popular y desarticula la lucha. Los gobiernos se alegran cuando los indicadores reflejan el aumento de las clases medias, y los ciudadanos no dudan en autocalificarse de clase media cuando existe algún atisbo de serlo. Ambos se aferran a la ilusión.

---

26. M. H. Tavares de Almeida: «Capas medias, protesta y agenda pública» en L. Paramio y C. Güemes: *Las nuevas clases medias latinoamericanas: ascenso e incertidumbre*, cit.

27. D. Moreno: «Aspiracionales, reales o imaginarias: las clases medias en Bolivia» en D. Moreno et al.: ob. cit.; M. T. Zegada: ob. cit.

28. Sigmund Freud: *El porvenir de una ilusión* [1927], Biblioteca virtual Omegalfa, 2016.

Sentirse de clase media tiene una importancia clave en términos individuales, supone estar cubierto en la satisfacción de ciertas necesidades básicas de alimentación y vivienda, tener acceso a bienes de consumo que conectan con el resto del mundo, como un teléfono móvil, o bienes que permiten desplazarse en menos tiempo por la ciudad. Ser de clase media libera del estigma de pobre y otorga una identidad que adquiere conciencia de ciertos derechos por los que demandar política y socialmente. Supone soñar con la movilidad social, albergar esperanzas de futuro para los hijos, imaginar que la desigualdad podría dejar de heredarse. El pobre y excluido que siempre se ha sentido fuera, a partir de autocalificarse como de clase media, tiene la ilusión de ser parte del presente y del futuro. Claro que todas estas expectativas se ven amenazadas por cambios en la economía global o un giro de los gobiernos, y la ilusión se torna en frustración y enojo.

Todo parece indicar que el foco superador de la ilusión debe ponerse en redistribuir la capacidad de consumo y en repartir mejor las oportunidades, rentas y riquezas. Se trata de imaginar un nuevo pacto social y político que no se enfoque solo en sacar a la gente de la pobreza, sino también en atacar la desigualdad y la creciente vulnerabilidad del precariado y en construir relatos colectivos inclusivos desde la aceptación de la diferencia. ☐

## PÁGINAS

Diciembre de 2019

Lima

Nº 256

ARTÍCULOS: Crisis oligárquica en Chile y necesidad de un nuevo orden social. Veintiún tesis para entender la grave crisis que sacude a Chile, **Cristián Parker G.** La Iglesia de todos, **Gustavo Gutiérrez M.** Sociedad civil, autonomías absolutas e indiferencia, **Javier M. Iguíñiz Echeverría.** De la escucha a la conversión integral, **Agenor Brighenti.** Monseñor Romero, ser humano, cristiano y arzobispo cabal. Proclamó la verdad, fue poseído por ella y la proclamó con pasión, **Jon Sobrino.** El laicado de Chile hace camino para #OtraIglesiaEsPosible, **Aníbal Pastor N.** Ética, educación y deliberación. Consideraciones filosóficas sobre la pedagogía de la ética, **Gonzalo Gamio Gehri.** Haití: protesta ante el abandono, la corrupción y la indiferencia. Pacto de las Catacumbas por la casa común. Por una Iglesia con rostro amazónico, pobre y servidora, profética y samaritana. Mensaje final de la REPAM sobre el Sinodo amazónico. Pronunciamiento del presidente de la Conferencia Episcopal del Perú. Nota de los obispos católicos de Haití. Cuidar la convivencia: la paz es fruto de la justicia. Declaración del **Comité Permanente de la Conferencia Episcopal de Chile.** Espiral de violencia y muerte. **Mensaje de los Obispos de Bolivia.** Jesuitas condenan la represión en Nicaragua y se solidarizan con las víctimas.

*Edita y distribuye Centro de Estudios y Publicaciones, Belisario Flores 681 – Lince, Lima 14, Perú. Tel.: (511) 4336453 – Fax: (511) 4331078. Correo electrónico: <contacto@revistapaginas.com.pe>. Página web: <www.revistapaginas.com.pe>.*

# Nuevas clases medias: acercar la lupa

Gabriela Benza / Gabriel Kessler

Una de las transformaciones sociales más destacadas durante la etapa posneoliberal fue el crecimiento de las llamadas «nuevas clases medias», expresión de la mayor capacidad de consumo que distinguió al periodo. Las nuevas clases medias engloban situaciones diversas en términos económicos y ocupacionales, así como en materia de identidades y orientaciones políticas. Pero mientras los grupos intermedios de las sociedades latinoamericanas experimentaron cambios sustantivos, no sucedió lo mismo con quienes ocupan las posiciones más altas, una señal de los límites que tuvieron las mejoras distributivas de estos años.

Durante la etapa de giro a la izquierda y crecimiento económico de principios de siglo, América Latina registró tendencias positivas en diversos indicadores sociales. La desocupación y la precariedad laboral disminuyeron en una parte considerable de los países de la región, aumentaron los salarios reales, se redujo la pobreza y se atenuó la desigualdad de ingresos. En este marco, algunos grupos sociales registraron modificaciones

---

**Gabriela Benza:** es doctora en Ciencias Sociales por El Colegio de México. Es investigadora del Centro de Investigación en Políticas Sociales Urbanas de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF) y docente de grado y posgrado en esa casa de estudios y en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

**Gabriel Kessler:** es doctor en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHES), París. Es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) de Argentina y profesor de la UNSAM y de la Universidad Nacional de la Plata (UNLP).

**Palabras claves:** clases medias, desigualdad, inclusión social, posneoliberalismo, América Latina.

**Nota:** este artículo retoma en parte argumentos desarrollados por los autores en *Uneven Trajectories: Latin American Societies in the Twenty-Century: Elements in Politics and Society in Latin America*, Cambridge UP, Cambridge, 2020.

sustantivas en su tamaño y características principales. Una de las transformaciones más destacadas en este sentido fue la expansión de las llamadas «nuevas clases medias», que parecía expresar el logro de sociedades más igualitarias. No obstante, en otros sectores sociales hubo pocas transformaciones. En particular, los grupos que ocupan las posiciones más altas de la estructura social en general experimentaron pocos cambios, una señal de los límites que tuvieron las transformaciones sociales del periodo.

## La expansión de las clases medias

Con la excepción de algunos países del Cono Sur y Costa Rica, las clases medias han sido consideradas históricamente un grupo minoritario en América Latina. En este marco, las evidencias de su expansión durante la primera década del siglo XXI fueron particularmente celebradas. La emergencia de las llamadas nuevas clases medias parecía contribuir al quiebre de la histórica polarización social latinoamericana e, incluso, a reforzar la cohesión social y la estabilidad política.

Las nuevas clases medias se refieren en gran medida al proceso de ampliación de la capacidad de consumo que caracterizó el periodo posneoliberal y que benefició a una parte importante de la población. La mayoría de las investigaciones que analizaron su crecimiento, realizadas sobre todo desde la economía, privilegiaron recortarlas empíricamente a partir de los niveles de ingresos, si bien los criterios empleados fueron variados. Algunos definieron a las clases medias como integradas por personas en determinados deciles o quintiles de ingresos, otros como aquellas con ingresos alrededor de la mediana o la media, mientras que otros establecieron sus límites a partir de criterios absolutos: mayormente, como aquellas personas con ingresos por encima de la línea de pobreza<sup>1</sup>.

Pero más allá de las diferencias en los criterios de delimitación, los estudios mostraron con claridad la importante ampliación de los estratos de ingresos medios que ocurrió gracias a la mejora en la capacidad adquisitiva producida en la primera parte del siglo XXI. Esta mejora respondió, en primer lugar, a la reactivación económica y a la creación de puestos de trabajo, pero también a una mayor intervención estatal. En este sentido es destacable la implementación de políticas redistributivas en beneficio

---

1. Nancy Birdsall: «Reflections on the Macro Foundations of the Middle Class in the Developing World», Working Paper N° 130, Center for Global Development, Washington, DC, 2007; Eduardo Lora y Johanna Fajardo: «Latin American Middle Classes: The Distance between Perception and Reality» en *Economía* vol. 14 N° 1, 2013; Luis López-Calva y Eduardo Ortiz-Juarez: «A Vulnerability Approach to the Definition of the Middle Class» en *Journal of Economic Inequality* vol. 12 N° 1, 2014; Andrés Solimano: «The Middle Class and the Development Process», Serie Macroeconomía del Desarrollo N° 65, Cepal, Santiago de Chile, 2008.

de los hogares más pobres en prácticamente todos los países de la región, en particular a través de la ampliación de las pensiones contributivas y no contributivas y de programas de transferencias condicionadas de ingresos. En ciertos países, también fueron muy importantes las políticas de regulación laboral, en tanto ayudaron a mejorar las condiciones de trabajo y elevar las remuneraciones.

Ciertos autores enfatizaron que en América Latina estaba teniendo lugar una verdadera «democratización del consumo»: el acceso de crecientes franjas de la población a bienes y servicios que históricamente les habían estado vedados. Sin embargo, en países de la región con historias más igualitarias, como los del Cono Sur, el proceso parece haber tenido un significado distinto. No se trataría de «nuevas» clases medias, sino fundamentalmente de la recuperación de grupos que en las décadas de 1980 y 1990 tuvieron que resignar niveles de vida. En cualquier caso, el mayor acceso a bienes por parte de los habitantes de los barrios pobres de la región contrasta ampliamente con las décadas previas de privación. Bienes de consumo masivo, pero también otros antes inalcanzables, como celulares o computadoras, se volvieron más fáciles de adquirir. Esta mayor capacidad de consumo se vio apuntalada, a su vez, por una tendencia de largo plazo a la caída de los precios de los bienes durables, y en algunos países, por una fuerte expansión de la financiarización entre los sectores de menores ingresos, como ha mostrado Ariel Wilkis para el caso argentino<sup>2</sup>.

Si los primeros trabajos sobre las nuevas clases medias resaltaban los múltiples beneficios que podía traer su expansión en términos económicos, sociales y políticos, más recientemente se ha enfatizado su gran fragilidad. Las nuevas clases medias son heterogéneas en cuanto a su situación económica. Una parte importante está en situación de vulnerabilidad<sup>3</sup>. Su posición económica es muy inestable, sobre todo debido a la alta incidencia de ocupaciones precarias o informales. Esto incrementa el riesgo de que las mejoras que experimentaron durante el periodo no sean permanentes. Pueden haber ampliado su capacidad de consumo durante un ciclo favorable, pero en contextos contractivos, como los que atraviesan actualmente varios países de la región, tienen muy altas probabilidades de perder posiciones y caer en la pobreza.

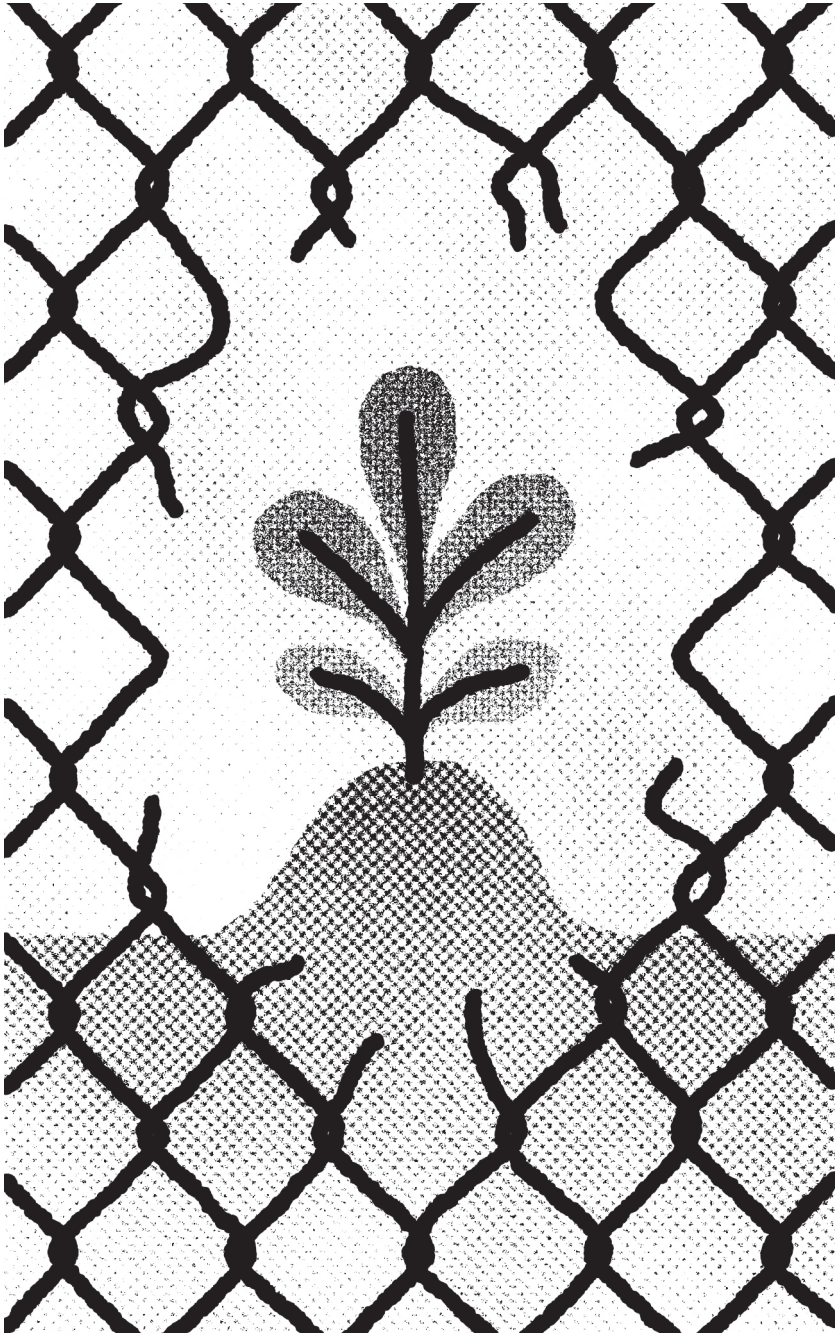
Desde otra perspectiva, se cuestiona si los grupos beneficiados por la expansión del consumo pueden realmente denominarse clases medias.

---

2. Ariel Wilkis: «Sociología del crédito y economía de las clases populares» en *Revista Mexicana de Sociología* vol. 76 N° 2, 2014.

3. Francesca Castellani, Gwenn Parent y Jannet Zenteno: «The Latin American Middle Class: Fragile After All?», IDB Working Paper N° 557, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington, DC, 2014; N. Birdsall, Nora Lustig y Christian Meyer: «The Strugglers: The New Poor in Latin America?» en *World Development* vol. 60, 2014.





Desde miradas sociológicas clásicas, que identifican empíricamente a las clases a partir de su posición laboral y no de sus ingresos, las nuevas clases medias están compuestas, en realidad, por un conjunto heterogéneo que incluye a personas en ocupaciones de clase media, pero también, y fundamentalmente, a una porción considerable de sectores populares<sup>4</sup>. Estos resultados cuestionan la idea de una movilidad de clase, pues esto implicaría procesos estructurales de tipo ocupacional. En otras palabras, el gran cambio durante el periodo no es el crecimiento de las clases medias, sino el proceso de inclusión y de mejora en los niveles de vida al que pudieron acceder los grupos menos privilegiados de la sociedad, en particular los sectores populares.

En cualquier caso, durante esta etapa no solo se habría asistido al surgimiento de nuevas clases medias, sino que también se habría alterado la situación relativa de las clases medias tradicionales, y en particular, de aquellas franjas históricamente mejor posicionadas, con altos niveles de calificación. Si bien estas franjas pueden haber mejorado su capacidad de consumo en términos absolutos, es factible que al mismo tiempo hayan visto en parte erosionada su posición relativa. Esto sucede no solo porque la expansión de las nuevas clases medias significó que grupos menos privilegiados comenzaran a estar más próximos socialmente. También porque en términos económicos habrían perdido posiciones relativas. Es decir, mejoraron su situación económica, pero menos que la clase media baja o que algunos grupos de sectores populares. Por un lado, debido a lo sucedido en el mercado laboral: en esta etapa cayó la brecha de ingresos entre los trabajadores más calificados y los menos calificados, lo que probablemente las haya afectado especialmente, debido a sus altos niveles educativos. Por otro lado, en tanto trabajan y realizan gran parte de sus actividades en la economía formal, es plausible que se hayan visto afectadas por la mayor carga impositiva del periodo, teniendo en cuenta el peso que tienen los impuestos sobre el consumo y sobre los salarios en los sistemas tributarios de la región.

### Identidades y orientaciones políticas de las clases medias

Las miradas sobre las nuevas clases medias también involucran debates sobre su identidad y su conducta política. Algunos hallazgos ponen

---

4. André Salata y Michael Chetry: «Transformações sociais: nova classe média ou nova classe trabalhadora?» en Luiz Cesar de Queiroz (ed.): *Rio de Janeiro: transformações na ordem urbana*, Observatorio das Metrôpoles / Letra Capital, Río de Janeiro, 2015; G. Benza: «La estructura de clases argentina durante la década 2003-2013» en G. Kessler (comp.): *La sociedad argentina hoy: radiografía de una nueva estructura*, Siglo Veintiuno / Fundación OSDE, Buenos Aires, 2016.

el acento en su heterogeneidad interna. Por ejemplo, estudios llevados en Brasil muestran que pueden ser conservadoras o progresistas, con orientación de derecha o de izquierda, cosmopolitas o nacionalistas<sup>5</sup>. En contraste, en Perú las imágenes sobre las nuevas clases medias son más homogéneas: se las describe como más nacionalistas y conservadoras, menos modernas y más mixtas étnicamente que las clases medias peruanas previas<sup>6</sup>.

Lo que sí parece claro es que un rasgo distintivo del crecimiento de las clases medias de la región es que estuvo apoyado en la expansión del consumo privado de bienes obtenidos a través del mercado. Esto se vincula al balance entre la provisión de bienes individuales y bienes colectivos durante el periodo. Los gobiernos posneoliberales han sido acusados de haber favorecido el consumo individual en lugar de haber invertido más en bienes colectivos como salud, educación, seguridad o infraestructura. En cualquier caso, esta discordancia parece reflejarse en las percepciones de clase. Una mujer de Río de Janeiro entrevistada por la socióloga Celi Scalón afirmaba: «Soy de clase media en mi casa pero pobre cuando salgo a la calle», haciendo referencia al mismo tiempo al buen equipamiento de electrodomésticos de su hogar y a las malas condiciones de su barrio en términos de alumbrado, seguridad y transporte.

La vulnerabilidad de parte de las nuevas clases medias, junto con la posibilidad de que parte de las clases medias tradicionales, con mayores niveles educativos, haya perdido posiciones relativas, cuestiona la imagen de unas clases medias que fueron mimadas «en bloque» durante la etapa y, por tanto, lleva a revisar los juicios críticos, extendidos en América Latina, que las señalan por ser ingratas frente a los gobiernos que tanto las habrían favorecido. Por otra parte, el supuesto de una suerte de rivalidad estructural entre el conjunto de clases medias y obreras parece también cuestionable. A fin de cuentas, en periodos de crisis, una parte de ambas clases empeora su situación en forma conjunta y, por lo general, mejoran juntas durante los ciclos de reactivación, tanto en el comercio como en la industria y distintos servicios de una clase y otra. Así las

**Un rasgo distintivo del crecimiento de las clases medias de la región es que estuvo apoyado en la expansión del consumo privado**

---

5. Maria Hermínia Tavares de Almeida: «Brasil: capas medias, protesta y agenda pública» en Ludolfo Paramio y Cecilia Güemes (eds.): *Las nuevas clases medias latinoamericanas: ascenso e incertidumbre*, CEPIC, Madrid, 2017.

6. Rolando Arellano Cueva: «Valores e ideología. El comportamiento político y económico de las nuevas clases medias en América Latina» en Alicia Bárcena y Narcís Serra (eds.): *Clases medias y desarrollo en América Latina*, Cepal / CIDOB, Santiago de Chile, 2010.

cosas, desde un punto de vista objetivo habría una suerte de comunidad de intereses entre ciertos sectores (pero no todos) de la clase media y de la clase obrera, y no una oposición o un juego de «suma cero».

Lo cierto es que parte de los sectores medios y altos en América Latina ha reaccionando de manera intolerante frente a algunas consecuencias de la ampliación del consumo y la disminución de la desigualdad. Noticias e investigaciones de Brasil expusieron la irritación a veces violenta de sectores medios frente a lo que percibían como una «invasión» de sectores populares en ascenso en espacios hasta entonces considerados exclusivos, tales como aeropuertos y lugares de vacaciones. Pero la situación parece ser heterogénea entre los países. Evidencias para Argentina muestran que el foco de los prejuicios y estigmas de la clase media no se dirige hacia el conjunto de los grupos que han experimentado mejoras sociales, sino que lo hace, con especial virulencia, hacia los receptores de programas sociales, acusados a menudo de conformar clientelas políticas o sospechosos de no estar predispuestos al trabajo. Estos juicios clasistas se suelen imbricar con otros de corte racista, en particular contra inmigrantes de países limítrofes o poblaciones de asentamientos y villas<sup>7</sup>.

Las evidencias de las reacciones de los sectores medios frente a la mayor igualdad de ingresos son contundentes. Sin embargo, también es cierto que en diversos países de la región las clases medias han protagonizado, junto con otras clases, movimientos igualitarios como los feministas o antirracistas. A todas luces hay articulaciones disímiles entre la clase y variables etarias, de género, religiosas o la preocupación por algunos temas (el medio ambiente, el transporte, la corrupción o la educación, entre otros).

La presentación de esta heterogeneidad política nos permite abordar un tema de preocupación central en la región: el giro a la extrema derecha. En las incipientes investigaciones sobre el tema (en particular de Brasil), se ha señalado que fracciones de clase media recientemente ascendidas estarían experimentando una suerte de viraje neoliberal y antiestatal: en la medida en que ya no necesitan del Estado, se argumenta, quieren olvidarse de él. A esto se agregarían grupos conservadores y religiosos opuestos a los avances en términos de igualdad de género y con temor a perder privilegios de clase y pertenencia étnica<sup>8</sup>. Otros estudios matizan la idea de este giro político-cultural y muestran adhesiones parciales al ideario

---

7. Alejandro Grimson: «Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en la Argentina» en A. Grimson y Elizabeth Jelin (comps.): *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencias, desigualdades y derechos*, Prometeo, Buenos Aires, 2006; Ezequiel Ipar y Diego Giller: «¿De qué racismo(s) somos contemporáneos en Argentina? La persistencia del racismo como desafío explicativo para la sociología» en *Methaodos. Revista de Ciencias Sociales* vol. 4 N° 2, 2016.

8. Débora Messenberg: «A direita que saiu do armário: a cosmvisão dos formadores de opinião dos manifestantes de direita brasileiros» en *Sociedade e Estado* vol. 32 N° 3, 2017.

de extrema derecha, en muchos casos con juicios contradictorios sobre distintos temas, y el mantenimiento, por ejemplo, de un apoyo a políticas sociales y a servicios sociales gratuitos<sup>9</sup>. De hecho, el voto a Jair Bolsonaro provino de todas las clases sociales y dio cuenta de un clivaje más político-cultural que económico. Las reacciones conservadoras surgieron de distintas fracciones de la estructura social: la «grieta brasileña» se produjo dentro de cada clase social.

### Permanencias por arriba

Las estructuras sociales de los países latinoamericanos experimentaron cambios sustantivos como producto de la expansión de las llamadas nuevas clases medias. No obstante, en otros aspectos esas estructuras mostraron pocas modificaciones. En particular, aquellos que por su patrimonio y niveles de ingresos se ubican en las posiciones más altas de la pirámide social parecen haber experimentado pocas transformaciones.

La reconstrucción de qué sucedió con los grupos de mayores recursos no es sin embargo una tarea sencilla. A diferencia de las clases medias y bajas, las clases altas se mantienen en gran medida invisibles para los registros estadísticos. La información sobre sus ingresos y riqueza es escasa y muy fragmentada. La investigación sobre desigualdad, en América Latina y en el mundo, se basa típicamente en encuestas de hogares, la principal fuente de datos sobre ingresos disponible en la mayoría de los países. Pero estas encuestas tienen serias limitaciones para dar cuenta de los ingresos de los ricos, no solo debido a que estos últimos son poco propensos a responderlas, sino también por limitaciones muestrales. Los altos ingresos se encuentran muy subestimados, en particular aquellos que derivan de fuentes no laborales como las rentas. Una consecuencia muy relevante de esto es que las medidas de concentración de los ingresos, como el índice de Gini, reflejan solo parcialmente la magnitud de la desigualdad. Las encuestas de hogares, por otro lado, tampoco permiten aproximarse al patrimonio, que es fundamental para caracterizar a las clases altas.

En los últimos tiempos, las ciencias sociales han mostrado un creciente interés por el estudio de los grupos que se ubican en la parte alta de

**Los altos ingresos se encuentran muy subestimados, en particular los que derivan de fuentes no laborales como las rentas**

---

9. Pablo Ortellado y Esther Solano: «Nova direita nas ruas? Uma análise do descompasso entre manifestantes e os convocantes dos protestos antigoverno de 2015» en *Perseu: História, Memória e Política* N° 11, 2016.

la distribución, lo que ha llevado a realizar importantes esfuerzos para reconstruir sus ingresos y patrimonio a partir de otras fuentes de información. Una de las estrategias novedosas implementadas en forma creciente es el uso de datos provenientes de declaraciones de impuestos (que tampoco están exentas de serios problemas de subregistro). Los estudios realizados para Argentina, Colombia y Uruguay muestran cómo al tomar esta fuente de información alternativa la concentración de ingresos en la parte alta de la distribución es mucho más acentuada que la que sugieren las encuestas de hogares, aunque en términos generales se mantiene la tendencia hacia la caída de la desigualdad en la primera década del siglo<sup>10</sup>.

Por su parte, análisis centrados en la distribución funcional del ingreso y en la distribución de la riqueza dan cuenta de los límites de las tendencias recientes. El enfoque funcional sobre la distribución evalúa el peso de los ingresos laborales en el PIB total de la economía, sobre la base de datos de los sistemas de cuentas nacionales. Es decir, no pone el foco en la distribución de los ingresos entre individuos aislados, sino entre el capital y el trabajo. Los estudios desarrollados en esta línea muestran que, en la última década, hubo una mejora en la participación de la masa salarial en el PIB total, pero no fue tan generalizada como la que surge al evaluar la evolución del índice de Gini con datos de encuestas de hogares<sup>11</sup>. Esta información brinda una mirada más ajustada sobre lo sucedido durante la etapa posneoliberal. La mayor parte de la mejora en la desigualdad se debió a un reparto más equitativo de los ingresos entre los trabajadores, pero la porción de la riqueza total que le corresponde a este grupo cambió poco. En buena parte de los países, los trabajadores no mejoraron su situación en términos relativos al capital.

Un estudio de Oxfam<sup>12</sup> muestra la profundidad que adquiere la desigualdad en América Latina si, más allá de los ingresos, se pone el foco sobre la riqueza y el patrimonio. En 2013-2014, el 10% más rico de la región se quedaba con 37% de los ingresos, pero las diferencias eran aún más extremas si en lugar de tomar los ingresos se consideraban la riqueza y el patrimonio: el 10% más rico acumulaba 71% de la riqueza y el

---

10. Facundo Alvaredo y Juliana Londoño Vélez: «Altos ingresos e impuesto de renta en Colombia, 1993-2010» en *Revista de Economía Institucional* vol. 16 Nº 31, 2014; Gabriel Burdín, Fernando Esponda y Andrea Vigorito: «Inequality and Top Incomes in Uruguay: A Comparison between Household Surveys and Income Tax Microdata», World Top Incomes Database Working Paper Nº 1, 2014; F. Alvaredo y Thomas Piketty: «The Dynamics of Income Concentration in Developed and Developing Countries: A View from the Top» en L. F. López-Calva y N. Lustig (eds.): *Declining Inequality in Latin America: A Decade of Progress*, Brookings Institution Press, Baltimore, 2010.

11. Cepal: *Panorama social de América Latina 2015*, Naciones Unidas, Santiago de Chile, 2016.

12. Oxfam: «Privilegios que niegan derechos. Desigualdad extrema y secuestro de la democracia en América Latina y el Caribe», Oxfam International, Oxford, 2015.

patrimonio, mientras el 1% más privilegiado, 41%. Los niveles de desigualdad son particularmente agudos en relación con la propiedad de la tierra, en una región que ocupa el primer lugar en el mundo en niveles de concentración. Por ejemplo, en Paraguay, 80% de las tierras agrícolas están en manos de 1,6% de los propietarios, mientras en Guatemala se estima que 80% de las tierras pertenecen únicamente a 8% de los productores.

Las cifras que brinda el Reporte sobre Ultra Riqueza 2014 acerca de los multimillonarios de América Latina (los que tienen un patrimonio neto de 30 millones de dólares o más) son apabullantes. Algunos ejemplos permiten dimensionar la magnitud de la concentración de la riqueza en la región. Las estimaciones indican que los multimillonarios de América Latina suman 14.805 personas, con una riqueza equivalente a 35% del PIB regional. Es una cantidad de dinero similar a la necesaria para eliminar la pobreza monetaria de Brasil, Colombia, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua y Perú.

A lo largo de la década, no parece haber habido una disminución en la concentración de la riqueza y la propiedad e, incluso, hay indicios de que se habría incrementado<sup>13</sup>. Datos de Forbes, por ejemplo, muestran que la riqueza de los multimillonarios de la región (quienes tienen fortunas superiores a 1.000 millones de dólares) creció a un ritmo de 21% anual entre 2002 y 2015, una magnitud seis veces superior a la del crecimiento del PIB de la región (3,5% anual). Es decir, una gran parte del crecimiento económico del periodo habría sido capturado por los más ricos.

**No parece haber habido una disminución en la concentración de la riqueza y la propiedad**

### **Reflexiones finales: América Latina y la tolerancia a la desigualdad**

La emergencia de las llamadas nuevas clases medias constituye, sin dudas, una de las principales transformaciones de las sociedades latinoamericanas durante la etapa posneoliberal. Las nuevas clases medias aluden a la expansión de la población con ingresos medios. Expresan las mejoras materiales que se registraron durante el periodo, que se apoyaron en la ampliación del consumo privado de bienes obtenidos a través del mercado.

Más allá de estos elementos en común, hemos visto que las nuevas clases medias se destacan por su heterogeneidad. Por un lado, en su interior hay situaciones económicas diversas y muchos se encuentran en una

---

13. *Ibíd.*



situación de vulnerabilidad. Por otro lado, cuando se las analiza desde miradas sociológicas clásicas, las nuevas clases medias también son heterogéneas. Engloban a quienes se desempeñan en ocupaciones de clase media baja pero también y, sobre todo, a quienes se ubican en posiciones que tradicionalmente ocupan sectores populares. Por último, la diversidad de las clases medias es también notable en términos de identidades y orientaciones políticas, y hay articulaciones disímiles entre la clase y variables etarias, de género o religiosas.

Ahora bien, si durante el periodo quienes ocupan la parte intermedia de las sociedades latinoamericanas experimentaron cambios sustantivos, no sucedió lo mismo con quienes ocupan las posiciones más altas. En efecto, en términos generales, durante esta etapa se mantuvo una muy alta concentración de la riqueza y de los ingresos, y las clases altas vieron poco modificada su posición relativa.

Estas evidencias nos llevan a un punto fundamental: los contenidos específicos de la agenda política de los gobiernos posneoliberales y las limitaciones del apoyo a esos gobiernos. En la primera parte del siglo, diversos indicios sugerían una reducción de la tolerancia social a la desigualdad. Las encuestas documentaban un incremento en el porcentaje de personas que afirmaban que sus sociedades debían ser menos desiguales<sup>14</sup>, al tiempo que la problemática de la desigualdad comenzó a ganar creciente protagonismo en las preocupaciones de académicos, partidos políticos, movimientos sociales y organismos internacionales. Sin embargo, no parece que en esta etapa se haya logrado un consenso social amplio en torno de la necesidad de reducir la desigualdad en forma significativa, en especial en términos de las medidas que realmente son necesarias para lograrlo. Como argumentamos en un reciente libro<sup>15</sup>, la nueva agenda política posajuste, que volvió a poner en el centro de la escena los históricos déficits sociales de América Latina, parece haber involucrado más un consenso en torno de la inclusión social que de la igualdad.

Los gobiernos posneoliberales de izquierda y centroizquierda gozaron por años del apoyo de amplias coaliciones sociales, que reunieron a diferentes grupos que habían sufrido los efectos de la etapa neoliberal. Sectores marginales, trabajadores industriales, clases medias empobrecidas, entre otros, formaron parte del apoyo social inicial a estos gobiernos. Ese soporte permitió desarrollar políticas para mejorar la inclusión social. Es decir, cuando el objetivo fue reducir las manifestaciones más extremas de

---

14. Merike Blofield y Juan Pablo Luna: «Public Opinion on Income Inequalities in Latin America» en M. Blofield (ed.): *The Great Gap: Inequality and the Politics of Redistribution in Latin America*, Penn State UP, University Park, 2011.

15. G. Benza y G. Kessler: *Uneven Trajectories: Latin American Societies in the Twenty-Century*, Cambridge UP, Cambridge, 2020.

la exclusión social, las coaliciones sociales brindaron amplio apoyo. Las nuevas clases medias pueden pensarse como uno de los resultados de este proceso, en tanto expresaron la mayor capacidad de consumo que benefició a una parte importante de la población.

Sin embargo, no debe darse por sentado que las coaliciones sociales que apoyaron políticas destinadas a ampliar la inclusión social también estarían dispuestas a dar su apoyo a la reducción de la desigualdad. La igualdad es muy exigente: no solo requiere medidas que eleven las condiciones de vida de la población de menores ingresos, sino también medidas que reduzcan la elevada concentración de los ingresos y del patrimonio. Es decir, la igualdad también exige prestar atención a las clases medias más privilegiadas y a las clases altas. Una disminución significativa de la desigualdad, en suma, supone que los grupos más favorecidos estén dispuestos a resignar recursos y privilegios. Esta dimensión de la desigualdad estuvo poco presente en las agendas políticas posneoliberales, y cuando lo estuvo, en general encontró fuertes y persistentes resistencias sociales. ☐

## Perfiles

### Latinoamericanos

2020

Ciudad de México

Nº 55

ARTÍCULOS: Problematizaciones del individualismo en América Latina, **Kathya Araujo y Danilo Martuccelli**. Partidos políticos y movimientos sociales en América Latina (2011-2016), **Adrián Albala**. Reconfiguraciones de las élites estatales y de las producciones socioestatales de juventudes en Argentina (2015-2019), **Melina Vázquez**. La acción colectiva en Argentina, **Leandro Gamallo**. Morfologías del peronismo clásico en el discurso de Cristina Fernández (2007-2011), **Juan Ignacio Estévez Rubín de Celis**. Inseguridad y poder político en el Triángulo Norte de Centroamérica, **Gerardo Hernández**. La política del estado de ánimo. La debilidad de las políticas migratorias locales en Santiago de Chile, **Luis Eduardo Thayer Correa, Fernanda Stang Alva y Charlene Dilla Rodríguez**. Investigar a los jefes, **Omar Manky**. Ecosistema y actividad emprendedora en México, **Maribel Guerrero y Carlos Alberto Santamaría-Velasco**. La política gubernamental en la industria aeronáutica, **Juana Hernández Chavarria, Lilia Domínguez Villalobos y Flor Brown Grossman**. Ocupaciones creativas y movilidad social en la ciudad de Buenos Aires, **David Pac Salas y José Javier Rodríguez de la Fuente**. Innovación social y territorio en municipios, **Carlos M. Jardon y Klaus Gierhake**. Género y privatización del ejido en San Salvador Atenco, México, **Verónica Vázquez-García**. ENSAYOS: Autoritarismo. Historia y problemas de un concepto contemporáneo fundamental, **Cecilia Lesgart**. Desencanto democrático y cesarismo, **Sergio Ortiz Leroux**. RESEÑAS.

En línea: <<https://perfilesa.flacso.edu.mx/>>

Perfiles Latinoamericanos es una publicación de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), sede México. Coordinación de Fomento Editorial, Carretera al Ajusco 377, Colonia Héroes de Padierna, C.P. 14200, México, DF. Tel.: (5255) 3000 0244 / 3000 0251. Correo electrónico: <[perfiles@flacso.edu.mx](mailto:perfiles@flacso.edu.mx)>

# Brasil: ¿cómo se «inventó» la nueva clase media?

Moisés Kopper

Los cambios sociales en Brasil han sido significativos, pero ¿cómo y por qué comenzó a hablarse de nuevas clases medias para agrupar a los «ex pobres», beneficiados por las políticas públicas y los aumentos del salario mínimo? ¿Cómo influyeron los expertos, los organismos internacionales y los gobiernos? ¿Cómo experimentaron los brasileños la movilidad social y el acceso a bienes de consumo e incluso, por primera vez, a una vivienda propia?

En 2009, la revista *The Economist* proclamó a Brasil como un país de clase media con el título ya famoso «Brazil Takes Off» [Brasil despega]. En el artículo de tapa de esa edición, se hablaba de un conjunto de factores internos y externos que habrían hecho que el Estado más grande de América Latina pudiese ser señalado ya desde 2001 por economistas de Goldman Sachs como una de las grandes potencias emergentes del siglo XXI, junto con Rusia, China, la India y Sudáfrica<sup>1</sup>. Entre 2004 y 2013, el PIB y el nivel de ingresos familiares habían promediado un crecimiento anual de 4% y 6%, respectivamente. En cuanto al índice de Gini —el más utilizado en el mundo para medir la desigualdad—, el país cerraba 2012

---

**Moisés Kopper:** es doctor en Antropología Social por la Universidad Federal de Rio Grande do Sul. Recientemente ha completado becas de posdoctorado en el Centro de Estudios da Metrópole (San Pablo) y en el Instituto Max Planck para el Estudio de las Sociedades (Colonia, Alemania). Página web: <www.moiseskopper.com>.

**Palabras claves:** nueva clase media, políticas públicas, Luiz Inácio Lula da Silva, Brasil.

**Nota:** traducción del portugués de Cristian De Nápoli.

1. La sigla BRICS fue acuñada por Goldman Sachs para referirse a ese conjunto de países, que en 2013 abarcaba 18% de la economía mundial.

con los registros más bajos desde 1960. Por primera vez en siglos, Brasil crecía y simultáneamente redistribuía la renta, lo que beneficiaba ante todo a la base de la pirámide social. Poco a poco el país dejaba de ser la «nación del futuro» para posicionarse de cara a las transformaciones y erupciones del presente.

Algunos de los cambios habían tenido un primer impulso con el control de la inflación y la estabilidad económica propiciados por el Plan Real de 1994. El aumento en el poder adquisitivo del salario mínimo se expandió rápidamente: entre 1994 y 1999 se acumuló un incremento de 28,3%, y para la década de 2000 la revalorización alcanzó el 76% —la cifra más alta desde el retorno de la democracia en 1988—. De acuerdo con un informe de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), entre 2000 y 2011 Brasil pasó del puesto 14 al 4 en el ranking de los países que más incrementaron su salario mínimo: de 63 dólares saltó a 227 dólares. La más beneficiada fue la población brasileña económicamente activa, que también asistió a la caída en la tasa de desempleo formal observada a lo largo de la década: de 12,6% en 2002 a 4,8% en 2014.

El aumento real del salario mínimo y el consecuente descenso en el desempleo formal coincidieron con el despliegue de las políticas de expansión del crédito llevadas a cabo durante los dos mandatos sucesivos del presidente Luiz Inácio Lula da Silva a partir de 2003. Esto se canalizó por medio del acceso amplio a los servicios bancarios y los instrumentos de crédito y por la reducción en las tasas de interés mediante subsidios del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES), lo que generó facilidades para los sectores más pobres. Y a esto hay que sumar la apuesta del gobierno federal por el desarrollo del mercado de consumo interno como estrategia para superar la crisis de 2008, otorgando subsidios fiscales a sectores de la industria (como en el caso de la reducción del impuesto sobre productos industrializados, IPI, que benefició a la producción de automóviles y electrodomésticos de línea blanca).

Un último efecto positivo de las políticas de redistribución surgió de los programas de transferencia condicionada de recursos, implementados a escala municipal a partir de 1995 con el Programa Bolsa Escola (Beca Escuela). Basándose en la iniciativa mexicana Oportunidades, en 2003 el gobierno de Lula da Silva promovió la unificación de programas para crear el Bolsa Família, el programa estrella de su gestión. Con el objetivo de lograr la inclusión social y la reparación histórica de la pobreza estructural —entendida ahora en su pluralidad de causas, efectos y modos de intervención—, el programa benefició en 2015 a 14 millones de familias, con una inversión anual de apenas 0,5% del PIB.

Estas transformaciones en la composición de la sociedad brasileña desestabilizaron creencias muy arraigadas en torno de la desigualdad,

## Se abrieron nuevos espacios políticos, económicos y subjetivos de intervención para un gran sector de la población

la pobreza y la movilidad social. Se abrieron nuevos espacios políticos, económicos y subjetivos de intervención para un gran sector de la población, y la descripción del fenómeno pasó a ocupar el centro del debate entre los intelectuales con mayor presencia pública. Muchos comenzaron a hablar de una «nueva clase media» emergente. En poco tiempo, economistas, sociólogos, *policy makers*, formadores de opinión, periodistas y consultores de imagen pasaron a disputarse las interpretaciones del legado político, económico y subjetivo de esa movilidad. ¿Brasil se estaba convirtiendo en una sociedad de clase media? ¿O acaso se estaba dando un cambio general en una estratificación que internamente preservaba sus diferencias sociales y económicas?

Y en ese proceso, ¿las familias estaban realmente accediendo a la ciudadanía y convirtiéndose en trabajadores formales? ¿O solo devenían consumidores integrados en una amplificada sociedad de consumo, con el eje puesto en la circulación internacional de bienes y productos?

\*\*\*

El concepto de «clase media» siempre fue usado con reluctancia por los estudiosos de las economías políticas en América Latina. Aun en países como Argentina y Chile, con su historial de amplia inmigración europea y el protagonismo de sus sectores intermedios en la fundación ideológica de la nación, la inestabilidad económica, la corrupción endémica y el comportamiento tradicional de las elites dirigentes habrían limitado la formación de sectores medios a lo largo del siglo xx<sup>2</sup>. Pese a ello, incluso algunas instituciones tradicionales de ayuda financiera internacional como el Banco Mundial –por lo común, interesadas en apoyar proyectos para combatir la pobreza– han reconocido recientemente el ascenso social de millones de familias que anteriormente vivían por debajo de la línea de pobreza<sup>3</sup>. Asimismo, en el campo de la discusión sociológica, las clases medias volvieron a posicionarse como clave analítica para la comprensión de procesos globales complejos y multidimensionales, desde la creación de

2. Michael Jiménez: «The Elision of the Middle Classes and Beyond: History Politics, and Development Studies in Latin America's Short Twentieth Century» en Jeremy Adelman (ed.): *Colonial Legacies: The Problem of Persistence in Latin American History*, Routledge, Londres, 1999.

3. Francisco H. G. Ferreira, Luis Felipe López-Calva, María Ana Lugo, Julian S. Messina Granovsky, Jamele P. Rigolini y Renos Vakis: *La movilidad económica y el crecimiento de la clase media en América Latina*, Banco Mundial, Washington, DC, 2013.

nuevas cadenas interconectadas de producción capitalista y la instalación de nuevos mercados consumidores hasta la formación de estilos de vida transnacionales<sup>4</sup>.

Habiendo tal avalancha de planteos mediáticos, políticos y analíticos respecto del retorno del desarrollo en América Latina y su articulación con la clase media, ¿qué es exactamente lo que se entiende cuando desde miríadas de agentes y agencias se apela a este concepto? ¿Se trata de un grupo de enfoques que comparten condiciones objetivas –tales como las nociones de empleo o nivel de ingresos– y percepciones más o menos unificadas, empíricamente mensurables, siguiendo en esto el planteo que respecto de la clase media desplegaron historiadores sociales como E. P. Thompson<sup>5</sup> y sociólogos como Charles Wright Mills<sup>6</sup>? ¿O estamos ante un relato histórico-político, una invocación discursiva más que una realidad en sí; una narración potente empleada para lograr ciertos objetivos políticos, identitarios y sociales? O, incluso, ¿podría tratarse de clases medias como conjuntos heteróclitos de expresiones cognitivas y emocionales, formas subjetivas de ver y construir el mundo, estructuras de símbolos y sentimientos a través de las cuales los distintos grupos se diferencian, como proponen los antropólogos que han reflexionado sobre este tema?

Desde la sociología más atenta a esta complejidad, podría suponerse que un abordaje económico ofrece mayor claridad y simplicidad conceptual al análisis de las clases medias. A fin de cuentas, los economistas se han empeñado siempre en calcular, delimitar y pronosticar los límites de riqueza e ingresos en las distintas clases sociales, combinando sus resultados y contrastándolos en tiempo y espacio. Pese a ello, una definición economicista de las clases medias queda subordinada a permanentes reajustes y nunca es única o inmutable. Tomemos como ejemplo la línea de pobreza fijada por el Banco Mundial, un instrumento que subraya las diferencias en los ingresos y las aloja en jerarquías de pertenencia sumamente delimitadas. En un influyente artículo publicado en 2009 al calor del debate sobre la emergencia de nuevas clases medias globales en los BRICS, el economista del Banco Mundial Martin Ravallion escribió que tales clases medias no podían definirse siguiendo los patrones normalmente aplicados para esos grupos en Occidente. Explicar cómo 1.200 millones de personas ascendieron a clases medias entre 1990 y 2002 exigía, según Ravaillon, recalibrar las fronteras inferior y superior en los ingresos de los sectores medios para los países en vías de desarrollo, llevándolas

---

4. Rachel Heiman, Carla Freeman y Mark Liechty (eds.): *The Global Middle Classes: Theorizing through Ethnography*, School for Advanced Research, Santa Fe, 2012.

5. E. P. Thompson: *La formación de la clase obrera en Inglaterra* [1963], Capitán Swing, Madrid, 2012.

6. C. Wright Mills: *Las clases medias en Norteamérica* [1951], Aguilar, Madrid, 1957.

respectivamente a 2 dólares y 13 dólares por día a precios de 2005 (y preservando la paridad en el poder adquisitivo). Estos nuevos límites se mantenían por encima de la línea de pobreza promedio en los distintos países en vías de desarrollo, aunque no por casualidad quedaban por debajo de la línea de pobreza estadounidense (13 dólares diarios per cápita). Por lo demás, la redefinición de esas fronteras para los ingresos ayudaba, según el economista en cuestión, a «observar» mejor las dinámicas de movilidad económica y social en el interior de esas clases, lo que habilitaba comparaciones entre países con similares ingresos medios.

La cuestión de cómo definir desde los estudios sociales a las clases medias es, en definitiva, eminentemente política. Más allá del eje que se adopte –nivel de ingresos, ocupación, escolaridad, bienes de consumo–,

**La cuestión de  
cómo definir  
desde los estudios  
sociales a las  
clases medias  
es eminentemente  
política**

los límites de acuerdo con cada uno de esos ejes pueden alterarse dependiendo de las preguntas, los problemas o los intereses que se pretenda enfatizar o resolver. En mis trabajos sobre la emergencia de la nueva clase media brasileña, siempre traté de comprender los efectos (políticos, económicos, sociales y subjetivos) que subyacen a las prácticas de nominación de esos sectores intermedios. Busqué reconstituir las múltiples instancias, voces e instituciones empeñadas en construir, nominar, definir y criticar las defini-

ciones específicas, subrayando sus efectos taxonómicos y mapeando el modo en que esas diversas concepciones circulan en la sociedad, dentro y fuera del gobierno, en lo que hace a la producción de nuevas identidades entre grupos ascendentes y a su utilización por parte de *policy makers* y especialistas en mercados.

Examinar la historicidad y la contingencia de esas prácticas de clasificación es, por ende, el primer paso para tratar de entender los sentidos y efectos sociopolíticos que ejercen las clases medias en el mundo contemporáneo. Sin embargo, la investigación de los estratos medios no puede agotarse ahí. Debe incluir la búsqueda de las interacciones humanas que se instalan en el trascurso de esas prácticas clasificatorias; los modos en que ciertos grupos reaccionan, contestan o se apropian de los esquemas taxonómicos; las formas en que experimentan, histórica y culturalmente, diferentes modos de ser «de clase media». De esas interacciones emergen complejas constelaciones y mapas sociales para las prácticas, los discursos y las políticas respecto de lo que significa ocupar el ambiguo «espacio del medio» en el mundo desigual e interconectado de hoy. A ese fin paso a ofrecer, en primer lugar, una breve reconstrucción de los escenarios político-discursivos en torno del ascenso y la caída de la nueva clase media brasileña. Luego propondré una teoría alternativa

respecto de cómo pensar las clases medias latinoamericanas actuales, evitando los criterios de nivel de ingresos y ocupación para referirme en su lugar al conjunto sensorial de prácticas, percepciones, afectos y clasificaciones de la clase media y sus diversas mediaciones.

\*\*\*

En 2008, el economista Marcelo Neri publicó un libro que recogía parte de su extensa investigación al frente del Centro de Políticas Socioeconómicas (CPS) de la Fundación Getúlio Vargas (FGV) y al que tituló *A nova classe média: o lado brilhante dos pobres* [La nueva clase media: el lado brillante de los pobres]<sup>7</sup>. La «clase media», según el economista, había pasado a englobar a todas las familias cuyo ingreso mensual, en valores de 2009, oscilaba entre 1.126 y 4.854 reales (entre 470 y 2.022 dólares), lo cual incluía a algo más de 50% de la población y hacía de esta clase una suerte de retrato de la sociedad brasileña.

La tesis de doctorado de Neri en la Universidad de Princeton en 1996 mostraba la influencia de una red emergente de *experts* en microeconomía y métodos cuasi experimentales para la economía, que incluía a su orientador, el profesor David Card, y al Premio Nobel de Economía Angus Deaton. Neri fue uno de los principales nodos dentro de una red transnacional de investigadores que se propusieron conectar ciencia y políticas públicas. Fue una figura central en el proceso de internacionalización de los datos microsociales producidos en Brasil a partir de instrumentos de investigación y medición.

Para forjar la tesis de la nueva clase media, Neri recurrió en su libro a la utilización de frases simples y a la descripción de situaciones comunes. Perseveró en un planteo de larga data y que acabó teniendo su resonancia en la maquinaria estatal: el de la existencia de dos «Brasiles» retratados a través de una tensión entre un abordaje macro y otro microeconómico. Como él mismo afirmara, «está el Brasil de las cuentas nacionales, que se impone en la mayoría de los análisis económicos, y está el Brasil que visita a las personas en sus casas, el de las investigaciones domiciliarias. Y uno está separado del otro»<sup>8</sup>. Contrastando indicadores surgidos del PIB y las encuestas nacionales de hogares (Pesquisa Nacional por Amostragem de Domicílios, PNAD), Neri propuso un nuevo modelo para la medición del crecimiento brasileño que no se amparaba en el PIB como índice de bienestar, sino en el poder de compra de los ciudadanos de acuerdo con sus ingresos. Neri abrió así las puertas a una imaginación económica basada menos en

---

7. M. Neri: *A nova classe média: o lado brilhante dos pobres*, CPS / FGV, Río de Janeiro, 2008.

8. Vandsom Lima: «Renda dos mais pobres teve maior avanço com Dilma do que sob Lula, diz Neri» en *Adital*, 20/5/2014.



la productividad nacional y más en los efectos redistributivos de las políticas públicas. Tal modo de abordar las cifras se acomodaba a una perspectiva desarrollista de Estado en construcción y delimitaría una nueva etapa en las relaciones entre los economistas y el ámbito de la planificación de políticas sociales.

Para definir el lugar de la nueva clase media brasileña, el economista hizo uso del concepto de «clases económicas», valiéndose de la segmentación en cinco estratos propuesta por el Critério de Classificação Econômica Brasil. Más conocido como Critério Brasil, este índice brinda un patrón estimado respecto de la capacidad de consumo de los hogares brasileños, y fue desarrollado por la Asociación Brasileña de Empresas de Investigación sobre la base de la Investigación de Presupuestos Familiares del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (POF-IBGE, por sus siglas en portugués). Su metodología se articula a partir de los bienes que poseen las familias, los cuales, mediante una jerarquía de puntos, suministran información sobre las distintas fronteras de clase económica.

Partiendo de indicadores como el trabajo y el potencial de consumo y de producción, Neri desplazó la discusión del plano estadístico al valorativo, imbuyendo a su nueva clase media de «un sentido positivo y prospectivo propio de aquel que realizó, y sigue realizando, el sueño de ascender en la vida»<sup>9</sup>. Una vez definidas las franjas arbitrarias de ingresos, su especificidad consistió en disparar preguntas sobre cuestiones no económicas y responderlas por medio de cuantificaciones y descomposiciones analíticas.

La posibilidad de proclamar a Brasil como un «país de clase media» llamó la atención del gobierno federal. Este formó, en 2011, una comisión integrada por intelectuales y políticos para analizar la cuestión. Bajo el auspicio de la Secretaría de Asuntos Estratégicos de la Presidencia de la República (SAE-PR), al año siguiente se formuló un nuevo criterio oficial de estratificación de la sociedad brasileña. Para tal esfuerzo (que buscaba mapear y sistematizar concepciones de la clase media en vistas a su aplicación concreta en la realidad nacional), el abordaje de Neri se combinó con un modelo matemático de estimación de vulnerabilidad. La iniciativa desembocó en el proyecto «Vozes da classe média» [voces de la clase media], que se mantuvo hasta 2015 y procuró descifrar las expectativas y los deseos de toda esa población para así mejorar la formulación de las políticas estatales. La propuesta combinaba un sistema de protección social con un modelo de expansión de mercado, y era la cristalización de lo que Neri bautizara como «el camino del medio»:

---

9. M. Neri: *A nova classe média. O lado brilhante da base da pirâmide*, Saraiva, San Pablo, 2011, p. 18.

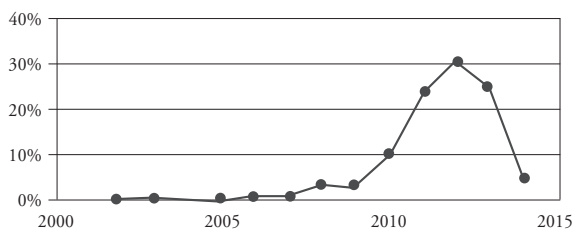
«El desafío es combinar las virtudes del Estado y las virtudes de los mercados, tratando de evitar los errores en cada uno de los lados»<sup>10</sup>.

Tomando como punto de partida el trabajo seminal de Neri, las páginas centrales de los periódicos del país y del mundo pasaron a escribir la crónica de la «nueva clase media» brasileña. Si bien no desaparecerían del todo las escenas de viviendas precarias en las periferias de las grandes ciudades, las imágenes que antes llamaban a combatir la pobreza eran ahora reemplazadas por respetables familias sonrientes posando en sus entornos domésticos poblados de objetos de consumo. Aun cuando no hubiera unanimidad total<sup>11</sup>, la tesis de la «nueva clase media» se expandió con fuerza en los circuitos mediático, político y científico.

A partir de un relevamiento de los diez principales diarios brasileños, se hizo posible documentar la acelerada trayectoria y evolución de la tesis de la «nueva clase media». Se relevaron 2.159 artículos relacionados con la expresión, publicados entre enero de 2001 y abril de 2014. En el gráfico que sigue podemos ver su distribución relativa dentro de ese recorte de años. Se constata su irrupción como «frente discursivo» en 2008 –año del lanzamiento de la investigación de Neri–, su punto de auge en 2012 y su progresiva disminución desde entonces.

Gráfico

Distribución de artículos periodísticos sobre la nueva clase media



Fuente: elaboración del autor.

10. *Ibíd.*, p. 240.

11. Las críticas a la tesis de la nueva clase media adoptaron básicamente dos vertientes teóricas. Por un lado, sociólogos de inspiración weberiana sugerían que las transformaciones socioeconómicas que tuvieron lugar a lo largo de la década de 2000 no fueron suficientes para modificar la estructura de ocupaciones y de capitales sociales en los diferentes estratos de la sociedad brasileña. Por otro lado, economistas y filósofos de inspiración marxista insistieron en que se trataba, en realidad, de una nueva clase trabajadora, puesto que seguían ocupando posiciones precarias dentro de una estructura binaria de clases. Algunos economistas, por lo demás, criticaron el uso que hizo Neri de las estadísticas sociales. Para conocer un minucioso debate acerca de esto, v. M. Kopper y Arlei Damo: «A emergência e evanescência da nova classe média brasileira» en *Horizontes Antropológicos* vol. 50 N<sup>o</sup> 24, 2018.

**El discurso de la nueva clase media brasileña también floreció y cosechó frutos en otro circuito: el del marketing**

Hay que añadir otro aspecto y es que el discurso de la nueva clase media brasileña también circuló, floreció y cosechó frutos en otro destacado circuito: el del marketing volcado a los consumidores de ingresos bajos. El discurso en cuestión fue fundamental para la reinención de ese marketing. Institutos de investigación de mercado y especialistas en públicos consumidores firmaron contratos millonarios de consultoría con empresas interesadas en comercializar sus productos apuntando al nuevo público. En simultáneo, un *boom* de noticias y cifras sobre consumo se extendía en los medios: generosos ingresos familiares, acceso a créditos y a bienes perdurables, y un potencial de consumo anual de más de un billón de reales (461.000 millones de dólares)<sup>12</sup>.

Entre 2012 y 2014 dirigí entrevistas a *experts* de mercado en tres institutos de investigación especializados en la nueva clase media brasileña: Data Popular, Plano CDE y Black Box. Procuré observar los modos en que antropólogos, sociólogos del mercado y otros profesionales de las ciencias sociales usaban metodologías científicas, como etnografía de corta duración, para encuadrar los deseos, ansiedades y expectativas de este nuevo segmento poblacional. A lo largo de la década de 2000, el instituto Data Popular se consolidó como la principal referencia para ese mercado. El instituto surgió en 2001 como ramificación de Popular Comunicação, una agencia de comunicación y marketing que ya venía emprendiendo esfuerzos por direccionar sus estrategias de mercado hacia las «clases populares». A lo largo de todo ese proceso, la agencia apeló a un profuso abanico de términos para referirse al que sería el objeto de la movilidad económica: «ex-pobres», «clases populares», «base de la pirámide», «clase C», así hasta finalmente llegar a «nueva clase media». La transición reflejaba las influencias intelectuales de Henrique Meirelles y de su equipo interdisciplinario de expertos, compuesto por sociólogos, antropólogos, economistas y demógrafos. La profusión terminológica dejaba expuestos los caminos taxonómicos recorridos en todo ese ensamblaje, así como las vías de circulación de ideas y los pasos y transformaciones de un registro a otro: de la ciencia al gobierno, del gobierno al mercado, y finalmente de vuelta a la ciencia.

Como una fábula destinada a narrar una historia de desarrollo y éxito, hubo una *performance* y un agenciamiento de la «nueva clase media» en tanto categoría, moldeando cierta percepción acerca del rumbo seguido

---

12. M. Kopper: «Vestígios de um 'Novo Brasil'. A configuração do mercado de pesquisas para a 'base da pirâmide'», en Hilaine Yaccoub (ed.): *Consumo popular: contribuições da antropologia e da sociologia*, Mundo do Marketing Press, Río de Janeiro, 2015.

por el país durante la década de 2000. La tesis de la nueva clase media fue igualmente importante para los designios del gobierno federal en un momento clave de la política económica mundial. En octubre de 2008, el presidente Lula da Silva se mostró optimista en cuanto a los efectos en Brasil de la crisis estadounidense, que en aquel momento estaba en su punto más álgido y venía arrastrando a casi todos los países europeos. Muy a su estilo, Lula da Silva dijo entonces que el «tsunami», si llegaba a Brasil, tendría el efecto de una «olita»<sup>13</sup>. Para protegerse de su impacto, el gobierno decidía concentrarse en el estímulo al mercado interno: recortes de impuestos para las industrias automotriz y de electrodomésticos se sucedieron de manera cotidiana, lo que elevó los índices de optimismo en la población. Ante ese escenario, el libro de Neri y los esfuerzos de los institutos de investigación de mercado como Data Popular, al tiempo que aportaban una estrategia de recuperación con énfasis en la creación y el estímulo a un «mercado para gente de ingresos bajos», garantizaban la legitimidad científica de una conquista simbólica que había que preservar: la «salida» de la pobreza para un contingente importante de brasileños. Sin embargo, a medida que tal modelo de desarrollo pasó a evidenciar su agotamiento y el país se fue hundiendo en una grave crisis económica, con una vertiginosa caída de su PIB y un incremento de la inflación y el desempleo, la tesis de la nueva clase media brasileña pasó a perder adeptos, hasta caer prácticamente en desuso a partir de 2015.

\*\*\*

Vimos hasta aquí cómo los usos políticos y discursivos de ideas consolidadas respecto de las clases medias generan efectos duraderos sobre las políticas públicas, los gobiernos y los mercados. En este último tramo pretendo mostrar cómo los estudios empíricos sobre esos nuevos sectores demográficos permiten, en la medida en que exploran realidades, lenguajes y prácticas de clase, desplazar algunos conocimientos arraigados sobre las clases medias basados en el nivel de ingresos, la ocupación o el bienestar.

Para mi investigación de doctorado estudié los efectos políticos, económicos y subjetivos de la política brasileña de vivienda social dirigida a la nueva clase media. El programa *Minha Casa Minha Vida* [mi casa, mi vida], lanzado en 2009 mientras se encaminaba a su fin el segundo mandato del presidente Lula da Silva, rápidamente se convirtió en el mayor plan habitacional de la historia brasileña. Para 2016, habían sido construidas casi cuatro millones de unidades por el gobierno federal, lo que

---

13. Ricardo Galhardo: «Lula: crise é tsunami nos eua e, se chegar ao Brasil, será 'marolinha'» en *O Globo*, 20/5/2014.

inyectó 55.000 millones de dólares en la economía nacional y fortaleció la industria de la construcción civil.

Mi interés pasaba por comprender los modos locales de organización política de la demanda de unidades habitacionales, las reconfiguraciones de poder y de participación, así como los tipos de subjetividades políticas y económicas que se estaban generando a través de las políticas públicas destinadas a mejorar la distribución de ingresos y la inclusión social por medio de los mercados de consumo. A lo largo de cuatro años, conversé con arquitectos, planificadores, *policy makers*, políticos, constructores, líderes comunitarios y beneficiarios de ese programa. Mi etnografía mapeó distintas trayectorias familiares que, invariablemente, se desplazaban desde espacios informales, ocupados de manera irregular, sin infraestructura pública y urbana, hacia departamentos tipo en barrios de clase media. Esas personas, abandonadas durante décadas por políticos y políticas convencionales, rechazadas por el mercado por carecer de acceso al crédito, habían encontrado una apertura para concretar el sueño de la casa propia. «Pasé del morro al asfalto», escuché decir más de una vez. Para muchos era la primera vez que participaban en movimientos sociales, gracias a que, como me dijo un señor llamado Miguel, «sentí que era la única oportunidad de salir de aquí. De mejorar mi vida».

Expandiéndose por las periferias brasileñas, los proyectos habitacionales se convirtieron en espacios de ejercicio de una nueva forma posneoliberal de gestión de la pobreza, basada en la redistribución social y el acceso a los mercados de consumo. Personas como Miguel, que durante décadas habían quedado al margen de los procesos decisorios, entraron en movimiento y pasaron a ser visibles para el radar de los gobiernos y los mercados. Localizados y reclutados por líderes comunitarios, se volvieron ciudadanos activistas en la búsqueda de la casa propia, movilizándose por el interior de las configuraciones locales de las políticas públicas: los variopintos terrenos transitados por políticos, urbanistas, arquitectos, vendedores de negocios, representantes de bancos públicos, líderes vecinales y distintas personas en busca de mejores condiciones de vida.

En un largo y arduo proceso de movilización a fin de obtener la casa propia, las personas disponían tan solo de su esperanza en un futuro mejor, lejos de la pobreza. Cuando finalmente conversé con beneficiarios del programa ya en sus nuevos departamentos, uno de ellos me dijo: «Donde vivía antes no existía clase social. Acá somos todos de clase media. Veníamos de no tener nada, ni casa ni ninguna cosa. Antes éramos personas descartables. Ahora tenemos voz como consumidores. El tema este de la clase no es algo que la gente traiga adentro suyo; la gente va cambiando su mente y va *desarrollando* una clase social».

Fue ahí cuando me di cuenta de que, en las múltiples historias de mis interlocutores, la construcción de la clase media aparecía como un

proceso simbiótico y no simplemente como una posición fija. Mucho más que esto, se trataba de un proceso de transformación simultáneo en las mentes y en las estructuras de oportunidad, un proceso en el que los sujetos se transformaban a medida que iban haciendo uso de los instrumentos y las materialidades que la política pública ofrecía. Esta combinación de infraestructuras y subjetividades acabó otorgando una visión multifacética y compleja sobre la formación de las clases medias como, al mismo tiempo, devenires históricos, políticos, materiales y afectivo-morales específicos.

Contra la idea de clase como posición fija, vertical y estructurada, lo que les importaba a esas personas eran justamente los conectores que las llevaban de un lugar a otro, de un tiempo a otro, de una esperanza a otra. Nosotros, como estudiosos sociales atentos a la cartografía sensorial de esos tropos de significado, necesitamos recuperar esos conjuntos de imágenes, palabras, materialidades y capas de historia a través de los cuales se experimenta, estratifica y sitúa en tiempo y espacio el ascenso social. Esa *sensorialidad* de clase media nos lanza a la búsqueda de conectores empíricos con los cuales aprehender procesos de estratificación en sus diversos niveles locales, nacionales y globales; materiales que toman configuraciones económicas e históricas más amplias y las articulan con las experiencias y lenguajes de las personas directamente implicadas.

Por último, necesitamos estar atentos a las implicancias de esa política de la esperanza material (en todas sus nuevas facetas) para ver la composición de nuevas relaciones de clase en los años venideros. Con el desmantelamiento progresivo de los derechos sociales, económicos y raciales que caracteriza a la nueva ola de gobiernos conservadores en América Latina y el mundo, ¿qué políticas de la esperanza y qué experiencias de clase aparecen en nuestro horizonte? ¿Qué proyectos serán capaces de articular y traducir las esperanzas de las nuevas clases medias? ¿Cómo serán los desdoblamientos políticos de la movilidad social en el contexto de la recesión económica y la turbulencia gubernamental, con la progresiva financiarización de los proyectos de clase media, el endeudamiento y la *securitización* de las familias y su retracción hacia espacios privados y domésticos de respetabilidad? Ante tal proceso, entender a las clases medias en sus múltiples y móviles posicionalidades se revela crucial para comprender el futuro de las democracias latinoamericanas. ☐

# Rebelión, progresismo y economía moral

*La clase media argentina en las últimas dos décadas*

Tobias Boos

Argentina se autopercibe desde hace décadas como un país de clases medias. Es parte del mito fundacional que pervive hasta hoy. El kirchnerismo, como otros movimientos nacional-populares, ha tenido una relación ambivalente con estos sectores: aunque algunos vieron en él un «populismo de las clases medias», estas fueron a menudo consideradas como culturalmente «colonizadas». Y es de las clases medias de donde surge la fuerza del macrismo, recientemente derrotado en las urnas.

No cabe duda de que llegó el tiempo de la clase media, o al menos eso sugiere la abundante producción académica sobre el tema. Numerosos libros y *papers* anuncian la llegada de una (nueva) clase media global; estudios de agencias internacionales de desarrollo e instituciones como el Banco Mundial proclaman su advenimiento: un vistazo rápido al archivo de esa institución revela que la cantidad de publicaciones dedicadas a la cuestión trepó a un pico histórico en la última década<sup>1</sup>. ¿Pasará el

---

**Tobias Boos:** es doctor en Ciencia Política por la Universidad de Viena, donde es profesor en el área de Política Internacional. Sus líneas de investigación abordan la clase media y el populismo en América Latina, economía política y teorías del Estado. Se interesa especialmente por la relación entre estructura social e identidades políticas.

**Palabras claves:** clases medias, kirchnerismo, Argentina.

**Nota:** este artículo se enmarca en el proyecto de investigación «Clases medias en disputa: discursos e identidades en torno a los sectores medios de Bolivia y Argentina», desarrollado en el Centro María Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados (CALAS), sede Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

1. Revisando su archivo, solo el Banco Mundial cuenta con 145 publicaciones acerca del tema entre 2010 y 2019. Entre 2000 y 2009 llegan a 82.

siglo XXI a la historia como el siglo de la clase media?, se pregunta Göran Therborn en un artículo publicado en *New Left Review*<sup>2</sup>.

América Latina no está exenta de estas percepciones; por el contrario, en 2014, el entonces presidente del Banco Mundial, Jim Yong Kim, declaró que la región finalmente se ha vuelto una región de clase media. A escala nacional, la cuestión de la clase media evidenció también un *comeback* desde hace algunos años. El regreso coincide con el ascenso de los llamados gobiernos progresistas en la región: en Brasil, la política de promoción de una nueva clase media consumidora se hizo primero cuasi doctrina estatal bajo los gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT). Luego, sin embargo, durante las protestas de 2013, aparece nuevamente la idea de una clase media opositora al gobierno petista. También en Ecuador el gobierno de Rafael Correa apeló desde el comienzo a un ideario de meritocracia –profundamente arraigado en aquellos que se consideran de clase media–. En otros países, no obstante, la idea de una clase media opuesta a los gobiernos progresistas se mantuvo durante todo el ciclo. Por ejemplo, en la última campaña electoral de Bolivia, en 2019, el gobierno de Evo Morales hizo alusiones positivas a la clase media, a la que, dijo, «hay que volver a enamorar».

¿Y en Argentina? En el país de la región con la relación tal vez más compleja y contradictoria con la clase media, los pronunciamientos durante las últimas dos décadas fueron igualmente ambivalentes. Néstor Kirchner anunciaba en 2005 que la clase media debería «de una vez por todas tener un lugar, un rol protagónico junto a la clase trabajadora»<sup>3</sup>, mientras que su sucesora, Cristina Fernández, hablaba en 2009 de una clase media que sufre «una suerte de colonización cultural» en su actuar contra los intereses de las clases populares<sup>4</sup>. Sin embargo, la misma presidenta desarrollaba en sus discursos una narrativa en la que se representaba biográficamente a sí misma como una «clasesmediera» ejemplar. Además, reivindicaba el discurso sobre las clases medias de los organismos internacionales, lo que la llevó a destacar el gran desempeño económico-social de Argentina en presencia de sus pares provenientes de los países vecinos. Estas ambivalencias llevaron a una dificultad de lectura política tan grande que hasta a los analistas les fue difícil interpretar el rol de la clase media argentina en esos años. Algunos vieron confirmada la idea de una clase media resentida y antipopular que finalmente tomó

---

2. G. Therborn: «Las clases sociales en el siglo XXI» en *New Left Review* Nº 78, 1-2/2013.

3. «Palabras del presidente Néstor Kirchner en el acto de firma de convenios con la Cooperativa 25 de Marzo», 11/10/2005, <[www.casarsosada.gob.ar/informacion/archivo/24829-blank-5705506](http://www.casarsosada.gob.ar/informacion/archivo/24829-blank-5705506)>.

4. «Inauguración de la muestra Día de la Lealtad, 17 de octubre», 9/10/2009, <[www.casarsosada.gob.ar/informacion/archivo/21478-blank-15851578](http://www.casarsosada.gob.ar/informacion/archivo/21478-blank-15851578)>.



revancha en la elección de Mauricio Macri en 2015, mientras que otros caracterizaron a los gobiernos kirchneristas como una suerte de peronismo o populismo «de clases medias»<sup>5</sup>.

### La clase media como categoría performativa

Los discursos acerca de la clase media en América Latina, promovidos por diversos actores, han confluído en algunos momentos en forma inesperada. Ello se debe a que la expresión «clase media» invoca en sí misma una serie de nociones que difícilmente pueden ser separadas del sujeto que las enuncia: la apelación a las clases medias constituye a menudo un recurso para obtener legitimidad. Es evidente que los discursos políticos son altamente performativos. Sin embargo, lo mismo puede afirmarse sobre los análisis científicos. Ciertos términos utilizados por las ciencias sociales no son categorías meramente analíticas, son también performativas. Casos emblemáticos en este sentido son, por ejemplo, el significante «democracia» e, inversamente, «populismo».

«Clase media», sin lugar a duda, se cuenta dentro de las categorías altamente performativas. En Estados Unidos y Europa no transcurre campaña electoral alguna sin que los competidores invoquen a la clase media como motor de la sociedad y como un sector social que debe reforzarse. EEUU es, en efecto, un caso ejemplar en el que la clase media aparece como sujeto constitutivo y mito fundacional de la nación misma. A la vez, en Europa, desde hace unas décadas, los partidos históricos ya no se representan a sí mismos como expresiones de los distintos polos del antagonismo entre capital y trabajo, sino que luchan por figurar como verdaderos representantes de este lugar mítico asociado al mismo tiempo a posiciones «centristas» en el mapa ideológico.

El historiador Ezequiel Adamovsky, autor de *Historia de la clase media argentina*<sup>6</sup>, aportó algunas observaciones perspicaces con respecto al funcionamiento performativo de la categoría en cuestión. Adamovsky la descifra como una «metáfora geográfica» que coloca a un actor en un supuesto centro de la sociedad. Pero, como observa, ni los polos entre los cuales se debería ubicar este centro son explicitados, ni se responde a la pregunta más general sobre si verdaderamente se puede suponer que existe el «centro» de una sociedad. Empero, la metáfora del «medio» despliega una sutil

---

5. Juan Ciucci: «El kirchnerismo es el peronismo de las clases medias», entrevista a Carlos Altamirano en *Agencia Paco Urondo*, 13/9/2013; Maristella Svampa: *Debates latinoamericanos: indianismo, desarrollo, dependencia y populismo*, Edhasa, Buenos Aires, 2016.

6. E. Adamovsky: *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Planeta, Buenos Aires, 2012.



operación performativa que mezcla posicionamiento social con posturas políticas. El politólogo alemán Herfried Münkler, por ejemplo, advirtió que en el contexto de lo que él percibe como una radicalización de los extremos políticos, el medio/centro es «un lugar fuertemente amenazado» y sostiene que «quien quiera defender el centro político debe empezar por la preservación del punto medio social»<sup>7</sup>. Tal equiparación tiene una larga tradición dentro de la filosofía política: el «punto medio» es imaginado como el equivalente a cohesión social y equilibrio político, y el dueño de este lugar metafórico del «medio» de la sociedad –la clase media– se convierte en la encarnación de la moderación social y política<sup>8</sup>.

Tal noción de «clase media» como indicador de una sociedad más justa, políticamente equilibrada o promotora de valores democráticos predomina hasta hoy en día. Es sorprendente que se mantenga a pesar

**Las clases medias,  
en ciertos momentos  
de la historia,  
no dudaron en  
confraternizar con  
dictaduras  
sangrientas**

de su poco sostén empírico. América Latina y en particular el caso de Argentina constituyen ejemplos de que las clases medias, en ciertos momentos de la historia, no dudaron en confraternizar con algunas de las dictaduras más sangrientas, como plantea José Nun en su famoso ensayo sobre el golpe militar de clase media<sup>9</sup>. Tampoco hay evidencia alguna de que la tan mencionada nueva clase media global en países como China y la India sea más propensa a convicciones democráticas o tenga miradas políticas más mesuradas que otros grupos sociales. Pero ni los numerosos estudios históricos ni trabajos recientes acerca de sus valores políticos han logrado alterar la creencia en una clase media como actor democratizador.

En este artículo, en lugar de asumir la hipótesis de una clase media ubicada siempre a mitad de camino entre los clivajes políticos, se exponen tres lecturas acerca del comportamiento político de la clase media argentina durante las últimas dos décadas. A nuestro entender, estas líneas de lectura –que abordan las movilizaciones de la clase media, los cambios dentro de su estructura social y su integración en el llamado «pacto de consumo»– aportan algunas claves, no para resolver el enigma de la clase media argentina, sino para intentar comprenderla en sus ambivalencias.

7. H. Münkler: «Die Mitte, ein hochgradig gefährdeter Ort» en *Süddeutsche Zeitung*, 23/6/2016.

8. E. Adamovsky: «Aristotle, Diderot, Liberalism and the Idea of ‘Middle Class’: A Comparison of Two Contexts of Emergence of a Metaphorical Formation» en *History of Political Thought* vol. 26 N° 2, 2005.

9. J. Nun: «América Latina: la crisis hegemónica y el golpe militar» en *Desarrollo Económico* vol. 6 N° 22/23, 1966.

## Signos cambiantes de la movilización de la clase media

Los estudios más interesantes durante las últimas décadas se inscriben en una línea de trabajo que, frente a los problemas de definición de la clase media, se propone abandonar los intentos de una delimitación objetiva (económica) para enfocarse principalmente en la subjetividad y la autopercepción de quienes se autodefinen de clase media. Esa perspectiva constructivista hace, pues, hincapié en las prácticas cotidianas y en la necesidad de reafirmación de sus líneas de delimitación y se focaliza especialmente en la clase media como identidad<sup>10</sup>.

El caso argentino aparece particularmente adecuado para una perspectiva de esta naturaleza. El mito de Argentina como un país de clase media está anudado a la identidad nacional. Todos los estudios señalan una alta autoidentificación subjetiva con la clase media que no necesariamente coincide con la propia posición dentro de la estructura social. Según los últimos datos de World Value Survey (2014), 57,8% de la población se autopercebe de clase media. En 2012, la cifra alcanzaba el 69,9%. Estos resultados coinciden con los de otras encuestas, como la de Latinobarómetro, respecto al elevado nivel de la autopercepción como clase media por parte de los argentinos. Latinobarómetro arroja que un promedio de 83,6% de los argentinos, entre 2011 y 2018, se autoidentifican como de clase media (este porcentaje incluye, empero, tres subcategorías de clase media, lo que explica en parte la diferencia porcentual). Igualmente, más allá de los porcentajes, la conclusión interesante a extraer es el dato relativo al elevado nivel de esta autoidentificación en comparación con otros países de la región.

La corriente teórica constructivista cobró importancia en el debate académico en el contexto de la crisis de 2001 y los años posteriores<sup>11</sup>. En aquel momento, la clase media aparece como el actor visible y movilizado en una verdadera «rebelión de clase media», como la llamó Daniel Ozarow en un libro recientemente publicado<sup>12</sup>, contra el «corralito» bancario decretado por el gobierno de Fernando de la Rúa, en medio de la profunda crisis que vivía el país en los estertores de la convertibilidad entre el peso y el dólar estadounidense (1 a 1).

Ozarow, en una perspectiva que parte de las movilizaciones de la clase media durante las últimas dos décadas, echa luz sobre sus demandas

---

10. Ver Sergio Visacovsky: «Estudios sobre 'clase media' en la antropología social: una agenda para la Argentina» en *Avá* N° 13, 2008.

11. Este enfoque tiene su expresión institucional a partir de 2004 en un grupo de trabajo y, más tarde, en el Programa de Estudios sobre Clases Medias que funcionó entre 2011 y 2017 en el Centro de Investigaciones Sociales-Instituto de Desarrollo Económico y Social (CIS-IDES).

12. D. Ozarow: *The Mobilization and Demobilization of Middle-Class Revolt: Comparative Insights from Argentina*, Routledge, Nueva York, 2019.

y motivos políticos. El autor rastrea cómo la rebelión de 2001-2002, caracterizada por sus rasgos de solidaridad interclasista entre la clase media y las clases populares<sup>13</sup>, se fue apagando y dio lugar a otro tipo de adhesiones y movilizaciones de signo conservador e incluso reaccionario, en las cuales se retomaban tópicos como la (in)seguridad o el repudio a lo que se percibió como una intromisión ilegítima del gobierno. En este sentido, se pueden distinguir otros tres ciclos importantes bajo las gestiones kirchneristas en los cuales la clase media aparece como actor movilizado o, mejor dicho, en los que se produce lo que se interpretó como movilizaciones de la clase media: primero, las manifestaciones entre 2004 y 2006 ligadas al secuestro y posterior asesinato de Axel Blumberg por motivos económicos; segundo, las movilizaciones en el contexto del conflicto con los sectores agroindustriales («el campo») en 2008;

**Se pueden distinguir otros tres ciclos importantes bajo las gestiones kirchneristas en los cuales la clase media aparece como actor movilizado**

y tercero, las movilizaciones de 2012 y 2013, que contenían un amplio abanico de demandas pero se caracterizaban principalmente por un rechazo común hacia el gobierno de Cristina Fernández. El detonante no era solo la situación económica (desaceleración, inflación, «cepo»), cuya percepción discutiremos más adelante, sino que también cobraron importancia temas como la corrupción. Claves en este sentido fueron, por un lado, la «tragedia de Once», en 2012<sup>14</sup>, que

puso sobre la mesa el tema de la corrupción, pero también, por otro, una creciente percepción de la clase media de un abuso de poder por parte del gobierno nacional, sobre la base de, por ejemplo, rumores sobre una reforma constitucional para introducir la reelección para un tercer mandato del kirchnerismo en el poder. Entonces las movilizaciones de este tercer ciclo, durante 2012 y 2013, denunciaron la «korrupción» o «corrupción κ» y una supuesta «diktadura», y expresaron un fuerte rechazo, en especial hacia la figura de la presidenta (a quien llamaban de manera insultante la «kretina»).

Un cuarto ciclo que retoma expresiones de la clase media se distingue durante el gobierno de Mauricio Macri, cuando un sector urbano se moviliza en julio de 2016 en los llamados «ruidazos» contra la suba de las tarifas de servicios públicos como electricidad, gas o transporte. Sin embargo, las

---

13. Por ejemplo, la unidad entre los piqueteros (movimientos sociales de base territorial que cortaban caminos) y las clases medias que organizaban cacerolazos y asambleas en los barrios.

14. El 22 de febrero, un accidente de tren de la línea Sarmiento en la estación Once, en Buenos Aires, causó 51 muertos y cientos de heridos.

movilizaciones que se produjeron desde la asunción de Macri no tendieron a ser interpretadas como movilizaciones de clase media. Más allá de que lo fueran o no, este hecho permite ver dos debilidades de la perspectiva misma: por un lado, se corre el riesgo de adoptar acríticamente la autodescripción de los propios actores movilizados que, como vimos, buscan asociar clases medias con vocación democrática. Se genera así un sesgo hacia parte de la clase media que se reclama «democrática», mientras se rechaza —desde un antiperonismo histórico— a los gobiernos kirchneristas como antidemocráticos. Como consecuencia, se pierden de vista las ambivalencias y los intentos de integración hegemónica que los gobiernos kirchneristas, sin lugar a duda, impulsaron. Por otro lado, hay un segundo problema que arrastran los enfoques que parten de las movilizaciones sociales: indagan principalmente aquellos momentos excepcionales en los que la clase media se moviliza. En este sentido, los signos de las movilizaciones de la clase media argentina fueron cambiando con el tiempo y se reestablecieron las viejas fronteras entre peronismo y antiperonismo como uno de sus ejes centrales. Sin embargo, son casos excepcionales en los cuales los posicionamientos políticos son expresados públicamente. No parece arriesgado afirmar que la opinión política se mueve mucho más en términos de consensos tácitos que en apoyos o rechazos activos que además se hacen públicos. Es decir, mientras la perspectiva de las movilizaciones sociales arroja luz sobre las formas y razones de rechazo (o apoyo) expresadas explícitamente, se dieron también dinámicas más «silenciosas» que jugaron un rol en estos tiempos. Para comprenderlas, hacen falta otros acercamientos al tema de la clase media.

### **Clase profesional-gerencial y militancia estatal**

Un abordaje clásico respecto de la clase media parte de un análisis de las ocupaciones y ramas de actividad económica. Esta mirada cuenta con una larga tradición en las ciencias sociales argentinas, ya que tiene sus fundamentos en los estudios clásicos de Gino Germani como «La clase media en la ciudad de Buenos Aires. Estudio preliminar», de 1942. Los trabajos de Germani instauraron algunos de los mitos políticos acerca de Argentina como país de clase media (otra vez, es muy recomendable el examen riguroso por parte de Adamovsky, quien, revisando los datos de Germani, cuestiona las conclusiones de gran alcance político del sociólogo).

Los estudios que se inscriben en este enfoque coinciden con el diagnóstico de que la clase media (inferior) fue un polo dinámico en la estructura social posterior a 2001. Ese sector de la clase media experimentó una expansión acelerada y aumentó su peso en la composición social. Son especialmente los asalariados de tareas administrativas, los técnicos y

profesionales de gestión del Estado y los empleados del sector salud, educativo y de investigación quienes crecen a partir de 2003<sup>15</sup>. Esta dinámica, empero, comienza a estancarse durante la última gestión de Cristina Fernández. Los mismos estudios advierten sobre cierta arbitrariedad e insuficiencia de los criterios exclusivamente económicos para establecer un recorte entre los sectores populares y la clase media. Sin embargo, se pueden retomar sus conclusiones con respecto a qué ramas de actividades y grupos ocupacionales se expandieron en esos años. Se trata –hemos señalado antes– de grupos fuertemente ligados a un proyecto de desarrollo empujado desde el Estado y al despliegue estatal en el área de las políticas sociales.

**John y Barbara  
Ehrenreich  
propusieron en la  
década de 1970  
la expresión  
«clase profesional-  
gerencial»**

Esto nos lleva a una observación interesante con respecto a los cambios estructurales y el comportamiento político de la clase media. John y Barbara Ehrenreich propusieron en la década de 1970 la expresión «clase profesional-gerencial» (*professional-managerial class*) para el caso de EEUU. Se referían con ella a un sector que tiene sus raíces en la ampliación del Estado y las reformas progresistas de comienzos del siglo xx y obtiene hegemonía durante los años 60. Estos autores subsumen bajo esta expresión a empleados estatales, maestros, gente del sector de producción cultural y también periodistas –cabe aclarar que los autores no se referían solamente a empleados estatales sino a todo un conjunto de instituciones sociales y entidades culturales y educativas vinculadas a la expansión estatal–. Más allá de la definición precisa en términos sociológicos, el aspecto enriquecedor de este concepto es la hipótesis política vinculada. Ehrenreich y Ehrenreich argumentan que se trata de una clase –desde su punto de vista existe incluso un «antagonismo objetivo», por ejemplo entre esta clase y la clase obrera– cuya función principal es mediar en el conflicto entre capital y trabajo, ejercer cierto control social y cultural y garantizar así la estabilidad social<sup>16</sup>.

En este sentido, la expresión «populismo de clases medias»<sup>17</sup> utilizada por Maristella Svampa tal vez represente una exageración, ya que tiende a invisibilizar otras vertientes importantes del kirchnerismo. Sin embargo,

15. V. por ejemplo Gabriela Benza: «La estructura de clases argentina durante la década 2003-2013» en Gabriel Kessler (comp.): *La sociedad argentina hoy: radiografía de una nueva estructura*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2016; Héctor Palomino y Pablo Dalle: «Movilización, cambios en la estructura de clases y convergencia de ingresos en Argentina entre 2003 y 2013» en *Realidad Económica* vol. 56 N° 218, 2016.

16. B. Ehrenreich y J. Ehrenreich: «The Professional-Managerial Class» en Pat Walker (comp.): *Between Labor and Capital*, South End Press, Boston, 1979.

17. M. Svampa: ob. cit.



nos lleva a poner el foco en la militancia estatal de una parte de la clase media durante los gobiernos kirchneristas. No solo explica las mejoras materiales (empleos, becas, mejoras salariales, etc.) de ese sector, sino también cierto apego al proyecto progresista y las formas de militancia que se dieron durante aquellos años.

## Pacto de consumo y economía moral de la clase media

En busca de una delimitación de la clase media, la definición tal vez más recurrente sea la promovida por los organismos internacionales, que postulan el ascenso de una clase media latinoamericana. Un muy citado informe del Banco Mundial afirma que entre 2003 y 2009 la clase media de América Latina y el Caribe creció 50% y superó los 152 millones de personas. Argentina se ubica entre los países líderes, con un crecimiento de la clase media superior a 10%<sup>18</sup>.

El estudio define la clase media sobre la base de los ingresos –entre 10 y 50 dólares paridad poder adquisitivo (PPA) diarios–. La arbitrariedad de la definición utilizada por los economistas fue criticada en múltiples oportunidades<sup>19</sup>. Además, una mirada más cercana al ascenso de una supuesta clase media latinoamericana muestra grandes diferencias entre los países de la región. Sin embargo, si quitamos de estos estudios su terminología clasista, quedan como punto de partida sus datos con respecto a los niveles de ingreso<sup>20</sup>. Veremos entonces más en detalle el caso argentino.

Aquí se muestra que los salarios reales para el periodo que se inicia en 2003 han aumentado y que esto es particularmente evidente en el sector privado. Los ingresos medios pudieron recuperar su nivel de consumo anterior a la crisis de 2001 y a veces incluso aumentarlo. Cabe aclarar además que, si bien es cierto que durante la primera presidencia de Néstor Kirchner se observan las mejoras más importantes, no es adecuado reducirlas a este periodo, como sucede a menudo en los análisis que hacen una fuerte distinción entre su mandato y el de Cristina Fernández con respecto a su carácter de clase media. Después de un crecimiento reducido en 2008 (4,1%) y una caída en 2009 (-5,9%), los años 2010 y 2011 se caracterizaron por una fuerte recuperación económica. Hoy, en tiempos de

---

18. Francisco H. G. Ferreira, Julian Messina, Jamele Rigolini, Luis-Felipe López-Calva, María Ana Lugo y Renos Vakis: *La movilidad económica y el crecimiento de la clase media en América Latina*, Banco Mundial, Washington, DC, 2013.

19. E. Adamovsky: «Clase media: reflexiones sobre los (malos) usos académicos de una categoría» en *Nueva Sociedad* N° 247, 9-10/2013, disponible en <www.nuso.org>.

20 V. por ejemplo Nancy Birdsall: «A Note on the Middle Class in Latin America», Working Paper N° 303, Center for Global Development, Washington, DC, 2012.



las cifras revisadas del entonces cuestionado Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), la caída de 2009 queda en evidencia. En aquel momento, sin embargo, prevalecía una sensación de que se había logrado esquivar comparativamente bien la crisis económica global. Emblemáticos ejemplos de aquella percepción son las cifras récord de ventas en los *shoppings* y de autos cero kilómetro o viajes al exterior, que indican la permanencia de altos niveles de consumo de las clases medias y altas en estos dos años. En el periodo 2012-2013, aunque el nivel de consumo se estancó, se mantuvieron en gran parte los beneficios de las primeras dos gestiones kirchneristas.

Este estancamiento se convirtió más tarde en una reducción de los niveles de consumo. El Centro de Investigación y Formación de la República Argentina (CIFRA) ubica la caída de los salarios reales bajo la gestión de Macri, hasta febrero de 2019, en 12,1% para el sector privado, mientras que en el sector público se redujo 19,1%<sup>21</sup>. En esos cuatro años se volvió programática la famosa frase del economista Javier González

**Se ha propuesto la expresión «pacto de consumo» para entender cierta integración material de la clase media post-2003**

Fraga –nombrado presidente del Banco de la Nación Argentina– en pleno recorte de subsidios de servicios públicos a comienzos de 2016, cuando afirmaba que desde 2003 se había hecho «crear a un empleado medio que su sueldo servía para comprar celulares, plasmas, autos, motos e irse al exterior»<sup>22</sup>.

Se ha propuesto la expresión «pacto de consumo» para entender cierta integración material de la clase media post-2003<sup>23</sup>. Sin embargo, se cometería un error si se la entendiese en clave meramente economicista. Más bien, la idea apunta a la dimensión

política dentro de la economía y algo que se podría llamar –tomando en préstamo el célebre concepto de E.P. Thompson– «economía moral de la clase media». Tal como mostró el historiador británico, más allá de la necesidad material, subyacía a los motines de hambre en Inglaterra durante el siglo XVIII un sistema de normas y valores sociales sobre lo que se consideraba una economía justa y un buen gobierno; algo similar se puede identificar en el caso de la clase media argentina.

Queremos resaltar dos aspectos de esta idea. Primero, la expresión «economía moral» visibiliza la importancia de lo cotidiano para entender la idiosincrasia de la clase media. Se han atribuido los problemas de los go-

21. CIFRA: *Informe sobre situación del mercado de trabajo* N° 6, 2019.

22. «González Fraga: 'Le hicieron creer a un empleado medio que podía comprarse celulares e irse al exterior'» en *Infobae*, 27/5/2016.

23. T. Boos: «Pact of Consumption – Kirchnerism and the Argentinian Middle Class» en *Austrian Journal of Development* vol. 33 N° 4, 2017.

biernos progresistas en la región a la caída de los precios de los *commodities* a partir de 2013. Es cierto que la reducción de los ingresos por exportaciones de recursos naturales disminuyó los márgenes de maniobra que permitía la coyuntura política. Empero, no alcanzan los datos económicos duros para explicar la visión crecientemente negativa de la clase media acerca de las políticas kirchneristas. Si bien los problemas estructurales del modelo económico se hacen cada vez más visibles a partir de 2012 (fin del *boom* de los *commodities*, déficit energético, restricción externa), las medidas económicas tomadas afectaron especialmente algunos de los núcleos identitarios más arraigados en el modo de vida de la clase media. El ejemplo al que más se acudió fue el del llamado «cepo» (la imposición de restricciones a la compra de dólares): dentro del universo de tal economía moral, este fue interpretado por sectores de la clase media como limitación a la libertad personal y apartamiento del mundo globalizado.

Otro ejemplo en la misma clave es el consumo de productos de marcas importadas. Mezcla de herencia de la cultura de la década de 1990 con cuestiones estructurales de la economía argentina, la demanda de estos productos persiste en un alto nivel. Su disponibilidad y el ascenso a pautas de consumo internacionalizadas siguen siendo un rasgo importante de la identidad de los consumidores de clase media<sup>24</sup>. Pero no es una cuestión meramente «cultural», sino que se traduce en un desafío macroeconómico. De hecho, los productos de consumo importados alcanzaron según el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), para el período 2003-2015, el 11,1% de todas las importaciones. Las regulaciones de importaciones desde 2012 afectaron especialmente a estos bienes de consumo y fueron interpretadas como una intervención ilegítima por parte del Estado en la economía y en la vida personal. Las movilizaciones urbanas de 2012 y 2013 fueron clara expresión del rechazo hacia la politización continua de la economía en el nivel de la vida cotidiana.

Segundo, la identidad como consumidor juega desde la década de 1990 un rol clave en esta economía moral y se mantiene presente durante el kirchnerismo. Muchas veces esta afirmación es malentendida como una crítica al consumo en general. Pero más que una crítica a las mejoras y al bienestar material, se trata de una observación con respecto a cierta continuidad de lo que Verónica Gago describió como «ciudadanía a través del consumo»<sup>25</sup>. La perspectiva de una economía moral de la clase media explica la atracción de la propuesta de Cambiemos en 2015. Su promesa de una «despolitización» de la política económica

---

24. Ulrich Brand y Markus Wissen: *Imperiale Lebensweise: Zur Ausbeutung von Menschen und Natur in Zeiten des globalen Kapitalismus*, Oekom, Múnich, 2017.

25. V. Gago: «Financialization of Popular Life and the Extractive Operations of Capital: A Perspective from Argentina» en *South Atlantic Quarterly* vol. 114 N<sup>o</sup> 1, 2015.

y la devolución de las libertades de los consumidores percibidas como derechos (el desenvolvimiento personal en la esfera de consumo, para lo cual el Estado debería garantizar acceso y elección libre) armonizó con las ideas involucradas en esta economía moral de un buen gobierno y funcionamiento de la economía. Las afirmaciones de Macri respecto a que la inflación no sería un problema en su mandato, ya que solo se debía a la anomalía populista, fue en este sentido la promesa de una economía «normal», como en los países «serios». En la misma clave se pueden leer los pronunciamientos respecto al «regreso al mundo», que prometieron una renovada credibilidad y respetabilidad a escala mundial. La liberación del mercado cambiario cumplió, por su parte, la ilusión de una libertad contrapuesta a las restricciones opresivas durante el kirchnerismo, más allá de las posibilidades económicas reales del individuo.

El no haber logrado cumplir con la promesa de desterrar las preocupaciones económicas de la vida cotidiana ni posibilitar el acceso a las anheladas pautas de consumo internacionalizadas explica, a la vez, el desencanto posterior con el gobierno de Macri. En especial en 2019, las altas cifras de inflación o la vuelta al control de cambios fueron derrotas simbólicas particularmente abrumadoras, ya que iban en contra de la economía moral de la clase media argentina. Encontrar el equilibrio con respecto a esa economía moral, apelar a un progresismo moderado y, a la vez, lidiar con los rasgos persistentes de una identidad antiperonista serán claves para la flamante presidencia de Alberto Fernández en los años que vienen, si, como parece por el momento, se lanza a otro intento por parte de un gobierno peronista de seducir a la clase media argentina. ☐



REVISTA DE CULTURA Y CIENCIAS SOCIALES

2019

Gijón

Nº 100

CENTENARIOS. PERSONAJES QUE MARCARON  
LA HISTORIA RECIENTE

SUSCRIPCIONES

Suscripción personal: 39 euros

Suscripción bibliotecas e instituciones: 50 euros

Suscripción internacional: Europa - 66 euros (incluye gastos de envío)

América y otros países - 90 euros (incluye gastos de envío)

Suscripción digital: 22 euros

Ábaco es una publicación trimestral de CICEES, C/ La Muralla Nº 3, entlo. 33202 Gijón, España. Apartado de correos 202. Tel./Fax: (34 985) 31.9385. Correo electrónico: <revabaco@arrakis.es>, <revabaco@telecable.es>. Página web: <www.revista-abaco.es>.

# Conceptos e ideas sobre las clases medias peruanas

Víctor Arrambide Cruz

¿Cómo fueron pensadas históricamente las clases medias en Perú? ¿Qué tipo de autopercepciones emergieron en un país atravesado por diversos clivajes étnicos y regionales? Más recientemente, ¿cómo afectó la definición de «clase media» el afianzamiento de un sistema neoliberal que logró sedimentarse y generar una estabilidad y una cohesión de las elites mayores a las de otros países de la región?

En mayo de 2019, el informe del Instituto de Economía y Desarrollo Empresarial (IEDEP) de la Cámara de Comercio de Lima (CCL) estableció que 14,4 millones de peruanos (44,7% de la población) pertenecían a la clase media. Los indicadores del informe determinaron que durante 2018 se integró a ese segmento un total de 618.797 personas<sup>1</sup>. Según el informe, el avance de la clase media se debe principalmente al crecimiento del PIB en 4% y a la reducción de la pobreza (esta alcanzaba a 20,5% de la población al cierre de 2019). De estos 14,4 millones, 9,4 se ubicaban dentro de la clase media baja (que percibe entre 10 y 20 dólares diarios) y los 5 millones restantes se ubican en la clase media alta (que percibe entre 21 y 50 dólares)<sup>2</sup>.

---

**Víctor Arrambide Cruz:** es historiador por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima). Ha sido docente en esa universidad y en la Escuela Nacional de Archivística.

**Palabras claves:** clases medias, desigualdad, neoliberalismo, pobreza, Perú.

1. En este caso, los parámetros que definen a la clase media se basan en los indicadores del Banco Mundial, que agrupa a la población latinoamericana en cuatro «clases», dependiendo de su ingreso diario en dólares: la clase baja (con un ingreso menor a 4 dólares por día); los vulnerables (entre 4 y 10 dólares), la clase media (entre 10 y 50 dólares) y la clase alta (más de 50 dólares). Ludwig Huber y Leonor Lamas: *Deconstruyendo el rombo. Consideraciones sobre la nueva clase media en el Perú*, IEP, Lima, 2017, p. 18.

2. «Clase media creció 4,5% en el 2018 y representa el 44,7% de la población peruana» en *Gestión*, 15/5/2019.

Cien años antes, a inicios del siglo xx, Joaquín Capelo consideraba en su *Sociología de Lima* que las clases sociales (superior, media e inferior) «representan lo que en la vida animal constituye el *cerebro*, el *corazón* y el *estómago*, respectivamente». En las sociedades más desarrolladas, la línea divisoria entre las clases sociales era muy marcada; en cambio, en Perú, ocurría todo lo contrario<sup>3</sup>. La línea difusa entre las clases sociales hacía que la clase media, en palabras de Capelo, viviera «amenazada constantemente de las invasiones de la clase inferior y excitada por su parte a penetrar en el campo de la clase superior».

La distancia entre ambas referencias nos hace ver que lo que se entiende por clase media ha cambiado notablemente. La definición de clase media, como señala David Parker, enfrenta los modelos científicos propuestos desde las ciencias sociales, al establecer categorías que se aproximan al sentido común de la gente, es decir, a aquellos conceptos propios del vocabulario popular que se utilizan para caracterizar al otro, como «pituco», «huachafo», «cholo», «arribista» y «venido a menos». Tal como lo expresa Parker: «Si volvemos a principios del siglo xx, encontraremos algunos de esos mismos conceptos (no todos) y otros que ahora han desaparecido o van desapareciendo: ‘gente decente’, ‘gente de familia’, ‘caballero’, ‘medio pelo’, ‘gente de humilde condición’»<sup>4</sup>.

Como coinciden en señalar algunos autores, los trabajos de Parker permiten ver a la clase media más allá de una concepción ideológica mediante límites de ingresos –tal como la mide el Banco Mundial– pero sin dejar de tomar en cuenta los patrones de consumo, que tratan de emular los de las clases altas. Por eso, Capelo escribe que «la clase media es la más visitada por la escasez y la miseria, y este mal se agrava con dosis de vanidad y desconocimiento de sí misma»<sup>5</sup>. Entonces, ¿cómo definir a la clase media? ¿Cuáles son sus contornos? ¿Cómo ha evolucionado este concepto?

Este artículo busca recoger algunas de las principales nociones sobre lo que es la clase media en Perú, las disyuntivas que existen entre los tópicos científicos y las concepciones popularizadas y describir cómo esta especie de dicotomía ha evolucionado con el tiempo.

## Nociones previas

Guillermo Nugent nos habla de tres niveles interpretativos para entender el problema de la clase media: el ontológico, el identificatorio y el síntoma

3. En J. Capelo: *Lima en 1900*, estudio crítico de Richard Morse, IEP, Lima, 1973, pp. 183-184.

4. D. Parker: «Discursos, identidades y la invención histórica de la clase media peruana» en *Debates en Sociología* N° 22, 1997, p. 100.

5. J. Capelo: ob. cit., p. 85.

político. En el primero, el del terreno de la «ontología social», se habla de una clase media que está creciendo, ha desaparecido, se ha transfigurado, etc. El segundo nivel es usualmente autoidentificatorio: un sector de la población se considera como parte de la clase media de acuerdo con sus patrones de consumo. El tercer nivel asocia la clase media a la estabilidad política y social: «Cuando se habla de clase(s) media(s) en los debates públicos se habla de la marca de una estabilidad situada cada vez más en el pasado. Es decir, también la clase media, aparte de ser usada para constataciones y como seña de identidad, es igualmente una manera de describir un estilo de acción pública, básicamente pacífica y previsible»<sup>6</sup>.

### **En la definición de la clase media la autoidentificación es clave**

Es muy importante precisar entonces que en la definición de la clase media la autoidentificación es clave, porque allí no solo se pueden analizar los valores que tiene una persona para situarse en uno de los estratos sociales, sino también lo que la distingue de los demás. Es decir, uno se puede definir como de clase media por ciertas características que considera como centrales, pero también porque se diferencia de las otras clases (sobre todo las inferiores). Como nos señala Gonzalo Portocarrero:

Cuando se lo usa para definirse a sí mismo [el término] adquiere un significado muy diferente a cuando se lo emplea para clasificar a los demás. En el primer caso, cuando una persona dice «yo soy de clase media», el término remite a ciertas creencias y valores, a una forma de entender la vida y ubicarse en la sociedad. En el segundo, cuando se trata de clasificar a los demás, el término se refiere a un conjunto de personas que tienen características comunes: un mismo nivel educativo, ingresos parecidos u ocupaciones similares. (...) En el primero se enfatizan la cultura y el orden simbólico en cuanto regímenes de ordenamiento de la vida impulsiva y de producción de identidades colectivas. En el segundo, el trabajo y la economía aparecen como los fundamentos de la diferenciación social.<sup>7</sup>

Para las ciencias sociales, los criterios de clasificación de las clases sociales más comunes son: nivel de ingresos, nivel de educación, ocupación, posesiones patrimoniales y origen de clase. Estos se identifican en una escala

6. G. Nugent: «Clase media. De la mano invisible a la clase invisible» en Julio Gamero y Molvina Ceballos (eds.): *Perú Hoy. La clase media ¿existe?*, DESCO, Lima, 2003, pp. 17-18.

7. G. Portocarrero: «Ajuste de cuentas. Las clases medias en el trabajo de TEMPO» en G. Portocarrero (ed.): *Las clases medias. Entre la pretensión y la incertidumbre*, SUR / Oxfam, Lima, 1988, p. 13.

de valores en la cual cada grupo o categoría ocupa una posición que va de mayor a menor o de inferior a superior. Esta escala de valores informa sobre el lugar que cada categoría ocupa en el sistema clasificatorio al cual pertenece<sup>8</sup>.

Siguiendo a Parker, la definición científica de clase media en los últimos años ha sido puesta en jaque, por un lado, por la crisis del marxismo como teoría que definía a las clases sociales, y por el otro, por el cuestionamiento metodológico surgido con el posmodernismo, que relativizaba el rol de las clases sociales en el devenir histórico<sup>9</sup>. Por ello es que Parker busca reconstruir los discursos, las ideas y las clases sociales, mostrando cómo el esquema binario de la «gente decente» y el «pueblo» no dejó espacio para estratos intermedios en el imaginario social hasta bien entrado el siglo xx. En vez de armar mi propio modelo «objetivo» de la estratificación social peruana, en este texto trato de entender los diferentes discursos de clase que manejaban los diversos actores en la historia peruana; poner el foco en cómo ellos entendieron las clases sociales y cómo proporcionaron ideas, visiones y discursos de descripción social. En otras palabras, trato de ver las clases como construcciones sociales, productos de una imaginación colectiva<sup>10</sup>.

## Los orígenes del concepto

¿Desde cuándo se puede hablar de clases medias en Perú? Parker nos da pistas sobre el uso del concepto en el *Proyecto de una sociedad de crédito* de Ricardo Monti de 1871, pero como un hecho aislado, porque ni en obras de data cercana, como la *Estadística o Lima* de Manuel A. Fuentes, ni en la *Sociología* de Carlos Lisson se encuentra referencia a ellas. Considero que si bien no había un concepto «clase media», sí se tenía una idea de la existencia de un grupo intermedio entre la «elite guanera» y la «plebe»: un grupo compuesto básicamente de comerciantes medianos e intelectuales, o funcionarios públicos, con estudios en la Universidad de San Marcos

---

8. Norma Füller: «Las clases medias en las ciencias sociales» en G. Portocarrero (ed.): *Las clases medias. Entre la pretensión y la incertidumbre*, SUR / Oxfam, Lima, 1988, pp. 443-458.

9. «El marxismo temprano se refería con el término a la emergente capa de profesionales de 'cuello blanco' (...). Las diferencias jerárquicas e institucionales entre la 'antigua' clase media, propietaria de pequeños negocios (la 'pequeña burguesía' de los marxistas) y los empleados sin propiedad (la 'nueva' clase media regulada por estructuras burocráticas) fueron tema del libro de C. Wright Mills (1951) hacia la mitad del siglo pasado. También Giddens (1979) distingue entre la 'clase media antigua' (sinónimo de la 'pequeña burguesía') y una 'nueva clase media' de empleados sin propiedad y con trabajos no manuales». L. Huber y L. Lamas: ob. cit., p. 12.

10. D. Parker: ob. cit., p. 103.

o los Colegios Mayores, que aspiraban a formar parte de esa «élite» para distanciarse de la «plebe» con la cual no se sentían identificados. La idea va gestándose hasta que a fines del siglo XIX e inicios del XX se vuelve un grupo más cohesionado. Esto coincide con las ideas sobre la clase media expresadas por Capelo en su ya citada *Sociología de Lima*. Este concepto se irá asentando en las primeras décadas del siglo XX y tendrá su prueba de fuego en la primera huelga de empleados, en 1919, cuando este grupo ya tiene una clara conciencia e identificación de ser de «clase media» y la expresión se usa en el discurso político.

Aunque Parker señala que «gente decente» y «gente de pueblo» eran los conceptos más utilizados en un primer momento por los limeños para distinguirse de los demás, hay que entender que el primero de ellos ya se usaba desde inicios de la República. Pablo Whipple nos ha explicado cómo con la independencia las nuevas autoridades quisieron fundar una decencia republicana en oposición a la idea colonial (la superioridad moral que se aplicaba a los españoles y sus descendientes, y a los indígenas y mestizos que alcanzaban una posición privilegiada)<sup>11</sup>. Esta idea de decencia implicaba un cierto estilo de vida y de consumo que se fue acentuando durante la época del guano y que perviviría pese a la crisis económica que sucedió a la guerra con Chile (1879-1884). Entonces, ¿qué era ser decente a inicios del siglo XX en Lima?

**«Gente decente» y «gente de pueblo» eran los conceptos más utilizados en un primer momento por los limeños**

Para el hombre acaudalado, la decencia residía en un cierto estilo de vida y de consumo; para el aristócrata venido a menos, era una cuestión de abolengo y de vínculos familiares; para el profesional, se lo graba con un título universitario; un empleado de comercio se sentía decente porque no trabajaba con las manos; y el artesano reivindicaba su decencia por ser alfabeto, limpio, abstemio, serio, padre de familia, más o menos blanco.<sup>12</sup>

Esta clase media, o mejor dicho, la concepción de una identidad de clase media, se iría construyendo sobre la base de la idea de que el dinero no es el único medio para lograr el ascenso social; se requería sobre todo un apellido de familia (es decir un apellido conocido), abolengo y

11. Ver P. Whipple: *La gente decente de Lima y su resistencia al orden republicano. Jerarquías sociales, prensa y sistema judicial durante el siglo XIX*, IEP / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Lima, 2013.

12. D. Parker: ob. cit., pp. 105-106.



estilo de vida<sup>13</sup>. Parker hace referencia a los informes de las autoridades municipales a inicios del siglo xx en los que se evidencia que, aunque una persona viviera en condiciones austeras, por el hecho de ser de tez blanca y tener un «buen» apellido y educación podía ser considerada de clase media frente a los obreros y artesanos. Esta conciencia se iría reforzando en la medida en que la clase obrera iba desarrollando a su vez su propia conciencia y pliego de reclamos, en un contexto de crisis de la República Aristocrática, regida por el Partido Civil, y mientras los pensadores progresistas de la época iban importando el vocabulario moderno de clases sociales que ya estaba asentado en Europa.

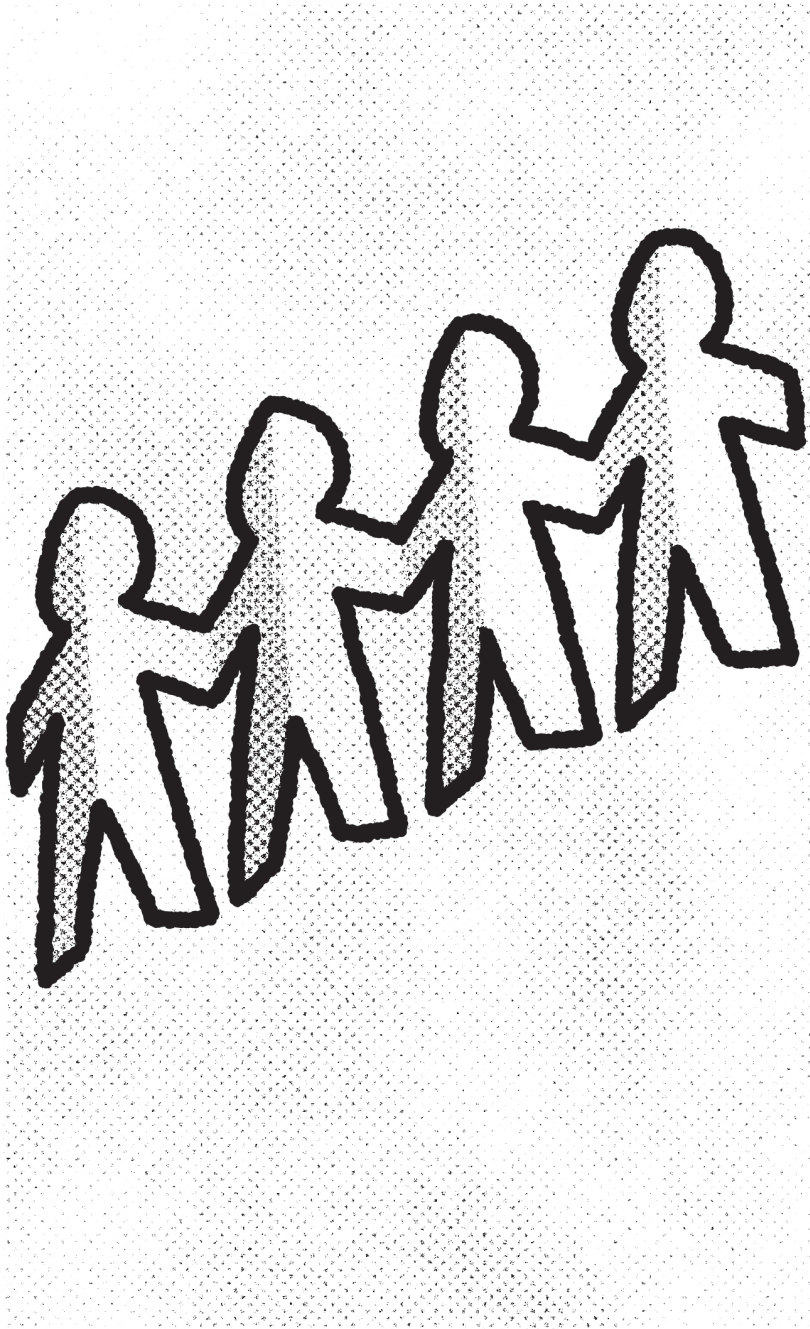
Por ello, el proceso posterior al fin de la Primera Guerra Mundial, cuando los obreros consiguieron mejoras laborales como aumentos salariales y la jornada de ocho horas, fue el contexto propicio para que las clases medias entraran en la escena política. 1919, año en que se produce el fin de la República Aristocrática y el ascenso de Augusto Leguía al poder, estuvo marcado por una serie de huelgas y manifestaciones, pero también por el impulso de las asociaciones de trabajadores, como fue el caso de los empleados de las casas comerciales, bancos y almacenes que se declararon en huelga en El Callao por más de una semana. Para Parker, este movimiento marca un hito porque lleva la idea de «clase media» al debate político, lo que trajo como consecuencia, durante el oncenio de Leguía, la promulgación en 1924 de la Ley del Empleado<sup>14</sup>.

Es interesante ver cómo esta ley impuso una brecha entre obreros y empleados como dos sectores distintos: el primero se identifica como clase media, y por tanto, como «decente». Entonces, ser un empleado significaba ser superior a ser obrero, aun si el sueldo del segundo era mayor al del primero. El estatus se imponía entonces frente a los niveles remunerativos. Esta división se mantendrá por muchos años, sobre todo en las décadas siguientes. Un ejemplo, en el sector salud, es la construcción del Hospital Obrero en 1938 y del Hospital del Empleado en 1951. Ambos grupos de trabajadores tendrán sus propios sistemas asistenciales hasta la década de 1970, cuando el régimen militar, con un discurso nacionalista y de igualdad entre las distintas clases sociales, unificó ambos sistemas.

---

13. Este tópico parece repetirse en otras décadas. «Salvo excepciones, contadas con los dedos de la mano, la mayoría de los industriales eran, socialmente hablando, marginales. El hecho de ser blancos y europeos, con el paso del tiempo y dado que tenían fortuna, les valía el acceso a la clase media acomodada. No era fácil cumplir con los requisitos de tener 'apellido, fortuna y educación'. Francisco Durand: *La burguesía peruana. Los primeros industriales*. Alan García y los empresarios, DESCO, Lima, 1988, p. 23.

14. D. Parker: ob. cit., pp. 107-109.



## La nueva clase media

La llegada de las olas migratorias a la ciudad trajo consigo el incremento de la población y la ampliación de la demanda laboral. En ciudades como Lima, que se van expandiendo caóticamente, la nueva fuerza laboral crece como efecto de los contingentes migratorios y esto obliga a la recreación constante de estrategias de adaptabilidad<sup>15</sup>. De ese modo la clase media, que a inicios del siglo xx parecía relativamente uniforme, se convierte en un estrato social en el que ahora se pueden identificar hasta tres subgrupos:

- una clase media tradicional, vinculada al imaginario dual colonial y a un temprano impulso modernizador, que asigna una alta valoración al gasto como inversión para el mantenimiento o la apariencia de un estilo de vida;

- una clase media consolidada, producto de la expansión urbana y de la segunda reforma universitaria, que posibilitó su desarrollo como elite intelectual y tecnocrática; y

- una clase media emergente, producto de las migraciones masivas, de la redefinición del espacio urbano y de los nuevos usos del capital económico y relacional.

Hay que tener en cuenta que la ola migratoria trajo consigo una ampliación de la demanda laboral. Las primeras generaciones de migrantes, que se trasladaron del campo a la ciudad, tenían una educación básica; se trataba de quechuahablantes, que se dedicaron en gran proporción al comercio informal. Así se hicieron poco a poco de un capital para ir mejorando su calidad de vida y aspiraron a que las futuras generaciones tuvieran acceso a los beneficios que ellos no obtuvieron. Con la ayuda de las políticas estatales de vivienda y educación, la segunda y tercera generación pudo acceder incluso a una educación universitaria. Como señala Norma Füller, la elite de los sectores informales apunta a convertirse en una nueva clase media en la medida en que posee niveles de ingreso y capacidad de consumo similares a aquellos de los que tradicionalmente gozaron las clases medias asalariadas y profesionales. No se trata entonces de la renovación de la pequeña burguesía, «sino de la emergencia de un nuevo sector cuya identidad tiene fuertes contenidos étnicos y que no participa del capital cultural y de relaciones que caracterizaron a los sectores medios tradicionales»<sup>16</sup>.

La igualdad de oportunidades ya forma parte de las creencias aceptadas conscientemente (aunque no internalizadas) por la mayoría de las capas urbanas y esto ha diluido mucho el carácter aristocratizante de los grupos dominantes. Si bien los sectores de la clase media conservan ciertos rasgos

---

15. Eduardo Toche: «Apuntes sobre las clases medias», serie Perú Hoy N° 15, DESCO, Lima, 2009, p. 151.

16. N. Füller: «Las clases medias en las ciencias sociales», cit., p. 454.

exclusivistas, tienden más a adjudicarlos a sus propias cualidades: formación, eficiencia, dinamismo o estilo de vida, que al hecho de asemejarse a una elite que ha ido perdiendo los rasgos que la distinguían<sup>17</sup>.

Javier Díaz Albertini considera que en Perú, un país con una gran desigualdad en la distribución de ingresos, la división entre la clase media y otras clases sociales es una franja estrecha y mal definida, cuyos límites se establecen más por negación que por contenidos objetivos y concretos, y que estos límites son socioculturales antes que económicos<sup>18</sup>. Sobre todo en una economía empobrecida como la peruana y en particular en la década de 1980, con la crisis económica y el terrorismo, la clase media limeña era relativamente pobre en comparación con las clases medias de los países vecinos:

Se distinguía fundamentalmente por la zona residencial, su ocupación no manual y el nivel de estudio. Los ingresos eran relativamente bajos, pero también lo eran sus posibilidades de consumo, bastante modestas debido a la reducida selección ya sea por la prohibición de importaciones (durante Velasco y Morales Bermúdez) o su efectiva restricción por los altos aranceles a la importación. (...) Habría que añadir que el casi nulo acceso al crédito también recortaba las posibilidades de consumo.<sup>19</sup>

En efecto, la crisis de los años 80, que luego se agravó con el *fujishock* de 1990, melló a la clase media, a la que le tomó largo tiempo recuperarse (de ahí los reportes que indican que el aumento del consumo se relaciona sobre todo con la recuperación de la capacidad de consumo que la clase media perdió durante la crisis económica de las décadas de 1980 y 1990). Además, esta crisis traerá consigo un cambio importante en el paradigma de lo que es la clase media, sobre todo en los jóvenes, que se irán nutriendo del neoliberalismo y su insistencia en el individualismo (racional/egoísta) y en un estilo de vida que solo puede sostenerse sobre la base del consumo. Lo que más importa es el estatus, sobre todo por el nivel de educación, sin tomar en cuenta la ocupación o los ingresos. La aparición de universidades privadas, alentadas por el neoliberalismo fujimorista, incidiría en esta idea de estatus: estudiar en una de estas universidades, por más humilde que fuera el origen de cada uno, era importante

**La crisis de los años 80, que luego se agravó con el *fujishock* de 1990, melló a la clase media**

---

17. N. Füller: *Dilemas de la femineidad. Mujeres de la clase media en el Perú*, PUCP, Lima, 1998, p. 30

18. J. Díaz-Albertini: *Nueva cultura de trabajo en los jóvenes de la clase media limeña*, Universidad de Lima, Lima, 2000, p. 9.

19. *Ibíd.*, p. 20.

para diferenciarse del resto y para habilitar el acceso a ciertos espacios para la construcción de redes sociales, políticas y económicas habilitantes de un mejor posicionamiento social –sobre todo en una década en la que estudiar en una universidad nacional significaba la estigmatización de ser «terruco» (terrorista)–. La aspiración de las clases emergentes es que sus hijos accedan a estos espacios para elevar su estatus y con él, el de toda la familia. En el último año, esta idea de estudiar en una universidad privada «para tener un empleo y poder vivir» ha chocado con la verdadera cara de la educación privada en el país: universidades privadas con bajos aranceles, que no aseguran una calidad educativa adecuada y cuyos títulos no garantizan un empleo digno, sino más bien empleos de sueldo mínimo o subempleo.

Este aspecto de la educación como un medio para ascender socialmente es criticado por algunos científicos sociales, quienes consideran que la clase media peruana ha traicionado su papel de líder natural de la nación en términos culturales y políticos, porque prefirió identificarse con la forma de vida de las elites en vez de formar un conjunto con las clases populares para dar forma a un proyecto alternativo de país<sup>20</sup>. La clase media más bien ha caído en el «simplismo», adecuándose a las políticas neoliberales de la economía nacional, como señala Eduardo Toche:

las clases medias peruanas no han podido cumplir sus roles y el resultado es ese andar a la deriva que invade los fueros íntimos de los peruanos (...). En su lugar, se han instalado el inmediatismo y la reducción de las redes sociales (...). También el sentido minimalista de sus demandas: la educación debe ser «práctica», casi reducida a enseñar un oficio o habilidades «para desempeñarse en la vida», como computación, idiomas extranjeros, entre otros, los cuales son necesarios, pero a todas luces insuficientes.<sup>21</sup>

### La estabilidad del neoliberalismo y las clases medias

Como escribió Carlos Adrianzén, la estabilidad del neoliberalismo peruano se basa en la conjunción de tres factores: la cohesión de las elites empresariales desde la década de 1980, el temor a las izquierdas y la renovación ideológica neoliberal promovida por Hernando de Soto<sup>22</sup>. Esta última hace hincapié en que las clases medias de ahora son ante todo

20. N. Fuller: «Las clases medias en las ciencias sociales», cit., p. 30.

21. E. Toche: ob. cit., p. 162.

22. C. A. Adrianzén: «Una obra para varios elencos. Apuntes sobre la estabilidad del neoliberalismo en el Perú» en *Nueva Sociedad* N° 254, 11-12/2014.

autoforjadas, producto de la inversión privada y del crecimiento económico, más que de políticas provenientes del Estado. En el marco de este nuevo lenguaje, el concepto de «emprendedor» refiere a quien inicia un negocio (sobre todo formal) para mejorar su calidad de vida y así acceder a la clase media o consolidarse en ella, contribuyendo así con la economía.

El empresariado agrupado en la Confederación Nacional de Empresarios Peruanos (Confiep) se ha vinculado principalmente a los partidos de derecha, financiando candidaturas en las elecciones presidenciales luego de la restitución democrática, tras la caída de la dictadura fujimorista. Esta intervención del grupo empresarial en la vida política, caracterizada por partidos débiles, ha favorecido la continuación de políticas económicas alineadas con las recetas del Banco Mundial<sup>23</sup>. Esto ha permitido el incremento de la clase media en los inicios del presente siglo; así, por ejemplo, un estudio de Ipsos señala que entre 2005 y 2014 la clase media peruana aumentó de 21% a 35% de la población total.

En la actualidad, la clase media peruana tiene la posibilidad de acceder a seguros de salud y educación, e incluso seguridad, privados. El incremento de la oferta de vivienda con la construcción de edificios y condominios es una muestra del crecimiento de la economía nacional que ha creado nuevos espacios de socialización, así como la proliferación de centros comerciales en las últimas dos décadas, muchos de ellos en las zonas periféricas de las ciudades (sobre todo en Lima) que antes eran consideradas como «conos».

En este pequeño balance, vemos cómo las diferentes formas de caracterizar a la clase media nos hacen cuestionar los parámetros que el Banco Mundial utiliza para definirla. Es evidente que los resultados macroeconómicos se distancian de lo que sucede con los aspectos socioculturales de cada una de las regiones de un país como el Perú, donde las desigualdades sociales son muy marcadas. ☒

---

23. En una entrevista, Fidel Jaramillo, representante del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), sostuvo que el aumento de la clase media en Perú se debió a la buena política macroeconómica del país, que le permite ser uno de los líderes en la reducción de la pobreza: «es necesario mantener sólidos esos fundamentos macroeconómicos y, además, promover el acceso a los bienes públicos claves (infraestructura y financiamiento) para desarrollar proyectos de inversión». F. Jaramillo: «Clase media y crecimiento en el Perú» en *Lampadia*, 2/6/2015.

# Reforma y emergencia de capas medias en Cuba

Mayra Espina

Las reformas en Cuba han ido modificando, bajo el efecto de crisis y cambios políticos, la tradicional estructura social del socialismo, basada en la centralidad del Estado como empleador y proveedor de bienes y servicios, y han favorecido formaciones sociales heterogéneas, con un ensanchamiento de las diferencias en el ingreso y en el acceso a bienestar. Cuba experimenta una transición socioestructural, lo que supone nuevas oportunidades y barreras para la inclusión social.

Se ha hecho un lugar común en la literatura sociológica, en el ámbito periodístico y en el discurso político en América Latina referir a la existencia, ampliación o retraimiento de las «clases medias» para juzgar la calidad y el rumbo de los cambios estructurales que fomentan diversas estrategias públicas<sup>1</sup>. Sacar de la pobreza a amplios sectores poblacionales y colocarlos en «situación media», en relación con el monto de ingresos superior en  $n$  veces a la canasta básica, suele considerarse como un factor explicativo de la legitimidad de diversas formaciones políticas en el gobierno. Pero también es común encontrar el argumento de que el crecimiento de sectores medios explica las derrotas electorales de partidos

---

**Mayra Espina:** es doctora en Ciencias Sociológicas. Trabaja como oficial nacional de programas en la Oficina de Cooperación Suiza en La Habana. Es profesora adjunta de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), sede Cuba, e integra el consejo editorial de las revistas *Temas* y *Cuban Studies* (Universidad de Harvard).

**Palabras claves:** capas medias, desigualdades, reforma, socialismo, Cuba.

1. Un análisis sobre estos usos puede encontrarse en Fernando Toyos: «Las capas medias y los procesos políticos post-neoliberales: los casos de Argentina y Venezuela» en *Acta Académica XI Jornadas de Sociología*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

de corte popular, debido a un cambio (hacia arriba) de las demandas y expectativas de las nuevas capas medias.

Un argumento positivo en favor del uso del enfoque de los sectores medios es el de su obviedad empírica. La historiadora Margarita López Maya escribió para el caso venezolano:

El concepto de capas medias en una sociedad es variable y no fácil de precisar. Sin embargo, es una realidad social que cuando uno la ve la reconoce. Los sectores medios son un grupo o conjunto diverso de grupos sociales que se caracterizan más allá de su nivel de ingreso —que suele ser superior al doble de la cesta básica—, entre otros rasgos, por una forma de vida, niveles de educación, hábitos de consumo, lugares de residencia, y por las relaciones sociales que establecen. (...) pueden ser sectores importantes para la convivencia pacífica y democrática, al introducir un colchón entre ricos y pobres y propiciar luchas por el respeto de derechos civiles, políticos, humanos, y por la calidad de vida en las ciudades donde viven.<sup>2</sup>

Pero la aplicación del enfoque de «medianía socioestructural» siempre suscita un debate metodológico, pues se considera de poca densidad teórica en términos de economía política y porque funciona como una especie de saco hondo donde caben disímiles situaciones sociales. Refiriéndose a la «clase media», el historiador Ezequiel Adamovsky considera que es una «categoría residual», cuyo contenido se delimita «menos por la propia unidad y consistencia del conjunto de personas que agrupa, que por los bordes de otras clases sociales de las que sí existen criterios objetivos de definición». En su criterio,

la mayoría de los trabajos que se ocupan de la clase media comienzan reconociendo la dificultad de definirla a partir de parámetros objetivos. Sin embargo, suelen pasar luego, rápidamente, a ofrecer una definición operativa *ad hoc* para presentar entonces los descubrimientos empíricos que explican cómo es esa clase o cómo lo fue en el pasado. La existencia misma de una clase media aparece como un dato obvio que no requiere demostraciones.<sup>3</sup>

Las críticas recorren cinco aspectos: uso sobreideologizado del concepto para legitimar o desacreditar actuaciones políticas; intercambiableidad de términos como equivalentes o sinónimos (capas, clases y

---

2. M. López Maya: «Capas medias y revolución» en *Aporrea*, 24/6/2007.

3. E. Adamovsky: «Clase media: reflexiones sobre los (malos) usos académicos de una categoría» en *Nueva Sociedad* N<sup>o</sup> 247, 9-10/2013.



sectores medios), lo que debilita el alcance conceptual; adjudicación *a priori* de condición de clase a ubicaciones socioestructurales medias que forman un conjunto muy heterogéneo sin comprobación, investigación mediante, de su real «calidad clasista»; descripción de rasgos de existencia similares para probar homogeneidad grupal sin comprobación comparada con los rasgos de otras agrupaciones sociales; identificación de sectores medios con «justo medio», lo que implica considerar, también *a priori*, que ejercen un balance positivo entre extremos de la estructura social y que su expansión representa mejoras de equidad, inclusión y democratización.

Sin embargo, se reconocen «condiciones de aplicabilidad científica» del enfoque de las «franjas medias»<sup>4</sup>, que exigen, mínimamente: a) definir con claridad los conceptos; b) entender los procesos y condiciones en los cuales emergen sectores medios y la diversidad de estos; c) comprobar sus posibles rasgos similares de existencia, distintos de los de otras agrupaciones, a partir de una metodología comparada; d) no adjudicar condición de identidad o actoral homogénea, infiriéndola como derivado causal del hecho de compartir algunos rasgos de existencia similares; e) evaluar el proceso de su constitución en términos

de avance o retroceso de equidad e inclusión, sin otorgar un valor positivo *a priori*.

**Este texto opta por el concepto de «capa» para analizar el proceso de formación en Cuba de una franja socioestructural media**

Siguiendo estas recomendaciones y teniendo como trasfondo la concepción de que el centro de estructuración de los sistemas de estratificación social son las clases, este texto opta por el concepto de «capa» para analizar el proceso de formación en Cuba de una franja socioestructural media. Definimos «capa» como un segmento social configurado a partir de uno o dos rasgos de la ubicación socioestructural compartidos

(ingresos, ocupación, por ejemplo), de los cuales se derivan algunas otras semejanzas en términos de *performance* social, pero que provienen, o a la vez forman parte, de clases sociales diversas.

En concreto, este análisis define las capas medias, en plural, como sectores caracterizados por ingresos estables superiores al nivel promedio (*n* veces por encima de la canasta básica, según el contexto) y la posesión

---

4. Aquí se asumen las advertencias metodológicas de Adamovsky (ob. cit.) sobre el concepto de clases medias y se utilizan también las críticas de sectores intermedios de José Jorrat: «Percepción de clase y percepción de desigualdad en la Argentina en un contexto internacional, con especial referencia a las clases medias» en E. Adamovsky, Sergio E. Visacovsky y Patricia B. Vargas: *Clases medias. Nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología*, Ariel, Buenos Aires, 2014.

de activos significativos para mejorar su ubicación socioestructural y su capacidad para generar ingresos monetarios directos o el acceso a bienes y servicios. Estos elementos permiten incrementar el consumo, diversificar y mejorar satisfactores de necesidades básicas y no básicas, y tomar previsiones (en forma de ahorros, propiedades y bienes) para mitigar posibles riesgos futuros. Se deriva de esto una mayor independencia para la satisfacción de las necesidades y el acceso al bienestar en relación con las prestaciones públicas, y la posibilidad de autonomía de elección de satisfactores.

El interés de aplicar este enfoque a Cuba resulta de la necesidad de encontrar claves de análisis de los cambios socioestructurales que han venido modificando, bajo el efecto de crisis y reformas, una estructura clásica del socialismo, basada en la centralidad del Estado como empleador y proveedor de bienes y servicios, hacia una formación social heterogénea, donde se verifica un ensanchamiento de las diferencias de ingresos y del acceso a bienestar, una diversificación de la calidad y cantidad de los bienes de consumo y la persistencia de brechas en la equidad, entre otras tendencias de cambio.

De hecho, este enfoque ya ha sido introducido en Cuba por diversos estudios con dos variantes fundamentales: a) como configuración de capas medias, aludiendo a formaciones intermedias de diferentes clases y capas sociales en relación con el ingreso y el acceso al consumo, indicador de incremento de desigualdades, y b) como emergencia de clases medias, en referencia fundamentalmente a la formación de un pequeño empresariado nacional<sup>5</sup>.

Pero también aplica aquí la crítica de que las investigaciones que amparan estas definiciones no han completado una caracterización integrada, multidimensional y comparada de los procesos que generan estas transformaciones sociales y, por tanto, no rebasan una evidente apreciación empírica de un ensanchamiento de desigualdades de ingresos.

Diversos obstáculos han impedido una investigación como esa: ausencia de estadísticas públicas sobre ingresos, consumo y condiciones de vida, y, no menos importante, la restricción de recursos financieros y de respaldo político de las instituciones académicas públicas para estudios *in situ* de escala macro sobre temas de desigualdad y otros afines. De esta forma, la mayor parte de las evidencias se construyen a partir de datos *proxy* y de estudios cualitativos y de casos, lo que ha limitado sus alcances e inferencias para la sociedad en su conjunto.

---

5. Ver M. Espina: «Viejas y nuevas desigualdades en Cuba. Ambivalencias y perspectivas de la reestratificación social» en *Nueva Sociedad* Nº 216, 7-8/2008 y Richard Feinberg: *Open for Business: Building the Cuban Economy*, Brookings Institution Press, Washington, DC, 2016, como ejemplos de la primera y la segunda variantes, respectivamente.

El análisis que presentamos en este artículo, afectado también por este tipo de limitaciones, intenta reunir argumentos en torno de la hipótesis de que Cuba experimenta una transición socioestructural hacia un «socialismo de capas medias», lo que supone oportunidades y barreras para la inclusión que exigen cambios en la política social. La intención es solo sugerir una agenda investigativa y alentar su abordaje desde «condiciones de aplicabilidad científica» de este enfoque.

### El contexto cubano: reestratificación social

La Revolución Cubana impulsó un proceso de «desestratificación social», ubicado entre 1959 y la segunda mitad de la década de 1980, entre cuyas evidencias más fuertes se destacan la eliminación de la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción y la formación de un sector de propiedad estatal que, hacia 1988, daba cuenta de alrededor de 96% de todo el empleo nacional; la disminución de la pequeña propiedad y la producción familiar mercantil urbana y rural; la caída sostenida de la desigualdad de ingresos y de la pobreza (0,24% y 6,6% respectivamente para 1984<sup>6</sup>). Todo ello fue sostenido por potentes políticas sociales universales en salud, educación y trabajo, entre otras<sup>7</sup>.

La década de 1990 se abre con una crisis que es producto en gran parte de la desaparición de la Unión Soviética y del campo socialista, con lo que Cuba quedó «descolgada» de sus vínculos con el mercado internacional<sup>8</sup>. De inmediato, las políticas sociales, aunque mantienen su carácter universalista hasta hoy, perdieron capacidad de inclusión y amparo, por falta de recursos y sostenibilidad económica y porque su preferencia casi absoluta por mecanismos de universalidad, ajenos a instrumentos complementarios focalizadores, lastró su alcance para atender la diversidad y las formas de vulnerabilidades particulares<sup>9</sup>.

Para gestionar esta crisis se introdujeron algunas novedades en la tradición del socialismo cubano, entre otras: incentivos para la atracción de

---

6. Andrew Zimbalist y Claes Brundenius: «Crecimiento con equidad en una perspectiva comparada» en *Cuadernos de Nuestra América* N° 1, 1989.

7. Un análisis de los cambios socioestructurales más significativos en esta etapa puede consultarse en M. Espina: *Políticas de atención a la pobreza y la desigualdad. Examinando el rol del Estado en la experiencia cubana*, Clacso, Buenos Aires, 2008.

8. Un análisis detallado de la crisis puede verse en Julio Carranza: «La crisis: un diagnóstico. Los retos de la economía cubana» en Bert Hoffmann (ed.): *Cuba: apertura y reforma económica. Perfil de un debate*, Nueva Sociedad, Caracas, 1995.

9. Referencias a logros y debilidades de la política social cubana pueden encontrarse en M. Espina: «Viejas y nuevas desigualdades en Cuba. Ambivalencias y perspectivas de la reestratificación social», cit.

capital extranjero y formación de empresas mixtas, especialmente en el sector turístico; ampliación del pequeño sector privado urbano (los llamados «trabajadores por cuenta propia»); entrega en usufructo de tierras estatales cultivables y autorización del envío de remesas desde el exterior. La crisis y las estrategias para enfrentarla movieron de inmediato los indicadores de inclusión: algunas investigaciones dan cuenta de un sector de pobreza urbana que alcanza cotas de 20% y un incremento del índice de Gini hasta 0,38 hacia inicios del siglo XXI<sup>10</sup>.

Como efecto de estas corrientes de cambio se produjo el ensanchamiento de brechas de equidad históricas, pero antes atenuadas, lo que visibilizó a los claros perdedores de la crisis: se agudizan diferencias en el acceso a ingresos y bienes en detrimento, sobre todo, de la población no blanca, las mujeres y las personas de la tercera edad, además de un marcado patrón territorial. Estos grupos aparecen sobrerrepresentados en los sectores pobres y subrepresentados en los sectores que brindan oportunidades más ventajosas para la obtención de ingresos: trabajo por cuenta propia o en empresas mixtas, sector turístico, campesinos y usufructuarios de tierras de alta productividad y acceso a mercados<sup>11</sup>.

Se acentúa también un proceso de migración campo-ciudad y desde territorios deprimidos hacia grandes ciudades y territorios con mayores oportunidades económicas, lo que se refleja en la regeneración de asentamientos informales y en la precariedad urbana<sup>12</sup>.

Con estos antecedentes, podemos entrar en el momento actual de reforma. Aproximadamente desde 2008 transcurre en Cuba el «proceso de actualización del modelo económico y social», denominado así por la dirección política del país, que técnicamente puede definirse como una reforma económica enfocada en mejorar el manejo de la crisis interna continuada, que nace en los años 90 y contiene periodos de mejoría y penurias hasta hoy, a la vez que propone rescatar una vía de desarrollo

## **Desde 2008 transcurre en Cuba el «proceso de actualización del modelo económico y social»**

---

10. Ángela Ferriol: «Ingresos y desigualdad en la sociedad cubana actual» en Manuel Menéndez (comp.): *Los cambios en la estructura socioclasista en Cuba*, Ciencias Sociales, La Habana, 2013.

11. Sobre perfiles de la pobreza en Cuba, v. M. Espina: «Viejas y nuevas desigualdades en Cuba. Ambivalencias y perspectivas de la reestratificación social», cit. y María del Carmen Zabala: *Familia y pobreza en Cuba. Estudio de casos*, Acuario, La Habana, 2010.

12. Sobre precariedad urbana y barrios marginales, v. Edel Fresneda y Ángela Peña: «Clase social y territorio en Cuba: miradas a los procesos de desigualdad socioclasista y espacial en la periferia habanera» en *Cadernos do Ceam. Panorama da realidade cubana* N° 5, 2013 y Pablo Rodríguez: *Los marginales de las Alturas del Mirador. Un estudio de caso*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2011.

y sustentabilidad económica para el proyecto socialista<sup>13</sup>. Del conjunto de cambios que emergen de la reforma o se asocian a ella, interesa aquí comentar aquellos directamente vinculados a la configuración de capas medias:

*Transformación del modelo económico*<sup>14</sup>. Este cambio puede considerarse la base del resto de las transformaciones sociales y económicas en curso, e incluye, entre otros, dos elementos claves para el tema que nos interesa: a) reconfiguración de la estructura de propiedad: se trata sobre todo de la apertura a actores económicos no estatales, como las cooperativas y trabajadores por cuenta propia en sectores seleccionados, y a la participación de capital foráneo. El rediseño del sistema de propiedad supone una modificación relativamente drástica de la configuración de los grupos sociales «legítimos» para el socialismo y la aceptación de una variante de socialismo multiactoral; b) cambio en la estructura del consumo: las reformas favorecen el consumo privado a través del mercado y la disminución de gratuidades y subsidios estatales universales, con la intención de elevar el peso de los incentivos hacia el trabajo y la productividad.

*Incremento de las desigualdades de ingresos*. La diversificación de las fuentes de empleo e ingresos y la entrada de las remesas han desplazado al salario en el empleo estatal como fuente principal de medios económicos y reducido su capacidad para cubrir el consumo familiar. Los ingresos medios de los llamados «agentes del sector no estatal», ocupados en el sector no estatal urbano (tanto empleadores propietarios como empleados asalariados y autoempleados), receptores de remesas, campesinos individuales, productores usufructuarios de tierras, cooperativistas agropecuarios y no agropecuarios y personas vinculadas a actividades informales suelen ser superiores a los de la mayor parte de los trabajadores estatales, a excepción, dentro de estos, de una franja de gerentes, directivos, especialistas y empleados del sector turístico.

La participación de los salarios en el total de ingresos familiares disminuyó de 56% a 46% entre la década de 1990 y el año 2016. El sector no estatal, que ocupa a 10% de la población, da cuenta de 30% del total

---

13. Para el análisis de la reforma se han utilizado los documentos del Partido Comunista de Cuba: *Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido y la Revolución*, La Habana, 2011; *Actualización de los Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido y la Revolución para el periodo 2016-2021*, La Habana, 2016 y *Conceptualización del Modelo Económico y Social Cubano del Desarrollo Socialista*, La Habana, 2017, y la *Constitución de la República de Cuba*, La Habana, 2019.

14. Sobre la transformación del modelo, v. Ricardo Torres: «La transformación del modelo económico cubano. Un balance y las nuevas propuestas» en R. Torres y Dayma Echevarría (comps.): *Miradas a la economía cubana. Un acercamiento a la «actualización» seis años después*, Ruth Casa Editorial, La Habana, 2017.

de ingresos de los hogares. Dentro de esto, los cuentapropistas constituyen 4% de la población y perciben 12% del total de ingresos. En el otro extremo están los beneficiarios del sistema de seguridad social, quienes concentran 13% de los ingresos de la población<sup>15</sup>.

Reflejando estos procesos, el coeficiente de Gini pasó de 0,38 a 0,40 desde la década de 1990 hasta la actualidad<sup>16</sup>. Estudios de caso han encontrado a emprendedores, entre los propietarios de paladares, arrendatarios y transportistas, que pueden obtener ingresos de hasta 20.000 CUC mensuales<sup>17</sup>. Las remesas, estimadas en alrededor de 2.500 millones de dólares anuales, llegan a 65% de la población, fundamentalmente a familias urbanas y en especial a personas blancas<sup>18</sup>.

*Cambio en el régimen de bienestar*<sup>19</sup>. La estrategia de reforma declara oficialmente que su modelo social es el «socialismo próspero y sostenible» y define como derechos fundamentales: trabajo, salud, educación, seguridad ciudadana, información, comunicación social, descanso, cultura, deporte, sistema de seguridad y asistencia sociales y vivienda decorosa, y pone énfasis en el «apoyo social a quien realmente lo necesita», lo que abre la posibilidad de un giro desde políticas universales de cobertura total hacia mecanismos de focalización. El acceso a la «prosperidad socialista» está muy intermediado por el nivel de ingresos, pues la reforma produjo un progresivo cambio en las relaciones Estado-mercado-sociedad, que desemboca en el paso de un régimen de bienestar estadocéntrico hacia otro familiarista, con un fuerte peso del mercado en la satisfacción de necesidades básicas y gestionado a partir del criterio de equidad social, con abandono paulatino de criterios distributivos igualitaristas. De esta manera, los ingresos individuales han ganado peso como condición de acceso al bienestar frente a

**Las remesas llegan a 65% de la población, fundamentalmente a familias urbanas y a personas blancas**

15. Ver Indira Galtés: «Desigualdad de ingresos en Cuba: ¿qué papel juegan los salarios?» en R. Torres Pérez y D. Echevarría León (comps.): ob. cit.

16. José Luis Rodríguez: «Las transformaciones económicas recientes en Cuba», ponencia presentada en la Feria Internacional del Libro, La Habana, 2016.

17. Daybel Pañellas: «Grupos de altos ingresos: dinámicas subjetivas», ponencia presentada en el Seminario Anual del CEEC, La Habana, 2016. Los CUC son los pesos convertibles, vigentes desde 1994. La cotización es 1 CUC = 1 dólar estadounidense.

18. Sobre monto de remesas y población que las recibe v., respectivamente, Katrin Hansing y Manuel Orozco: «The Role and Impact of Remittances on Small Business Development during Cuba's Current Economic Reforms» en *desigualdades.net*, 2014 y Carmelo Mesa-Lago: «Cuba: voces de cambio» en *Cuba Posible*, 2016.

19. Este cambio de régimen de bienestar ha sido descrito por A. Peña: «Regímenes de bienestar en Cuba. Notas para una discusión» en María del Carmen Zabala (comp.): *Debates actuales sobre política social. Cuba en el contexto de América Latina y el Caribe*, Flasco Cuba / Fundación Friedrich Ebert, 2017.

la disminución drástica de la distribución subsidiada de la canasta básica (que sigue siendo universal, pero insuficiente para cubrir las necesidades). Como paliativo, se introdujeron programas sociales con criterios de atención prioritaria a grupos vulnerables.

**Como paliativo,  
se introdujeron  
programas sociales  
con criterios de  
atención prioritaria a  
grupos vulnerables**

*Cambios en la percepción del bienestar.* Una pequeña indagación cualitativa ha preguntado a personas de diferentes estratos económicos urbanos acerca de su modelo de bienestar material (qué necesitan o desean para considerar que «viven bien»). El modelo mínimo, en el que confluyen todos los estratos, pero que es el máximo promedio para los grupos de menores ingresos, incluye un set de electrodomésticos (refrigerador, televisor de pantalla plana, algún tipo de dispositivo como laptop o tablet y celular), casa propia y comida abundante.

Pero también está presente una aspiración al bienestar mayor que incluye, como sus satisfactores icónicos, una casa grande y ubicada en un buen lugar, ocio y vacaciones de calidad (en Varadero o en el extranjero), cuidados profesionales para ancianos y niños (casas de abuelos, guarderías privadas), viajes de trabajo y placer, automóvil, acceso a alimentos de calidad y diversos (pescados, mariscos, aceitunas, aceites de oliva, productos dietéticos)<sup>20</sup>. Estas aspiraciones ya se satisfacen, íntegra o parcialmente, en algunos grupos entrevistados, especialmente en dueños de pequeños negocios, empleados del sector internacional y artistas, entre otros.

Llevando esos deseos y necesidades a su equivalente en términos del dinero que se necesitaría para satisfacerlos, se obtiene que el más modesto de esos modelos de bienestar requiere 8.000 CUP (pesos cubanos) mensuales por persona (alrededor de 300 CUC) para satisfacerlo. Se trata de un cálculo grueso, sin basamento de representatividad estadística, y no considera el tamaño del núcleo ni a personas con necesidades especiales<sup>21</sup>. Se requiere profundizar en diferentes grupos y territorios, pero ya arroja pistas sobre la presencia de un modelo de bienestar de capas medias urbanas, la distancia entre la realidad y los deseos y la brecha de insatisfacción presente en el país.

*Nuevas identidades emergentes.* Estudios sobre las subjetividades de grupos sociales en formación encuentran que el cuentapropismo refiere a «un

20. Informaciones extraídas de un estudio cualitativo en curso a escala local implementado por la autora de este ensayo, que indaga sobre modelos de bienestar para diversos grupos sociales (sujetos de grupos en desventaja y de aquellos que han rebasado los ingresos medios en diferentes estratos socioestructurales). Se realiza a través de muestras de confianza en cinco municipios del país: La Habana Vieja, El Cerro, Viñales, Santa Clara y Camagüey.

21. Nótese que el salario medio mensual para 2018 fue de 777 CUP (unos 30 CUC). *Anuario Estadístico de Cuba*, La Habana, 2019.

grupo que denota y connota». Los sujetos se autorreconocen como cuentapropistas principalmente a partir de no trabajar para el Estado y tener la posibilidad de satisfacer necesidades, mejor calidad de vida y solvencia económica. La pertenencia al grupo genera evaluaciones positivas como optimismo, satisfacción, realización, felicidad y aprecio. Negativamente evalúan la presencia de estrés y alta carga de trabajo. Son claras aspiraciones de mejoría: comprar un automóvil, ampliar el negocio<sup>22</sup>.

También se devela una tendencia a la naturalización de las desigualdades y de aceptación de que algunos grupos están condenados a la desventaja y no es posible hacer mucho más. En sentido positivo se identifica la presencia, en grupos de jóvenes (profesionales y del pequeño sector privado), de demandas de mayor participación en la toma de decisiones y de espacios de autonomía para desarrollar proyectos de beneficio comunitario, para el ejercicio de la economía social y solidaria y prácticas empresariales de responsabilidad social.

Una investigación de corrientes de movilidad entre los años 90 y primera década de los 2000 encontró que personas que habían ascendido en términos de ingresos, consumo y condiciones de trabajo y de vida adjudicaban sus avances al esfuerzo personal y el sacrificio, pero también consideraban como una pérdida de la sociedad cubana el aumento de las desigualdades sociales y de la pobreza, y deseaban contribuir a paliarlas<sup>23</sup>.

### **Cuba: capas medias en expansión y retos para la modernización de la política social**

Los seis procesos anteriores parecen indicar, sin mucho espacio para dudas y según los indicadores utilizados en este ensayo, que fluyen corrientes de movilidad social ascendente, asociadas a la reforma económica en curso y su antecesora de la década de 1990, que generan capas medias, caracterizadas por ingresos altos (para la media nacional) estables, autonomía para satisfacer necesidades básicas en relación con las políticas públicas, consumo superior, satisfactores de mayor calidad, aspiraciones que rebasan necesidades básicas, sectores de ocupación específicos.

---

22. D. Pañellas: «Reconfiguración de relaciones sociales: pistas desde cuentapropistas capitalinos» en Omar Everleny Pérez Villanueva y R. Torres Pérez (comps.): *Miradas a la economía cubana: análisis del sector no estatal*, Caminos, La Habana, 2015.

23. M. Espina y Viviana Togores: «Cambio socioestructural y rutas de movilidad en Cuba actual. Patrones, perfiles y subjetividades» en Jorge Domínguez et al. (coords.): *Desarrollo económico y social en Cuba. Reformas emprendidas y desafíos en el siglo XXI*, FCE, Ciudad de México, 2013.



En estas capas se incluyen franjas de la pequeña burguesía urbana (grupos de propietarios de micro, pequeños y medianos negocios privados, en régimen de economía de mercado, que emplean fuerza de trabajo adicional, familiar o no, y son ellos mismos trabajadores de sus negocios; autoempleados –propietarios de medios de producción, se emplean a sí mismos y, eventualmente, fuerza familiar–; trabajadores de la empresa mixta y extranjera; cooperativas no agropecuarias; campesinos privados y cooperativos; usufructuarios de tierras; especialistas, funcionarios, intelectuales, deportistas y artistas independientes vinculados a circuitos internacionales; trabajadores vinculados a la economía informal y el mercado negro; segmentos de ingresos no provenientes del trabajo: rentistas, beneficiarios de remesas).

Más allá de la constatación empírica de la existencia de esta corriente de movilidad social, definir un proceso de transición socioestructural hacia un «socialismo de capas medias» supone un debate sobre si tal tipo de sociedad es posible y si esa condición es legítimamente socialista, a diferencia de la sociedad obrerista. Una discusión similar tuvo lugar en los años 90, y varios analistas consideraron la posibilidad de que el cuentapropismo y los grupos de trabajadores vinculados a la economía mixta y el sector extranjero se convirtieran en sujetos restauradores del capitalismo<sup>24</sup>.

**Puede encontrarse  
un potencial  
modernizador  
socialista de las  
capas medias (frente  
a uno restaurador  
capitalista)**

De manera hipotética, este ensayo considera que, si bien los nuevos agentes económicos emergentes de la reforma cubana contienen potenciales de cambio contradictorios y diversos, cuyo devenir es aún abierto, el potencial de modernización socialista es significativo y su activación y despliegue máximo dependerá, en una medida relevante, de las políticas y de las relaciones Estado-sociedad. Sin espacio para profundizarlo y solo a modo de apuntes para investigación, puede encontrarse un potencial modernizador socialista de las capas medias (frente a uno restaurador capitalista) asociado, al menos, a cinco elementos vinculados a su configuración.

lista de las capas medias (frente a uno restaurador capitalista) asociado, al menos, a cinco elementos vinculados a su configuración.

- Heterogeneidad socioestructural alta: se trata de un conjunto de capas disímiles (por origen, vínculo con la propiedad de medios de producción y con el trabajo directo, fuente de ingresos) no de una clase, que difícilmente se convierte en un actor «denso», con intereses y demandas integradas, que deriven en presión política.

- Políticas sociales como factor de movilidad ascendente: el acceso a la situación de medianía depende en mucho de las políticas sociales de

---

24. V. los textos contenidos en Bert Hoffman (ed.): *Cuba: apertura y reforma económica: perfil de un debate*, Nueva Sociedad, Caracas, 1995.

inclusión social, que subsidian u ofrecen gratuitamente salud, educación, seguridad social y acceso a bienes culturales. De manera que se trata de grupos sociales especialmente favorecidos por el modelo socialista de redistribución, que complementa sus ingresos y los dota de activos para la movilidad ascendente.

- Presencia de sujetos colectivos: la franja de capas medias incluye sujetos como las cooperativas agropecuarias y no agropecuarias, así como un incipiente sector de MIPYME con enfoque de economía social o responsabilidad social, actores con intereses prosocialistas.

- Posible ampliación de grupos vinculados a la propiedad estatal: en perspectiva, el nuevo modelo económico de la reforma, si es exitoso, supone que arriben a esta franja grupos de obreros, especialistas, funcionarios y directivos de la empresa estatal y mixta, lo que fortalecerá dentro de ella sectores cuya ubicación depende del vínculo estatal.

- Predominio cualitativo de la propiedad social: las capas sociales no se configuran en un vacío, sino en un contexto de predominio de la propiedad estatal que conserva la hegemonía en la economía nacional. Cierro que este es un factor controversial, pues en la experiencia socialista cubana la propiedad estatal no ha sido eficiente y, por otra parte, se le cuestiona su real condición de «social», dada la reproducción de mecanismos de enajenación, debido a sus fallas de participación y sus debilidades para dotar de bienestar, vía ingresos, a los trabajadores<sup>25</sup>. No obstante, la reforma actual, al menos en teoría, declara el propósito de perfeccionar la propiedad social a través de la autonomía de las empresas estatales y la participación ciudadana en la toma de decisiones económicas y de una reforma salarial<sup>26</sup>. Este sería un factor crítico para el despliegue del potencial modernizador de las capas medias.

Desde el punto de vista práctico, esta nueva configuración socioestructural tiene un doble valor: en clave positiva, supone una mejoría en términos económicos de un segmento poblacional no calculado aún, pero que podría ubicarse en alrededor de 23% de la población<sup>27</sup>. La condición de autonomía de este segmento permitiría un rediseño de la política social

---

25. Para ahondar en las críticas al espacio laboral estatal en Cuba, v. José Luis Martín: «El trabajo en Cuba de 2018 a 2019. El tránsito posible y el necesario» en *Temas* N<sup>o</sup> 2/2019.

26. V. el artículo 20 del Título II «Fundamentos Económicos» de la nueva Constitución cubana, que refrenda la participación de los trabajadores en los procesos de planificación, regulación, gestión y control de la economía.

27. Esta estimación es solo con fines ilustrativos y fue calculada a partir de informaciones no oficiales (que aparecen en medios de prensa nacionales sin referencia a documentación estadística o estudios cualitativos) disímiles: cuentapropistas en actividades altamente lucrativas, turistas nacionales, personas que reciben remesas y las han utilizado para montar pequeños negocios (v. C. Mesa-Lago: ob. cit.), cooperativistas agropecuarios que producen productos de alta demanda, deportistas contratados en el extranjero, por ejemplo.

en términos de desplazarse hacia un universalismo crítico<sup>28</sup> o sensible a la diversidad. En el caso de Cuba, ello significa concentrar los alcances de mecanismos universales en bienes esenciales y que se anclan en la igualdad (educación y salud), y liberar recursos para la atención prioritaria de grupos vulnerables y el fortalecimiento de políticas sociales afirmativas que mejoren las posibilidades de incorporación a corrientes de movilidad social ascendente de grupos en desventaja.

La presencia dentro de segmentos de las capas medias de la igualdad como valor social y de posiciones en favor de la economía social y solidaria y de prácticas empresariales de responsabilidad social (que no tiene espacio jurídico claro en el país) indica también que existe un potencial de solidaridad y ciudadanía activa aún muy desaprovechado y que puede constituir un factor de desarrollo a escala local de fuerte impacto.

En la otra cara de la moneda, la movilidad social que conduce a estos segmentos sociales es muy selectiva y con un marcado patrón de éxito: hombres adultos maduros y personas blancas, con educación superior y capital social que facilite acceso a sectores económicos emergentes de propiedad pública o mixta, activos propios para colocarse en el mercado (casa, automóvil, remesas, ahorros) y una ubicación territorial en espacios de economía emergente. Estos recursos están inequitativamente distribuidos en la sociedad cubana, con lo cual se consolidan barreras de movilidad.

Todo apunta entonces hacia la necesidad de pasar a una política social de interrupción de condiciones de partida desventajosas, cuya lógica y herramientas suelen ser diferentes de las que usualmente ha implementado el socialismo cubano.

Cuba podría encontrar una posible inspiración en la propuesta de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) sobre políticas públicas pilares del desarrollo<sup>29</sup>:

- política fiscal de alto impacto redistributivo / fiscalidad proactiva, reformas fiscales progresivas, fiscalidad tributaria de gasto público socialmente sostenible;
- políticas económicas que impulsen a sectores y actividades intensivas en conocimiento, de demanda creciente, al tiempo que generan más y

---

28. Geydis Fundora argumenta la pertinencia de introducir en las políticas sociales cubanas el «universalismo crítico», entendido como un enfoque de políticas que parte de la necesidad de un horizonte de integración general, de acceso de la población total a derechos y beneficios, a la vez que reclama el reconocimiento de la diversidad, especialmente para asumir que condiciones de partida diferentes requieren acciones también diferentes para superar brechas de equidad. G. Fundora: «Configuración de políticas locales de promoción de equidad en la actualización del modelo de desarrollo cubano», tesis doctoral, Universidad de La Habana, 2018.

29. Cepal: *Pactos para la igualdad. Hacia un futuro sostenible. Documento del trigésimo quinto período de sesiones en Lima*, Naciones Unidas, Santiago de Chile, 2014.

mejor empleo; apoyo a las MIPYME, incluyendo cierre de brechas en innovación e infraestructura;

- políticas sociales «bisagra» de empleo productivo, protección social, educación y desarrollo de capacidades, atención a la infancia, acceso de la mujer al trabajo y creación de sistemas de cuidado.

Esto puede concretarse en una ampliación del espacio local para las políticas sociales que propicien acciones de equidad de base microcomunitaria, como servicios inclusivos afirmativos y de búsqueda del beneficiario, mecanismos de equidad financiera y finanzas inclusivas y solidarias (créditos, subsidios, proyectos micro), otros incentivos y apoyos sensibles a las desventajas para MIPYME, cooperativas y acceso a empleo ventajoso (como opciones de capacitación y formación que priorizan grupos vulnerables). Y, finalmente, fortalecer el potencial de la democratización y la participación ciudadana local directa, para mejorar la identificación de demandas de grupos vulnerables y la diversidad de necesidades y soluciones, e implementar presupuestos participativos, consultas públicas, referendos y espacios deliberativos locales. ☐

## ÍCONOS

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

Septiembre-Diciembre de 2019

Quito

Vol. xxiii Nº 65

### CONTROLES DEMOCRÁTICOS Y CAMBIO INSTITUCIONAL EN AMÉRICA LATINA

DOSSIER: Presentación del dossier, **Ana Gabriela Fernández, Johannes Waldmüller y Cristina Vega**. Desde la amenaza natural al desastre: una construcción histórica del terremoto y tsunami de 1960 en Saavedra, **Cristián Inostroza-Matus, Francisco Molina-Camacho y Hugo Romero-Toledo**. Habitando «no lugares»: subjetividad y capacidades familiares ante un desastre socionatural en Chile, **Luisa Rojas-Páez y José Sebastián Sandoval-Díaz**. Reubicación y procesos de territorialización en la Ciudad Rural Sustentable Nuevo Juan del Grijalva, **Martha Liliana Arévalo-Peña**. Afrodescendientes e indígenas vulnerables al cambio climático: desacuerdos frente a medidas preventivas estatales ecuatorianas, **Victoria Salinas, William Cevallos y Karen Levy**. Procesos de recuperación posdesastre en contextos biopolíticos neoliberales: los casos de Chile 2010 y Brasil 2011, **Juan Saavedra y Víctor Marchenzini**. TEMAS: La indiferencia hacia la democracia en América Latina, **Alejandro Monsivais-Carrillo**. «La época de los esclavos se acabó»: género y condiciones de trabajo en las empresas de limpieza en Argentina, **Lorena Capogrossi**. La vitivinicultura en Mendoza desde 1990: entre la globalización y el desarrollo regional, **Pehuén Barzola-Elizagaray y Anabella Engelman**. La independencia del banco central y su papel en el dominio del capital financiero sobre el Estado, **Matari Pierre Manigat**.

Íconos es una publicación cuatrimestral de Flacso-Ecuador, La Pradera E7-174 y Av. Almagro, Quito, Ecuador. Tel.: (593 2) 3238888. Correo electrónico: <revista iconos@flacso.edu.ec>. Página web: <www.revistaiconos.ec>.

# Bolivia: la clase media imaginada

Amaru Villanueva Rance

¿Se ha vuelto Bolivia, como otros Estados de la región, un «país de clases medias», gracias a las mejoras económicas? Esa dinámica ¿va más allá de los discursos? El abordaje de la pertenencia a las clases medias solo por cuestiones de ingresos es relativamente reciente. Y a las dificultades de clasificación, se suma en el caso boliviano una larga historia de «racialización» de las adscripciones sociales.

Los debates suscitados en torno de la clase media boliviana en el último tiempo podrían hacernos pensar que estamos ante una categoría cada vez más «llena», de la mano de un significativo en riesgo de quedar cada vez más «vacío». En su informe a la Asamblea Legislativa por el Día del Estado Plurinacional, el entonces presidente Evo Morales afirmaba que la clase media se había incrementado en más de tres millones de personas desde el comienzo de su gestión en 2006, hasta llegar a 58% de la población en 2017<sup>1</sup>. Sin invocar cifras, el ex-presidente Carlos Mesa parecía coincidir con la abrumadora magnitud de la clase media en el país, al caracterizarla como «árbitro del destino electoral» y «el interlocutor más importante de Bolivia»<sup>2</sup>. Por su parte, el entonces vicepresidente Álvaro García Linera esgrimía una subdivisión entre una «clase media

---

**Amaru Villanueva Rance:** es coordinador de proyectos en la oficina de Bolivia de la Fundación Friedrich Ebert (FES). Fue director del Centro de Investigaciones Sociales (CIS) y de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB). Actualmente cursa un doctorado en Sociología en la Universidad de Essex, acerca de discursos y prácticas en torno de las clases medias en Bolivia.

**Palabras claves:** clases medias, ingresos, Evo Morales, Bolivia.

**Nota:** una primera versión de este artículo apareció en *Bitácora Cultural* vol. 1 N° 1, 2019.

1. E. Morales Ayma: «Mensaje presidencial. Informe 12 años de gestión», Ministerio de Comunicación, 22/1/2018.

2. C. Mesa: «La clase media en la calle» en *Página Siete*, 28/1/2018.

tradicional» (decadente) y una «nueva clase media» (ascendente), lo que generaba el escenario para una lucha de clases 2.0<sup>3</sup>.

En medio de las declaraciones políticas, se sumaron varias voces al debate. Estaban quienes destacaban el perfil *clasesmediero* de las movilizaciones de diciembre de 2017 y febrero de 2018<sup>4</sup>; aquellos que reaccionaban críticamente frente a la «incitación»<sup>5</sup> del vicepresidente; otros cuestionaban los contornos económicos y culturales de la categoría en discusión. A Jorge Komadina le «olía raro» que la categoría se hubiera convertido «en algo gelatinoso como un molusco despojado de su caparazón» y rechazaba la idea de que se pueda pensar en ella como un sujeto político con una orientación ideológica marcada<sup>6</sup>. Por mi parte, destaqué que la clase media se había convertido en una categoría en disputa, apropiada por unos y criticada por otros<sup>7</sup>.

A juzgar por el número de voces que se sumaron al debate, podríamos decir que este llegó a su apogeo entre enero y febrero de 2018. Sin embargo, esta discusión se venía gestando hace ya algunos años y se inauguró con una controversia relacionada con la definición de la clase media a partir de la estratificación por ingresos. En abril de 2016, Gonzalo Colque cuestionaba el crecimiento de las clases medias registrado en el último Informe de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) de 2016<sup>8</sup> y tachaba de «ficticia» esta expansión, debido a que el grupo de ingresos medios bajos en realidad estaba compuesto en buena proporción por un «estrato medio vulnerable»<sup>9</sup>. También en respuesta a ese informe, la feminista Julieta Paredes consideraba que lo que se buscaba mediante estas categorías era despolitizar a la población, «creando un imaginario de desclasamiento»<sup>10</sup>. Casi dos años después, y frente a los sucesos más recientes, añadiría en una entrevista televisada que «no se ha ampliado la clase media, se han mejorado las condiciones del pueblo»<sup>11</sup>.

En este artículo pretendo distinguir tres elementos constitutivos dentro de esta serie de debates. En primer lugar, analizaré algunos datos

3 A. García Linera: «Asonada de la clase media decadente» en *La Razón*, 17/1/2018 y «Las clases medias en disputa» en *La Razón*, 18/2/2018.

4. Ivone Juárez: «El movimiento médico, una explosión de la clase media boliviana» en *Página Siete*, 7/1/2018; Susana Seleme: «Un Estado social en las calles» en *El Día*, 1/3/2018.

5. Érika Brockmann: «¿Clase media decadente? Desagravio urgente» en *Página Siete*, 19/1/2018.

6. J. Komadina: «Sin clases medias» en *La Razón*, 25/1/2018.

7. A. Villanueva Rance: «Las clases medias en disputa» en *Oxígeno*, 23/1/2018.

8. PNUD: *Informe Nacional sobre Desarrollo Humano en Bolivia. El nuevo rostro de Bolivia: Transformación social y metropolización*, PNUD, La Paz, 2015.

9. G. Colque: «La ficticia expansión de las clases medias» en *La Razón*, 25/4/2016.

10. J. Paredes: «¿Cuál clase media?» en *La Razón*, 21/8/2016.

11. Entrevista a J. Paredes en el programa *Con el pueblo en la piel*, Abya Yala, 25/3/2018.

económicos a partir de los cuales se construyen narrativas y esquemas para retratar la estructura social del país. En segundo lugar, ensayaré una breve genealogía de las categorías de estratificación por parte de actores políticos e institucionales involucrados en disputar sus contornos. En el final, abordaré las propiedades que frecuentemente se le atribuyen a la clase media, concebida como actor político, para intentar aproximarme al tema de fondo detrás de estas disputas, más allá de los cambios en la estructura socioeconómica del país.

### **La transformación socioeconómica: del dato al discurso**

Bolivia ha atravesado una serie de cambios socioeconómicos significativos durante la última década, uno de los cuales es la reducción en los niveles de pobreza extrema y moderada. De acuerdo con los últimos datos publicados por el Instituto Nacional de Estadística (INE), la pobreza se redujo de 59,9% en 2006 a 36,4% en 2017. Consecuentemente, el estrato de ingresos medios se habría incrementado de 35% a 58%. La expresión gráfica de estos umbrales (y sus respectivos cortes) sugiere que la distribución de ingresos ha cambiado en términos geométricos pasando de una forma clásicamente piramidal a una forma romboide, cuyo centro se ensancha por fuera de la base y la cima.

Un elemento de entrada en la discusión en torno de estos datos es la tendencia a enfocarse en el estrato medio como segmento consolidado y unitario. De forma análoga a la disgregación entre pobreza moderada y extrema, el estrato medio de ingresos también suele dividirse en dos segmentos. Dependiendo del analista encargado de la rotulación, la parte inferior del estrato en cuestión se puede etiquetar tanto como «de ingresos medios bajos» o como «clase media vulnerable», expresión que trasciende una clasificación netamente estadística. Estas sutiles pero significativas diferencias conceptuales nos dicen al menos dos cosas: en primer lugar, que la estratificación por ingresos es una aproximación que aún dista de estar estandarizada; en segundo lugar, que los debates no suelen generarse a partir de las cifras, sino de los segmentos y términos con los que se construye una narrativa de estructura social sobre la base de los datos disponibles.

En menor medida, existen discusiones técnicas acerca de los umbrales adecuados y de la metodología utilizada para construir un determinado indicador. La desigualdad económica ofrece un ejemplo sugerente de ello. De acuerdo con datos compilados por el Banco Mundial, el índice de Gini de Bolivia se redujo de 0,59 en 2005 (tiempo en el cual disputaba el primer lugar como el país más desigual del continente) hasta 0,45 en 2016, el último año para el cual se han publicado cifras. A





© Nueva Sociedad / Nico González 2020

**Nico González** nació en Santiago de Chile. Estudió Diseño Gráfico e Ilustración. Se dedica a la ilustración de manera formal desde 2011; ha trabajado para Fundación Neruda, Metro de Santiago y DerechosDigitales.org, así como para distintas agencias y publicaciones en Chile y el resto del mundo. Página web: <[plogaleria.com/nico-gonzalez/](http://plogaleria.com/nico-gonzalez/)>.



pesar de que esta medida aún sitúa al país en la tercera parte de los países más desiguales del planeta, hoy está a la par con Ecuador (0,45) y registra un menor nivel de desigualdad de ingresos que Brasil (0,51), Paraguay (0,48), Colombia (0,51) y Chile (0,48)<sup>12</sup>. Otras metodologías para medir la desigualdad de ingresos retratan su reducción en términos aún más dramáticos. Un grupo de economistas reportó recientemente que en 2005 el 10% más rico de la población generaba 128 veces más que el 10% más pobre y que hasta 2015 esta diferencia se habría reducido a 37 veces<sup>13</sup>. Ambas formas de retratar la desigualdad se basan en datos provenientes de la Encuesta de Hogares, pero está claro que originan narrativas distintas: en el primer caso, una reducción del indicador en cuestión de 31% y, en el segundo, de 346%.

Las causas frecuentemente invocadas para explicar la transformación socioeconómica en Bolivia son de breve enumeración: el crecimiento sostenido del PIB (cuyo promedio entre 2005 y 2016 supera el 5% anual); un incremento sustancial del salario mínimo nacional: de 440 bolivianos (unos 52 dólares) en 2005 a 2.060 bolivianos (294 dólares) en 2017, es decir, 468%; una pujante demanda interna; y una serie de transferencias directas, en forma de bonos y rentas<sup>14</sup>.

Muchas de las discusiones se han centrado más bien en cómo referirse a los sectores medios, ya sea en su conjunto o disgregados en subestratos<sup>15</sup>. Como respuesta a quienes les han atribuido estos cambios de manera casi exclusiva a las políticas del gobierno de Morales, algunos enfoques han propuesto que las transformaciones socioeconómicas son producto de trayectorias educativas y laborales que datan de décadas anteriores<sup>16</sup>. Otros han sugerido que la movilidad social

12. Los datos para Chile y Brasil son de 2015, ya que el Banco Mundial aún no ha registrado este indicador para 2016.

13. Darwin Ugarte Ontiveros, Rosangela Cruz Quisbert y Elío Alberto Colque: «El impacto de los programas de redistribución social sobre la desigualdad del ingreso en Bolivia», trabajo presentado en el II Congreso de Pensamiento Económico Latinoamericano, Asociación de Pensamiento Económico Latinoamericano, Cochabamba, 27 y 28 de octubre de 2016. Cifras semejantes también fueron circuladas por el gobierno en diversas oportunidades. De acuerdo con mis propios cálculos, sobre la base de datos registrados por el Banco Mundial, entre estos dos periodos el ingreso del 10% más rico en relación con el del 10% más pobre se habría reducido de 91 a 32 veces. La diferencia aún es notoria, pero la divergencia respecto a los anteriores cálculos nos remite a potenciales discrepancias en la metodología de cálculo.

14. Verónica Paz Arauco (coord.): *Inclusión social en Bolivia: avances y desafíos (2006-2014)*, Centro de Investigaciones Sociales, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, La Paz, 2017.

15. Fernanda Wanderley: «Nueva clase media y su vulnerabilidad» en *Página Siete*, 24/5/2018.

16. Carmen Rosa Rea Campos: «Complementando racionalidades: la nueva pequeña burguesía aymara en Bolivia» en *Revista Mexicana de Sociología* vol. 78 N° 3, 2016.

no ha sido estructural, y también han surgido preguntas relacionadas con la sostenibilidad de estas transformaciones<sup>17</sup>. Independientemente de mediciones y causas, parece existir un acuerdo generalizado en que la topografía social del país se ha transformado de manera significativa en la última década.

Retornando a la medición del segmento de ingresos medios, es importante mantener una discusión en mayor detalle acerca de cómo se delimita este estrato: se define como el grupo que vive por debajo del umbral alto de ingresos y por encima de la línea de pobreza moderada. Resulta cuanto menos llamativo que la línea de pobreza se calcule de forma indirecta pero razonablemente inductiva (como explicaré más adelante) y que el estrato alto de ingresos tenga una definición fija (como el 5% de la población con ingresos más elevados). El estrato medio de ingresos es la única categoría que se define de forma residual, mediante una resta de las anteriores dos de la totalidad de la población.

De acuerdo con la ubicación geográfica, la línea de pobreza se calcula sobre la base del ingreso necesario para cubrir las necesidades básicas (alimentarias y no alimentarias). En 2017, en el área urbana, esta cifra era de 766,70 bolivianos (110 dólares) por persona. Considerando que el salario mínimo ese año era de 2.000 bolivianos (285 dólares), implicaría que un hogar de dos personas (de las cuales solo una fuera asalariada) que genere este monto mensual sería parte del estrato medio de ingresos, categoría que en tiempos recientes se viene llamando «clase media». En este punto podríamos ponerle pausa a este disco y preguntarnos si consideramos coherente que una única categoría social incluya a arquitectos, abogados, vendedoras de mercado, porteros de edificio y otra serie de actores, independientemente de sus niveles educativos, seguridad ocupacional, patrones de consumo y aspiraciones de vida.

En el ámbito económico, varias medidas se han ensayado para definir el estrato medio de ingresos. A modo de ilustración del bajo consenso en torno de este tema, un compilado reciente de aproximaciones a las clases medias latinoamericanas incluye nueve artículos entre los cuales se distinguen seis definiciones distintas<sup>18</sup>. Por su parte, el Banco Mundial (2012) define la clase media como la población que genera ingresos de 10 a 50 dólares diarios, y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo

**El estrato medio de ingresos es la única categoría que se define de forma residual**

---

17. Mauricio Vasquez: «Bolivia debe crecer un 6% para mantener la clase media» en *El Deber*, 4/6/2018.

18. Jeff Dayton-Johnson (ed.): *Latin America's Emerging Middle Classes: Economic Perspectives*, Palgrave MacMillan, Londres, 2015.

Económicos (OCDE) la define como quienes generan entre 50% y 150% de la media estadística de ingresos en cada país. Pero incluso entre economistas, los umbrales de ingresos eventualmente resultan insuficientes para aproximarse al segmento objetivo. Mediante una construcción híbrida, en un estudio la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) incluye en esta categoría a personas en el estrato medio de ingresos, sumadas a personas del estrato bajo de ingresos, pero con «buenos» trabajos (asalariados en ocupaciones no manuales)<sup>19</sup>. En el intento de construir un «índice global» de clase media, incluso se ha llegado a postular que estaría compuesta por quienes integran un hogar con vehículo propio<sup>20</sup>.

Sin embargo, en perspectiva histórica, la derivación de las clases medias a partir de niveles de ingreso es un fenómeno relativamente reciente. Como argumentaré en la siguiente sección, una breve genealogía de categorías de estratificación nos permitiría distinguir sus orígenes dicotómicos (sobre la base de elementos raciales y étnicos), seguidos de una aproximación marxiana a las clases sociales (de base materialista y ocupacional), hasta desembarcar en mediciones económicas (de corte desarrollista).

### Imaginaros de la estratificación

A lo largo de su historia, el territorio que hoy comprende Bolivia ha sido escenario de enormes desigualdades, dependientes del ingreso, la ocupación, la etnicidad, el género y el área de residencia, entre otras intersecciones. Hablar de estratificación no solo nos remite a la realidad social, sino a los discursos a través de los cuales se retrata el país sobre la base de sus clivajes más marcados. Para aproximarnos a las categorías y los términos predominantes en distintos momentos de la historia moderna del país, debemos remitirnos a la imaginación política mediante la cual se esboza esta topografía social.

El historiador E. P. Thompson distingue entre nociones históricas de clase «reales» y empíricamente observables y aquellas que simplemente son una categoría analítica, que deviene en un planteamiento retrospectivo de clase que ocurre solo «dentro de nuestras propias cabezas»<sup>21</sup>. Para él, la «clase» debe ser vista como una categoría históricamente contingente. Refiriéndose a «protoluchas de clase» en Europa durante el siglo XVIII,

---

19. Rolando Franco, Martín Hopenhayn y Arturo León (eds.): *Las clases medias en América Latina, Siglo Veintiuno / Cepal*, Ciudad de México, 2010.

20. Uri Dadush y Shimelse Ali: «In Search of the Global Middle Class: A New Index», Carnegie Endowment for International Peace, Washington, DC, julio de 2012.

21. E. P. Thompson: «La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?» en *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1979.

afirma que «si el concepto de clase no estaba disponible dentro del sistema cognitivo de las personas [y estas] luchaban sus propias batallas históricas en términos de ‘estamentos’, ‘rangos’, ‘órdenes’»<sup>22</sup>, no estábamos en presencia de clases como tales, a menos que el concepto se reduzca a un tropo heurístico. La diseminación de ideologías igualitarias trajo consigo una serie de instituciones, partidos y discursos que harían mención explícita a las clases sociales en Europa durante el siglo XIX, pero que aún tardarían décadas en instalarse en Bolivia.

Visto de este modo, hablar de clases sociales no solo nos remite a una estructura social de un momento determinado, sino a una forma de interpretar esa estructura mediante categorías conceptuales. Entonces, correspondería preguntarse: ¿cómo se concebía la estructura social en Bolivia antes de la llegada de las categorías de clase marxistas al país? El clivaje quizá más profundo y duradero consiste en la clásica distinción entre «indios» y «no indios», diferencia racial institucionalizada durante el periodo colonial. La etnohistoriadora Olivia Harris destacaba que la categoría «indio» fue inicialmente establecida como una categoría tributaria y administrativa, mediante la cual se fijaban obligaciones de la población nativa hacia el Estado colonial (sin tomar en cuenta que se trataba de un grupo diverso y acaso internamente estratificado)<sup>23</sup>. A lo largo del siglo XIX, las diferencias entre indios y mestizos criollos se consolidaron como raciales y culturales. A la vez, surgieron grupos que desestabilizaban la dicotomía racial: artesanos y obreros urbanos formaban parte de un segmento medio indeterminado pero aún fuertemente ligado a la población indígena. Estos dieron paso a la configuración de polos de mestizaje (criollo e indio), que a su vez generaron categorías de hibridez subalterna, como la del «cholo». A causa de la alta correlación entre estatus étnico y ocupacional, Harris propuso que la dinámica entre «indios» y «mestizos» solo se *aproximaba* a la relación entre clases sociales. Desde entonces y hasta la segunda mitad del siglo XX, la categoría «indio» iría crecientemente acompañada de participación limitada en el mercado, altos niveles de pobreza y trabajo agrario-rural de subsistencia.

**La categoría «indio» fue inicialmente establecida como una categoría tributaria y administrativa**

---

22. *Ibíd.*

23. Entre las categorías de subestratificación figuran aquellas relacionadas con el lugar de origen, residencia, tenencia de propiedad y tipo de ocupación, entre ellas *qamiris*, «originarios», «forasteros» y «yanaconas». O. Harris: «Ethnic Identity and Market Relations: Indians and Mestizos in the Andes» en Bruce Larson, O. Harris y Enrique Tándeter (eds.): *Ethnicity, Markets, and Migration in the Andes: At the Crossroads of History and Anthropology*, Duke UP, Durham, 1995.

Si bien los discursos de estratificación más adelante gravitarían hacia un imaginario de clases sociales, no darían fin a la distinción dicotómica entre «indios» y «no indios». Este esquema encontraría eco, por ejemplo, en la ya conocida división que para el indianista Fausto Reinaga perduraba entre las «dos Bolivias»<sup>24</sup>. En este sentido, los discursos en torno de la estructura social pueden verse como una serie de continuidades solapadas, cuyos clivajes entran y salen de uso en los lenguajes político e intelectual predominantes en distintas épocas.

Las aproximaciones que hacían uso explícito de la clase social como categoría llegaron a Bolivia con cierto rezago. El socialismo tuvo una llegada embrionaria al país a mediados del siglo XIX, como consecuencia de ideas igualitarias que se fueron irradiando desde Europa. Por ejemplo, en 1855 el presidente Manuel Isidoro Belzu predicaba su ideología basada en una contraposición entre las «masas populares» y la «oligarquía»<sup>25</sup>. Pero el socialismo y el marxismo recién se empezarían a instalar en Bolivia a principios del siglo XX, con la fundación efímera del Partido Socialista en 1914, seguido del Partido Obrero Socialista (POS) en 1919. Más adelante se fundaría un nuevo Partido Socialista en 1927<sup>26</sup>, lo que marcó el asentamiento de estas ideas en el país como parte del sistema de partidos. En las siguientes décadas, tanto el Partido de Izquierda Revolucionaria (fundado en 1939) como el Partido Obrero Revolucionario (POR, fundado en 1935) continuaban refiriéndose al «problema del indio», pero iban más allá de los clásicos términos racializados de este debate al demandar que los campesinos formaran una vanguardia revolucionaria en coalición con trabajadores y clases medias<sup>27</sup>. Para ese entonces, con el término «clase media» se hacía referencia difusamente a criollos y mestizos urbanos, en ocupaciones no manuales y con cierto nivel educativo; en resumen, una serie de atributos capaces de demarcarlos claramente de los sectores populares.

La Revolución Nacional de 1952 no fue tanto el inicio como el desenlace de una serie de cambios profundos en las ideas políticas acerca de la composición social y étnica del país. Para ese entonces, el esquema predominante durante la época colonial se había reemplazado con otro modelo postulado ya no en términos raciales, sino ocupacionales. El clivaje principal propuesto por el Movimiento Nacionalista Revolucionario

24. F. Reinaga: *Revolución india*, Fundación Amáutica Fausto Reinaga, La Paz, 1969.

25. Andrey Schelchkov: *La palabra «socialismo» en Bolivia, siglo XIX*, Centro de Investigaciones Sociales, La Paz, 2016.

26. A. Schelchkov y Pablo Stefanoni: *Historia de las izquierdas bolivianas: archivos y documentos (1920-1940)*, Centro de Investigaciones Sociales, La Paz, 2016.

27. Herbert S. Klein: *A Concise History of Bolivia*, 2ª ed., Cambridge UP, Nueva York, 2011.

(MNR) se esgrimía entre la «oligarquía» (ligada a la «rosca minero-feudal», es decir la «antinación») y el «pueblo» (de composición tripartita, formado por clases medias, obreros y campesinos).

Luego de haber sido agrupados bajo la categoría racial de «indios», los pobladores del campo (sobre todo en tierras altas) se convirtieron gradualmente en «campesinos», con independencia de su origen étnico. El proyecto nacionalista implicaba una marcha inexorable hacia la asimilación ciudadana, de la mano de una reforma agraria y educativa y del sufragio universal. La revolución aspiraba a llevar adelante un proyecto de unificación en torno del mínimo común denominador del mestizaje. Este giro discursivo intentaría apartar las categorías de raza y etnicidad como ejes organizadores de la estructura social del país. El énfasis en la categoría social de campesinado tuvo como efecto implantar la clase social (*qua* ocupación) como parte central en el esquema de estratificación oficial. Esta consiguió su más clara cristalización en la Central Obrera Boliviana (COB), que agrupaba a sectores obreros y campesinos. ¿En qué momento entonces se comienza a concebir la clase ya no en términos de categorías ocupacionales sino de niveles de ingreso?

**¿En qué momento se comienza a concebir la clase en términos de niveles de ingreso?**

En 1982, tras 18 años de dictaduras militares, la hiperinflación y la crisis económica eran algunos de los desafíos más serios que debían enfrentar los nuevos gobiernos elegidos democráticamente. Al igual que los de muchos otros países en busca de salida a sus adversidades económicas, el gobierno de Víctor Paz Estenssoro cedió frente a la presión para aceptar un programa de ajuste estructural, como parte de lo que más tarde se conocería como Consenso de Washington. Los diez condicionamientos impuestos para el rescate financiero involucraban una serie de medidas que podrían resumirse en un cóctel de austeridad, privatización y liberalización económica. Crucialmente, suponían el «reordenamiento de las prioridades del gasto público», lo que incluía el redireccionamiento de subsidios hacia la provisión de servicios ostensiblemente «propobre» y «procrecimiento»<sup>28</sup>. Este último punto es central en esta breve genealogía, pues sugiere que las prescripciones estaban predicadas sobre la base de la generación de condiciones económicas que ayudaran a los Estados no solo a salir de su situación de crisis y endeudamiento, sino a mejorar las condiciones de vida de un segmento definido a partir de su nivel de ingresos, y bajo el monitoreo continuo de organismos multilaterales. Como relata Jason Hickel, el discurso predominante acerca de

---

28. John Williamson: «A Short History of the Washington Consensus», Fundación CIDOB, Barcelona, 2004.

la pobreza solo se remonta a 1990, por la línea de base utilizada por los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), o incluso a 1981, cuando el Banco Mundial publicó sus primeras estadísticas económicas<sup>29</sup>.

El primer estudio de distribución de ingresos en Bolivia fue realizado por la Misión Musgrave en 1975. En 1979, el Programa Regional de Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC) actualizaría esta estimación al incluir datos del censo de 1976. En la década de 1980, Rolando Morales publicó junto con sus colaboradores un estudio pionero que, combinando la distribución de ingreso con un umbral de ingresos mínimos, fue el primero que se propuso dimensionar a la población pobre e indigente<sup>30</sup>. En la década de 1990 llegarían estudios en mayor profundidad<sup>31</sup> que combinaban formas directas (necesidades básicas insatisfechas, NBI) e indirectas (línea de pobreza, LP) para medir la pobreza. Luego de la realización del censo de 1992, uno de los estudios más relevantes de este periodo<sup>32</sup> también basó buena parte de su enfoque en las NBI. No se llegó a un consenso respecto a las mediciones de la pobreza, que seguirían ensayándose por un tiempo; incluso años más tarde documentos oficiales usaban un enfoque con tres líneas de pobreza: extrema, moderada baja y moderada alta, sobre la base de una aproximación<sup>33</sup> que al día de hoy comienza a caer en desuso. La pobreza se había convertido en un objeto técnico de estudio, útil para el seguimiento y la evaluación de la incidencia de políticas públicas, sin señales de que pudiera concebirse como una categoría social con atributos culturales o políticos.

La etapa neoliberal incluyó la implantación de un nuevo tropo acerca de la desigualdad social basado en la estratificación a partir de niveles de ingreso. De forma posterior, también se instalaron mediciones de pobreza

29. El economista Martin Ravallion observó en 1990 que las líneas de pobreza de muchos de los países más pobres convergían cerca de 1,02 dólares estadounidenses. Siguiendo su recomendación, el Banco Mundial adoptó este umbral de pobreza absoluta como primera línea internacional de pobreza (IPL). Esta medida permaneció hasta 2008, cuando el Banco Mundial la cambió por 1,25 dólares a niveles de paridad de poder adquisitivo (PPA) de 2005, y nuevamente en 2015 a 1,90 dólares, sobre la base de una PPA ajustada a 2011. Lo que puede resultar sorprendente de semejantes ajustes técnicos es que, de la noche a la mañana, cientos de millones de personas en todo el mundo entran y salen de la pobreza mediante una extraña alquimia estadística, sin la más mínima modificación material en sus condiciones de vida.

30. R. Morales, Ana María Aguilar y Guido Pinto: *Desarrollo y pobreza en Bolivia: análisis de la situación del niño y la mujer*, Unicef, La Paz, 1984.

31. PNUD: «La pobreza en Bolivia», PNUD, La Paz, 1990.

32. Ministerio de Desarrollo Humano: *Mapa de pobreza: una guía para la acción social*, INE / UDAPSO / UPP, La Paz, 1995.

33. UDAPE: «Pobreza y desigualdad en municipios de Bolivia: estimación del gasto de consumo combinando el Censo 2001 y las Encuestas de hogares», UDAPE / INE, La Paz, 2003; James Foster, Joel Greer y Erik Thorbecke: «A Class of Decomposable Poverty Measures» en *Econometrica* vol. 52 N° 3, 1984.

y desarrollo humano que incorporaron carencias relacionadas con la educación, la salud y el nivel de vida<sup>34</sup>. Esto no quiere decir que los imaginarios de composición social sobre la base de vectores étnicos u ocupacionales desaparecieran del radar; simplemente fueron desplazados gradual e imperceptiblemente dentro de los discursos institucionales predominantes. La transposición más significativa estaba basada en la suplantación de la clase como función de alguna categoría ocupacional por la clase como función del nivel de ingresos.

Para plantearlo de manera más constructivista (pero quizá no tan constructiva), podría decirse que la pobreza, como hoy la conocemos en Bolivia, «se inventó» en la primera mitad de la década de 1980. No me refiero, por supuesto, a la hambruna ni a formas diversas de precariedad que plagan la historia de la humanidad hasta el día presente, sino a un discurso capaz de medir y monitorear este fenómeno a partir de un determinado nivel de ingresos. Tampoco es mi intención detenerme en un repaso de la pobreza y su medición; si la menciono en estos párrafos es debido a que está íntimamente relacionada con el tema que nos concierne: los estratos medios. Dada la enorme preponderancia de la pobreza como proporción de la población (más allá de los métodos de medición), los estudios de estratificación antes mencionados se enfocaban de forma casi exclusiva en esta categoría.

Esta tendencia es corroborada explícitamente por el Informe de Desarrollo Humano de 2010: «en el estudio de los problemas sociales en esas décadas se privilegió el análisis de la pobreza al margen de las estructuras sociales»<sup>35</sup>. Este estudio rompe con las tendencias anteriores al retratar cómo, entre 1999 y 2007, el país atraviesa un punto de inflexión en el cual el estrato medio de ingresos sobrepasa por primera vez la tercera parte de la población nacional, hecho que cataliza un análisis más detenido acerca de este sector. Y silenciosamente nace con la pobreza su gemela siamesa llamada «estrato medio de ingresos», a partir de la cual hoy se ha derivado una «clase media» como segmento socioeconómico. Un segundo punto de inflexión ocurriría entre 2010 y 2012, cuando este mismo estrato sobrepasó la mitad de la población, hasta llegar a 58% en 2017.

### **La pobreza, como hoy la conocemos en Bolivia, «se inventó» en la primera mitad de la década de 1980**

34. El IPH-1 fue adoptado por el PNUD en 1998 y, posteriormente, fue reemplazado con el índice de pobreza multidimensional en 2010.

35. PNUD: *Informe Nacional sobre Desarrollo Humano en Bolivia. Los cambios detrás del cambio. Desigualdades y movilidad social en Bolivia*, PNUD, La Paz, 2010.



## Las clases medias como circunscripción imaginada

La genealogía conceptual ensayada en la anterior sección se ha enfocado principalmente en discursos políticos e institucionales. Si bien estos pueden tener una relación iterativa (y hasta recíproca) con formas de autoidentificación<sup>36</sup>, en el fondo no llegan a retratar cómo las personas viven las relaciones de pertenencia, estatus y desigualdad en sus vidas cotidianas y en sus propios términos. Una pregunta central para cualquier esquema de estratificación consiste en preguntarse si «las categorías constitutivas son entes únicamente nominales, o si tienen un significado real para las personas involucradas»<sup>37</sup>. Yendo aún más lejos, Thompson argumentaba que «la clase [social] es definida por los hombres tal y como viven su propia historia y, al final, esta es la única definición»<sup>38</sup>. Tratándose de subjetividades fragmentarias, considero que no existe una aproximación metodológica que pueda ofrecer una explicación generalizada de lo que significa hoy la clase social en Bolivia, en especial sobre la base de sus dimensiones socioculturales. Sin embargo, existen datos que nos pueden dar un par de hilos a partir de los cuales empezar a desenredar esta madeja.

La Encuesta Mundial de Valores (EMV), realizada por primera vez en el país en 2017, reporta que 69% de los bolivianos se autoidentifica como clase media<sup>39</sup>, un porcentaje aún más alto que el segmento de ingresos medios (58%), que ya sobredimensionaría el tamaño de la clase media<sup>40</sup>. Sería un exceso suponer que el porcentaje refleja identidades internalizadas, en tanto no surgen de una autoidentificación espontánea, sino como respuestas a una encuesta con categorías predefinidas. De todos modos, es sugerente que la cifra (aun tomando en cuenta el margen de error) sea tan elevada en relación con el promedio mundial (57%), o en comparación con otros países de la región, entre los cuales figuran Perú (55%), Argentina (60%)

36. Ian Hacking: «Between Michel Foucault and Erving Goffman: Between Discourse in the Abstract and Face-to-Face Interaction» en *Economy and Society* vol. 33 N° 3, 2004.

37. David B. Grusky: «The Past, Present, and Future of Social Inequality» [2004] en D.B. Grusky (ed.): *Social Stratification: Class, Race and Gender in Sociological Perspective*, Westview Press, 2014.

38. E. P. Thompson: *The Making of the English Working Class*, Vintage Books, Nueva York, 1963, p. 11. [Hay edición en español: *La formación histórica de la clase obrera*, Laia, Barcelona, 1977].

39. Este número se disgrega en 66% para la población adulta (19% como «clase media alta» y 49% como «clase media baja») y 78% entre los jóvenes encuestados (de 12 a 17 años; 36% como «clase media alta» y 42% como «clase media baja»). Debe tomarse a la población adulta como segmento de referencia para los demás países de la región, para los cuales no existen datos de una encuesta realizada a jóvenes.

40. De acuerdo con el Banco Mundial, en 2013 70% de los alteños se autodefinían como clase media. Banco Mundial: «Bolivia: poco a poco construyendo una nueva clase media», <[www.bancomundial.org/es/news/feature/2013/10/24/Bolivia-poco-a-poco-construyendo-una-nueva-clase-media24/10/2013](http://www.bancomundial.org/es/news/feature/2013/10/24/Bolivia-poco-a-poco-construyendo-una-nueva-clase-media24/10/2013)>, 24/10/2013.

y Brasil (40%)<sup>41</sup>. Este es un dato que amerita un estudio más detallado, pero pueden esbozarse algunas explicaciones: la estigmatización que hoy acarrea pertenecer a uno de los extremos del espectro social en Bolivia, los componentes fuertemente aspiracionales relacionados con la pertenencia de clase y la marcada trayectoria de ascenso socioeconómico de quienes han percibido un cambio marcado respecto a una previa situación de subalternidad. Me aventuro a decir que, más allá de las categorías de clase que recurrentemente afirman aquellos actores involucrados en esta disputa discursiva (políticos, instituciones, intelectuales) para referirse a terceros, los esquemas cognitivos que configuran la vida cotidiana de las personas pasan por otros vectores identitarios relacionados con el estatus social. Este se conjuga mediante componentes diversos: fenotípicos, de vestimenta, educativos, geográficos, culturales e incluso ligados al apellido. Entonces, ¿en qué queda este concepto gelatinoso? A riesgo de que se diluya (o incluso de que se evapore), podríamos acercarlo a los debates coyunturales en Bolivia a partir de una aproximación tradicional, como un grupo socialmente diferenciado cuyos miembros comparten intereses económicos tendientes a ser reflejados en orientaciones políticas.

El debate clásico en torno de las clases medias latinoamericanas se inaugura con la publicación del libro *Political Change in Latin America: The Emergence of the Middle Sectors*, de John J. Johnson<sup>42</sup>. Partiendo de un examen de tendencias políticas de la primera mitad del siglo XX, el autor argumentaba que «grupos intermedios» de la región habían comenzado a cambiar su orientación política, pasando de ser clientelas de viejas elites a formar nuevas alianzas o «amalgamas» con «elementos trabajadores»<sup>43</sup>. Proponía que este viaje alteraría el equilibrio de poder y traería consigo el potencial para transformaciones progresistas. Investigadores como Fredrick Pike cuestionaron más adelante las premisas de este enfoque, argumentando que las clases medias chilenas continuaban ligadas a las elites por sus aspiraciones de consumo y pertenencia, y que habían erigido una barrera psicológica que les impedía tener una alianza genuina con la clase trabajadora<sup>44</sup>. Por su parte, Pike

**El debate se inaugura con el libro *Political Change in Latin America: The Emergence of the Middle Sectors*, de John J. Johnson**

---

41. Datos tomados de la sexta ola de la EMV (2010-2014), dado que no existen aún datos consolidados para la séptima ola, todavía en curso (2016-2020).

42. Stanford UP, Stanford, 1958. [Hay edición en español: *La transformación política de América Latina. El surgimiento de los sectores medios*, Hachette, Buenos Aires, 1961].

43. Es sugerente que Johnson haya evadido deliberadamente referirse a las «clases» sociales en su análisis, dado su agnosticismo respecto a estas categorías, que incluso en su tiempo eran objeto de disputas discursivas.

44. F. B. Pike: «Aspects of Class Relations in Chile, 1850-1960» en *The Hispanic American Historical Review* vol. 43 N° 1, 1963.

también dudaba de la solidez de las nuevas alianzas entre sectores, notando la tendencia de la clase media a sentirse incómoda frente al poder creciente de las masas urbanas y rurales<sup>45</sup>. Observó que, en el caso brasileño y velando por su estabilidad, las clases medias fueron aquiescentes frente a los gobiernos militares e incluso llegaron a apoyar abiertamente los golpes de Estado. No obstante, se instaló un debate en torno de las clases medias y su rol político en la región. A través de su expansión, se pensaba que jugarían un papel cada vez más importante en dirimir la tensión entre los intereses polarizados de las elites y los grupos subalternos. Existía un relativo consenso acerca de la creciente importancia electoral de este segmento, pero cierta ambivalencia respecto a los resultados políticos que traería. Samuel P. Huntington llegó a ver en las clases medias un potencial revolucionario, pero predijo que a medida que envejecen, también se tornan más conservadoras<sup>46</sup>.

En otras partes del mundo, la relación entre clase social y orientación política (medida a través del voto) fue estudiada con vigor desde la década de 1950. Estudios tempranos percibían una clara tendencia a que los trabajadores manuales votaran por partidos de izquierda<sup>47</sup>, pero en años recientes se ha sumado la evidencia empírica de que esta tendencia está en descenso, al menos en democracias occidentales<sup>48</sup>. Se han propuesto varias explicaciones para ello, incluyendo cambios en los tamaños relativos de las clases sociales (generalmente definidas ocupacionalmente) y en sus atributos económicos (con una decreciente correlación entre nivel de ingresos y tipo de ocupación). Adicionalmente, un cierto grado de convergencia y dispersión entre las propuestas sociales y económicas de los partidos a lo largo del espectro político ha hecho más difícil una separación sencilla entre partidos de «izquierda» y de «derecha». Además de transformaciones complejas en la oferta política y la demanda ciudadana, la cuestión latente de la heterogeneidad dentro de las categorías de clase (medidas a partir del ingreso) es quizá la más relevante para las discusiones contemporáneas en Bolivia.

Si bien es posible aglutinar dentro de la «clase media» (o cualquier otro rótulo) a quienes pueden satisfacer sus necesidades básicas (alimentarias y no alimentarias), me es difícil imaginar una serie de intereses comunes entre los supuestos integrantes de este club sin membresía. Si suponemos

---

45. Charles Wagley: «The Dilemma of the Latin American Middle Classes» en *Proceedings of the Academy of Political Science* vol. 27 N° 4, 1964.

46. Samuel P. Huntington: *Political Order in Changing Societies*, Yale UP, New Haven-Londres, 1968. [Hay edición en español: *El orden político en las sociedades en cambio*, Paidós, Barcelona, 1990].

47. Robert Alford: *Party and Society: The Anglo-American Democracies*, Greenwood Press, Westport, 1963.

48. Giedo Jansen, Geoffrey Evans y Nan Dirk de Graaf: «Class Voting and Left-Right Party Positions: A Comparative Study of 15 Western Democracies, 1960-2005» en *Social Science Research* vol. 42 N° 2, 2013.

que está compuesto por cerca de 58% de la población, sería una perogrullada creer que en términos numéricos pueda concebirse como «árbitro del destino electoral». O más que una perogrullada, considero que la clase media se refiere a una aglutinación expansiva acompañada de un significante cada vez más vacío. Este grupo incorpora fácilmente a una serie de actores con diversas modalidades ocupacionales (servidores públicos, contrabandistas, transportistas, médicos, campesinos coccaleros, etc.), en cuyos intereses es más fácil encontrar relaciones de conflicto que de armonía.

Incluso en el intento de distinguir entre una clase media «tradicional» y una «nueva», la distinción no es estrictamente equivalente a los sustratos del estrato medio de ingresos «altos» y «bajos» o «vulnerables». El clivaje popular/tradicional ciertamente es de relevancia, a pesar de corresponder a un imaginario de estratificación que se aproxima a un constructo multidimensional (digamos, de corte bourdiano), antes que a un concepto de clase concebido en relación con el nivel de ingresos. En un intento de dotar de sustancia a cada sustrato, se podría intentar definir su composición a partir de trayectorias sociales mediante las cuales grupos determinados ganan, mantienen o pierden formas de privilegio y distinción.

Un tarea pendiente para la investigación social en Bolivia consiste en dimensionar empíricamente a estos grupos. A pesar de que existen importantes avances cualitativos en la caracterización de los grupos en ascenso<sup>49</sup>, no he podido detectar una aproximación semejante a grupos relacionados con una «clase media tradicional». Es de interés particular comprender hasta qué punto un clivaje de este tipo puede sostenerse inductivamente, sobre la base de vectores étnicos, ocupacionales y educativos, como punto de contraste con la estratificación por ingresos. Un siguiente paso consistirá en investigar en qué medida los grupos en cuestión tienen intereses contrapuestos.

Es previsible que transformaciones tectónicas en la estructura social encuentren expresión en sucesos como aquellos suscitados en el centro comercial MegaCenter a principios del año 2015, con la llegada de residentes alteños al barrio de Irpavi, percibida por algunos habitantes de esa región acomodada de La Paz como una suerte de invasión plebeya posibilitada por el teleférico. En este escenario, las pulsiones reaccionarias se exacerban en la medida en que algunos grupos se sienten invadidos o desplazados. A pesar de periódicas tensiones de este tipo, considero que no se presenta necesariamente el escenario para una «lucha de clases», al menos en su sentido clásico. La disputa no es por los medios de producción, sino por los espacios

**Es difícil imaginar una serie de intereses comunes entre los supuestos integrantes de este club sin membresía**

---

49. C.R. Rea Campos: ob. cit.; Nico Tassi, Alfonso Hinojosa y Richard Canaviri: *Economía popular en Bolivia: tres miradas*, Centro de Investigaciones Sociales, La Paz, 2015.

simbólicos donde se reproduce la distinción social. Pero existen fenómenos que pueden tender a aplacar las luchas sociales visibles (al menos, por parte de quienes tienen una trayectoria ascendente), en la medida en que la distinción social a través del consumo tradicionalmente ha sido aspiracional y se basa en el mimetismo antes que en la confrontación.

También existe la posibilidad de que las trayectorias de ascenso social de las «nuevas clases medias» sean predominantemente divergentes, que estas ocupen espacios económicos y simbólicos propios y esto dé lugar a grupos de elite paralelos. El clivaje puede ser conceptualmente contencioso, pero considero que el ejercicio de disgregación de las «clases medias» en subestratos es pertinente en la medida en que van tomando forma categorías sociales con rasgos más distintivos y con composición menos heterogénea. Un ejercicio posterior involucrará descifrar si estas distintas aproximaciones a la clase social ayudan a distinguir orientaciones políticas colectivas.

Refiriéndose a las clases medias británicas, el historiador Dror Wahrman examinó los procesos mediante los cuales este grupo ingresó en el imaginario social y político entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX<sup>50</sup>. Propone que la creación de esta categoría está más ligada a transformaciones discursivas que a cambios subyacentes en la estructura social. Un proceso análogo ocurrió en Argentina en el siglo XX y dio lugar a la internalización generalizada de esta clase, en discursos tanto cotidianos como políticos<sup>51</sup>. Si adoptamos un enfoque similar, quizá podamos discernir entre transformaciones sociales aceleradas (que ciertamente dan mucho de qué hablar) y una reconfiguración en los esquemas a partir de los cuales se construyen los sujetos sociales en un determinado momento histórico.

Las clases medias en Bolivia pueden pensarse como una circunscripción imaginada sobre la cual se intenta proyectar o inferir una serie de atributos e intereses políticos. Invocarlas implica ejercicios estadísticos, nominativos y retóricos, algunos de los cuales he intentado examinar en este artículo. Quienes han protagonizado este análisis son políticos, instituciones y analistas. Por lo tanto, este debate dice más de todos nosotros y sobre cómo ajustamos nuestras categorías de análisis para acercarnos a la realidad social que sobre las personas a quienes hacen referencia estas etiquetas. A pesar de los altos (pero tenues) niveles de autoidentificación con la clase media, no he encontrado evidencia de que esta sea una categoría que se invoque de manera espontánea, y menos aún que sea exaltada como bandera política por parte de movimientos ciudadanos. La clase media prolifera como categoría de análisis en la opinión publicada, antes que como identidad social diferenciada en la opinión pública. □

50. D. Wahrman: *Imagining the Middle Class: The Political Representation of Class in Britain, c. 1780-1840*, Cambridge UP, Cambridge, 1995.

51. Ezequiel Adamovsky: *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Planeta, Buenos Aires, 2009.